



Horas Serias de un

- Jornal -

LA RELIJION,

Cento Sábados.

PERIODICO DE LOS INTERESES MORALES Y RELIJIOSOS

Basado en

DE LA

de

REPUBLICA ARGENTINA.

Eugenio de Olivera

REDACTADO

Por D. Felix Frias.

Horas Serias



de un jornal

BUENOS-AIRES.

Imprenta de MAYO, Calle la Defensa numero 73.

1857.

Cup 405 e. 25.

LAS HORAS SÉRIAS DE UN JOVEN,

POR

M. CARLOS SAINTE-FOI, pseud.

Traducidas por Eujenio de Ochoa.

EL TRADUCTOR A SUS LECTORES.

Una feliz casualidad,—y digo una casualidad, porque las obras de esta clase no salen á luz precedidas de pomposos anuncios, conservando aun en esto el espíritu de humildad que las ha dictado, hizo caer en mis manos las *Horas serias de un joven*, libro cuyo bello lenguaje, cuya moral purísima, cuyo sencillo é ingenioso plan, me inspiraron al momento un irresistible deseo de publicarle en castellano. Habiéndote leído varias veces con la mas escrupulosa atención, no hallé en él una sola frase ambigua, una sola máxima que no estuviese en un todo conforme con lo que enseña y recomienda la Iglesia; y como al mismo tiempo estas frases y estas máximas se presentan en esta obrita bajo un aspecto sumamente halagüeño y seductor, despojadas de la sequedad que perjudica, hasta el punto de hacerlos estériles, á tantos buenos tratados de moral, creí que haría un servicio á los jóvenes que hablan mi lengua, poniendo á su alcance un tan rico y sabroso manantial de sana doctrina. Es crítica por un mundano, esta obrita se dirige á mundanos, y por lo tanto les habla, digámoslo así, en su lengua: nada hay aquí de aquel rigorismo claustral, nada de aquella aspereza ascética que parece que quisieran convertir al mundo en una gran cartuja, y que presentando como demasiado árido y espinoso el cumplimiento de los deberes cristianos, solo inspiran desaliento y hastío: el objeto de este libro, por el contrario, es mostrar que el cumplimiento de esos deberes es no solo compatible con el de los sociales, sino aun que los facilita y dulcifica. Jóvenes, leed este librito, ceded á la suave persuasión que respiran sus bien pensadas páginas, y sentireis allanarse bajo vuestros pies la senda de la vida, y la serenidad morará en vuestro corazón, y sereis mas felices porque sereis mejores.

LAS HORAS SÉRIAS

I.

La Reflexion.

Jamás tal vez fué la reflexion tan rara y tan necesaria juntamente como en el día, y las causas que hacen que sea tan rara, son cabalmente las que hacen que sea tan necesaria. El hombre, sacado, digámoslo así, de su centro por todo lo que le rodea, se consagra á mil objetos, sin poder detenerse en ninguno: su vida se desliza y se exhala por todos los sentidos. Apenas ha ganado algo á fuerza de aplicacion y de trabajo, tiene que gastarlo, ó bien está reducido á ver que solo arrebatan los hombres ó las circunstancias en medio de las cuales vive. Por donde quiera que pasa deja algo de su sustancia, sin poder nunca acopiar ni atesorar. La experiencia, esa gran ciencia de la vida que hace redundar en beneficio del porvenir aun las faltas de lo pasado y que nos enseña á servirnos de los hombres y de las cosas,—la experiencia es difícilísima en el día porque vivimos demasiado aprisa, y porque pasan por delante de nuestros ojos demasiados objetos para que tengamos tiempo de observarlos bien. Además, cogidos á cada instante en desprovisto, como lo estamos; precisados á irgastando por menor lo poco que adquirimos, solo con mucha dificultad podríamos sacar provecho de nuestras observaciones, aun dado caso que tuviésemos tiempo para observar. Pensamos, miramos, amamos, vivimos á galope; solo podemos hacer una ligera señal con la cabeza á los hombres á quienes hallamos en nuestro camino, para manifestarles nuestra simpatía, bien así como navegantes que se cruzan en el mar, y que escasamente tienen tiempo para reconocerse. En este movimiento perpétuo ad. E. 25.

túa como en una nube, y solo vemos objetos confusos, sin forma ni color.

En otro tiempo el hombre recorria, siguiendo un cierto orden, los diferentes grados de la vida. La vida interior, la vida de familia y la vida pública se sucedian con una regularidad constante, y se compensaban mutuamente, de modo que ni estaba demasiado tiempo solo consigo mismo, ni demasiado tiempo ausente de su casa; pero la meditacion, el amor y la accion derramaban sobre sus dias el encanto de una grata variedad, y ocupaban sucesivamente sus instantes. Las meditaciones de la mente no eran secas y áridas, porque las refrescaban los mas dulces afectos del corazon; y la serena felicidad doméstica no embotaba la voluntad, porque la accion la ejercitaba continuamente. En el dia no sucede así: el hombre puede escasamente pasar algunos momentos consigo mismo, porque apenas quiere abstraerse en serias reflexiones, el mundo, con sus supuestos deberes y sus facticias formas exteriores, viene á llamar á la puerta de su corazon, y á llevarle no sé adonde.

Si para sustraerse á las distracciones que le sitian, quiere vivir lejos del mundo y renunciar al comercio de los hombres, hállase abandonado á sí mismo, aislado, privado de las fuerzas que recibimos asociándonos á nuestros hermanos, y espuesto sin defensa á los peligros del aislamiento, porque ya no hay, como en otros tiempos, de aquellas asociaciones que alejan del mundo sin separar de los hombres, que concentran la vida sin aislarla, y que hacen redundar el apartamiento en beneficio de la caridad.

La familia no existe ya para un jóven. No siendo ya la principal ocupacion de los padres dar á sus hijos una crianza sólida y cristiana, sino afanarse por conservar ó aumentar sus bienes de fortuna, ponen desde muy temprano á sus hijos en manos de mercenarios que deben instruirlos, y muchas veces el rostro de sus padres espasa ellos como un arara aparicion en su vida.

Todo tiende á debilitar el alma, esparramándola sobre demasiado número de objetos. Desde los primeros años empieza la educacion á dilatarla sin tino ni medida, á causa del infinito número de cosas que es preciso aparentar saber, y sobre cada una de las cuales no puede hacer el entendimiento más que resbalar ligeramente, porque si quisiera profundizar alguna de ellas, no le quedaria tiempo para aten-

der á las otras. En esta barahunda y en esta anarquía de la instruccion, no sabe el niño ni lo que aprende ni lo que hace.

Luego entra en la sociedad, cuyo movimiento completa en breve lo que empezó la educacion. Es cosa que inspira una involuntaria y profunda compasion á la naturaleza humana el pensar hasta qué punto ha sabido la sociedad dar á sus usos mas irracionales, á sus vanidades y á sus miserias una importancia soberana. Su poderío, ó mas bien su despotismo sobre sus esclavos, es uno de los dos enigmas mas inexplicables para un hombre que gusta darse razon de las cosas. Demasiado cierto es que ha sabido apoderarse del hombre todo entero, hacerse el negocio capital de su vida, establecer una multitud de leyes arbitrarias que muda á merced de su antojo, y á las que todos se someten con inconcebible docilidad. En una época en que se recusan todos los títulos y todos los derechos, es admirable que á nadie se le ocurra recusarle á ella el poderío absoluto que se arroga y que ejerce tan despóticamente.

¿Qué será de ti, ¡oh jóven! sacado de tu centro en todos sentidos por las ciencias, el mundo y los negocios? ¿Qué será del primitivo vigor de tu carácter y de la energia de tu voluntad? Solo la reflexion puede salvar de una ruina universal tu inteligencia, tu corazon y tu vida. Si no te abstraes alguna vez en ti mismo, para meditar sobre la vanidad de los placeres á que el mundo condena tus dias, acabarán por absorverte y aniquilarte: si no procuras de cuando en cuando anudar el hilo de tus pensamientos que tantas distracciones vienen á cortar á cada instante, le perderás del todo, y te serás mas desconocido á ti mismo que el animal que no tiene la conciencia de sus instintos ni de sus actos.

Reflexionar es atraer hácia sí y convertir (1) á su alma todos esos destellos de la inteligencia que se habian diseminado por fuera y que vagueaban en todas direcciones; es darse uno cuenta á sí propio de sus acciones, y asegurarse de sus mas íntimos pensamientos y de sus mas secretos instintos; es pararse un momento en la senda de la vida, para ver el camino que se ha andado y el que queda aun por andar; es consultar el tiempo pasado en

(1) Hace vez se usa ya, y se inclina, esta vez en su sentido antiguo volver, dirigir (conocerlo) en que la usamos aquí. En el la usó Fr. Luis de León.
¿A qué convertirán ya sus sentidos?



beneficio del venidero; acordarse del primero para proveer el segundo; contar y poner en orden los tesoros allegados por la esperiencia, como un comerciante ajusta todas las noches sus cuentas del dia.

En tu vida hay muchas ocupaciones inútiles, muchos dias consagrados á objetos frívolos y de ningun valor: acaso ni aun sabes muchas veces sobre qué reflexionar, acaso tu alma está ya distraida en tales términos que no puede hallar por sí sola el tema de sus meditaciones, y que necesita que se las den ya preparadas para que no tenga que hacer mas que tomarlas y sustentarse con ellas. Tal es el objeto que me he propuesto en este librito: de vosotros. ¡oh jóvenes! depende hacerme conseguir. Le he titulado *las Horas serias de un jóven* porque en vuestra vida no se puede contar mas que por horas el tiempo dedicado á las cosas serias.

Quando os sintais el corazon como entorpecido ó la voluntad cansada, coged este libro por algunos minutos y leed una ó dos páginas de él; acaso sacareis de esta lectura algun provecho ó algun consuelo para vuestra alma. Un pensamiento hasta á veces para elevar el corazon, ó para depositar en él la semilla de una buena obra ó de una resolucion generosa. Muchas veces el lector es mas inteligente que el autor, y suele suceder que en una palabra en que este apenas habia hecho alto, descubre aquel cosas que parecen dichas espresamente para él, porque el escritor es como un ballestero que dispara su dardo, dejando á Dios el cuidado de encaminarle adonde tenga á bien y de herir con él á quien quiera. Este libro es obra de un hombre que vive como vosotros en el bullicio del mundo, y que desea hacer útil para los demas el conocimiento de los hombres y de las cosas que ha adquirido.

II

La mision de la juventud.

¿Cuán santa y bella es la mision del jóven! ¡cuán alta es su dignidad! Y él, ¡cuán fuerte, cuán poderoso, cuán rico es! fuerte con toda la esperiencia que le han legado los siglos pasados; poderoso con todos los medios que el presente pone á su disposicion; rico con todas las esperanzas que le dá el porvenir. El anciano se dobla y gime bajo la grave carga de sus estériles recuerdos, cuyo peso y cuyo número le abruma. El alma del niño, siempre tendida hácia el porvenir, siempre en ebullicion bajo el fuego de los mas encontrados deseos y de

las esperanzas mas diversas, se dispersa y se volatiliza á causa de su poca consistencia; — pero en el jóven, los recuerdos conservan todavía su frescura, y las esperanzas han adquirido ya vigor: lo pasado y lo venidero se tocan aun tan de cerca que pueden darse la mano, y suministrar al presente una base en que se apoye y un término que le atraiga. Todo en cierto modo es el presente para él: no tiene mas que volver la cabeza para asir lo pasado; no tiene mas que alargar un poco la mano para coger las mas hermosas esperanzas. Tiene en sí bastante vida para animar todo lo que toca, y ve delante de sí bastante tiempo para poder ensanchar sus proyectos, y estender sus deseos sin tropezar en la losa del sepulcro.

Jóvenes, reconoced vuestra dignidad y la santa importancia de los deberes que os impone. El porvenir será lo que seais vosotros: las naciones serán lo que vosotros queráis que sean. Sucedeis á una generacion que no valia lo que valeis vosotros, á una generacion cegada por la corrupcion, desecada por la impiedad, y que no tuvo fuerza mas que para destruir.

El siglo pasado os ha legado ruinas: á vosotros os toca aprovechar de ellas lo que puede entrar en la nueva construccion de la sociedad, y desembarazar el suelo de todos los inútiles escombros que le atestan: entonces podreis, arquitectos inteligentes, erigir el nuevo edificio sobre aquella inmutable y eterna base que los hombres pueden tal vez conmover por algunos instantes, pero que jamás todos sus esfuerzos lograrán derribar; sobre aquella base que desde tiempo inmemorial ha servido de cimientos á los mas poderos imperios, y ha sustentado todas sus glorias y todas sus grandezas: en fin, sobre la verdadera Iglesia de Jesucristo.

¡Oh vosotros que habeis nacido en este siglo, jóven todavía, ¿qué habeis hallado en derredor vuestro? ¿qué habeis hallado mas que un caos en que las ideas mas encontradas yacian revueltas unas con otras; en que lo cierto y lo falso, el bien y el mal, estaban mezclados en una estraña confusion? En verdad, el espíritu de Dios dominaba este abismo desde su altura, é incubaba bajo sus alas los gérmenes que contenia: ya se ha hecho la luz. Ya se han dividido las aguas superiores y las aguas inferiores: lo que por su naturaleza tiende á elevarse, ha subido á su sitio, al paso que las cosas bajas, arrastradas por su propio peso, han bajado hasta

los últimos límites de su declive. Ya han brotado las plantas que deben suministrar las semillas del porvenir, y en este momento Dios está ocupado en formar los hombres que deben cultivar estas plantas y multiplicar sus frutos: está inspirando á la generacion juvenil una alma viva para introducirla luego en aquel paraíso de la Iglesia que él ha plantado con sus propias manos, en el que ha colocado los manantiales de los mas hermosos rios y los mas preciosos árboles, cuyos frutos dan la vida y la inmortalidad al que los come.

Si las señales que nos aparecen en el cielo y en la tierra no nos engañan, Dios y su Cristo se preparan á una gran despleadura de su período, y á una gran manifestacion de su misericordia y de su justicia entre los hombres. Vosotros vereis esas cosas, oh jóvenes, y por medio de vosotros las llevará Dios á cabo! Y nosotros, que os llevamos mucha delantera en el camino de la vida, nosotros os envidiamos vuestra juventud, porque quisiéramos ser testigos como vosotros de las justicias y de las misericordias del Altísimo. Aprestad, pues, vuestras mentes, vuestros corazones, vuestros ojos y vuestros brazos, porque vereis y hareis grandes cosas: Dios y su Cristo os piden vuestra cooperacion. Nada quieren hacer por sí solos, á causa del soberano respeto que profesan á la voluntad del hombre, y porque desean asociarse á los designios de su providencia sobre nosotros.

En vuestras manos están los destinos de las naciones y los gérmenes del porvenir: á donde vayais vosotros os seguirá la justicia de Dios: los sucesos seguirán la pendiente que les traceis vosotros. Gloria á Dios, si sois buenos! Ay del mundo, si sois malos! Si sembrais la iniquidad, recogeréis la humillacion, el opróbrio y la desgracia; si sembrais la justicia, serán su opima cosecha el honor y la gloria.

Pueblos católicos, regocijaos, porque entre vuestros hijos hay una progresion hácia el bien, que hace q' cada año es mas rico que el que le ha precedido, y que los hombres son tanto mejores cuanto son mas jóvenes: y cuando el tiempo haya dispersado las últimas reliquias del siglo que ya no existe, la obra de la regeneracion avanzará mucho mas rápidamente, porque no la embarrazarán los tropiezos que ahora detienen su marcha. Ya ha caído la valla del respeto humano; ya los hombres que creen, tienen á mucha honra el creer y el obrar

con arreglo á su fé. ¿Qué habian de temer en efecto y de qué pudieran acusarlos? La piedad grangea la estimacion de los hombres de inteligencia, é impone respeto aun á los que no la comprenden; —pero ¿quién se atreveria á decir que es un medio de hacer carrera ó caudal?

Lo único que puede decirse de los que la practican es que, como no están distraídos por las frustraciones que embelesan al vulgo de los entendimientos limitados, ni desvirtuados por esos placeres groseros que enervan juntamente el cuerpo y la voluntad, tienen mas tiempo y mas energía que consagrar á las cosas grandes, elevadas y verdaderamente importantes. ¿Donde hallaremos hoy las luces de la inteligencia, la entereza y el arrojo de la voluntad, el entusiasmo del sacrificio, las abnegaciones de la caridad, los impulsos del patriotismo, las tiernas compasiones de la misericordia, el amor inteligente y tierno á los desgraciados, como no sea en esos jóvenes cristianos cuyo fervor contrasta tan singularmente con la tibieza y la indiferencia del siglo pasado, y en quienes únicamente se conservan todavía la fé y las sublimes virtudes de los mejores tiempos del cristianismo?

En medio de los intereses materiales que parece como que quieren atraer hácia sí y absorber toda la atencion del ánimo y toda la atencion de la voluntad, ¿qué sería de nosotros si la fé no tuviese elevadas á grande altura las inteligencias privilegiadas, y si la caridad no dilatase en toda su estension aquellas hermosas almas que Dios ha creado con una especie de complacencia, y que no ha hecho tan vastas y tan profundas sino á fin de derramar en ellos con profusion todas las riquezas de su gracia y todos los tesoros de su amor? Llegaríamos á ser mas materiales y mas duros que aquel metal amarillo, en pos del cual corren tan apresurados nuestros deseos y nuestras esperanzas.

La juventud cristiana de este siglo es la que retiene juntamente las explosiones de la cólera divina, y las del desprecio humano. Porque en efecto, si salimos de este círculo y queremos poner el pié en el terreno donde se agitan los intereses de partido y de dinero solo hallaremos pensamientos mezquinos y miserables deseos que rascran por el suelo sin poder nunca elevarse. Solo hallaremos el egoismo con sus esperas convicciones y su desordenada sed de lucro; la injusticia en sus pérdidas ardides, su hábil doblez, su dureza en que ningun choque hace

mella, y que jamás ablandarán el infortunio ó la miseria de los demas; corazones que no saben amar, almas que no conocen la ciencia del dolor ni el arte sublime del sacrificio: ojos que no saben llorar, manos que no saben dar, labios que no saben hablar con Dios: hombres prendados de sí mismos, que se aman y se festejan con indecible delicia, y que, según la robusta expresion del Profeta, *han resuelto tener sus ojos clavados en la tierra*, y no mirar mas que á ella.

Pero tú, oh joven, ten los tuyos alzados al cielo, á fin de que no cese enteramente el piadoso y santo comercio que Cristo ha restablecido entre el cielo y la tierra, y que no se interrumpa la conversacion de los hombres con los ángeles. Cree, ama, haz oracion y buenas obras. No trates de persuadirte, por efecto de una falsa y peligrosa humildad, que á causa de tu juventud tus acciones son poco importantes, antes bien mira como seguro que tienen mas peso y valor que la de los hombres de mas edad que tú. Las acciones de estos son frutos maduros que se desprenden del árbol porq' este no puede sostenerlos: las tuyas son gérmenes que brotan ó flores que se abren. Aquellas pertenecen á lo pasado, las tuyas al porvenir, y el porvenir llega, y lo pasado ya no existe ó se está yendo.

Esa privacion que te impones, ese sacrificio que haces al deber, esa hora que consagras á la meditacion ó la oracion, ese peligro de que huyes, esa limosna que das, ese buen pensamiento que escuchas, esa inspiracion de la gracia á que obedeces, va tal vez á determinar en tu vida toda una série de pensamientos, de deseos ó de acciones semejantes. A tu edad, el bien como el mal fácilmente echa raíces, y una sola chispa de aquel fuego divino que Cristo vino á traernos á la tierra, basta para encender en un alma juvenil, si prende en ella, el deseo y el amor del bien. Cada accion puede llegar á ser en el principio de una costumbre: tus acciones son causas, las de los viejos son efectos.

Es un error creer que la edad da voluntad: la voluntad no se adquiere y no se conserva sino con el ejercicio y la costumbre del sacrificio y de la abnegacion. El que en su juventud no se ha acostumbrado á querer contra su voluntad, la hablará cada vez mas floja á medida que irá creciendo en años. No hay un ser mas impotente para el bien que un viejo que ha empezado desde temprano á hacer el mal. Sino tienes aquella fuerza y

aquel vigor que da una larga costumbre del bien, puedes adquirirla, porq' no tienes una voluntad endurecida en el mal, y volviendo tu alma del lado del cielo, puedes todavía impregnarla de gracia y de luz. Eres mas libre porque eres mas joven, y con esa libertad que Dios te ha dado y á la que su gracia nunca cesa de ayudar, no hay cosa que no pueda hacerse, no hay nada que no se pueda llevar á cabo. Cree esto, y obra en consecuencia.

III.

El placer.

¡Ay del joven que se deja seducir por el halago del deleite, y cuya alma vuela en pos del placer, como revolotea la mariposa en torno de la luz cuyo brillo la atrae! En él dejará sus alas, despues de lo cual, no pudiendo ya volar ni posarse sobre aquellos hermosos y santos pensamientos que florecen en los sitios donde Dios mora con sus ángeles, rastreará como el guano, arrastrándose tímidamente sobre los pensamientos y las esperanzas de la tierra.

El placer llama á la puerta del corazon, pero nunca entra en él: arma gran ruido y confusion en derredor del alma, cuyas avenidas le son accesibles; pero nunca penetra en el íntimo santuario, donde se refugian aquellas puras y santas satisfacciones que no desgarran la aguda espina del remordimiento, y donde se efectúan, lejos de las miradas de los hombres, á la vista de Dios y de sus ángeles, los inefabiles misterios de la felicidad. Esta es la causa porque el corazon está mas vacío y mas hambriento despues del goce de lo que lo estaba antes de él. ¿Cómo podria el placer llenarle y hartarle? El hombre no se sustenta sino de lo que introduce en su ser para asimilárselo, y jamás, haga lo que haga, podrá dar entrada al placer en su corazon, porque este necesita alimentos menos groseros, acostumbrado como lo está á nutrirse de Dios, de su verdad y de su amor.

Los sentidos son los órganos del placer: el alma es el de la alegría y la felicidad. El placer agita y dispersa los sentidos, y se esfuerza por atraer á ellos el alma, donde le está vedado entrar: no hay especie de seducciones ni de artificios que no emplee para conseguir su objeto; y si el alma, cediendo al halago que le brinda, sale del santuario en que la ha colocado Dios, para que habite allí en la serenidad y el reposo, la esparrama en los sentidos y la disuelve ó la ahoga en ellos.

¿Habeis reflexionado detenidamente alguna vez sobre la naturaleza y los efectos del placer? ¿Habeis tratado alguna vez de analizar sus elementos ó de estudiar en cierto modo su historia? Esta historia, vedla aquí en pocas palabras: se le espera ó se le desea con inquietud y ansiedad: se goza de él aceleradamente, como si quisiera uno sacudirse de encima una carga, ó como si se sintiera impaciente por salir de una posición incómoda y forzada; luego, apenas se le ha gozado, se sigue su amargura y entra el arrepentimiento de haber acercado los labios á la copa de sus envenenados goces encerrado entre la angustia y el remordimiento, el momento de satisfacción que proporciona es tan breve, tan fugaz, que la mente no puede cogerle al vuelo:—menos tarda la nieve en derretirse bajo los calientes rayos de un sol de verano, que el placer en disiparse bajo el fuego de los ardientes apetitos del corazón humano. De esos goces que con tanta vehemencia habeis descado, y que tan rápidamente se han deslizado sobre la superficie de vuestra alma, solo una cosa os queda, el remordimiento, así como no queda de la flor que se nos ha ajado entre los dedos mas que la espina.

¡Oh! ¿cuán cara pagareis la satisfacción que habeis buscado! El remordimiento se quedará clavado en vuestro corazón como el dardo en la herida, y os desgarrará y os hará sufrir atroces dolores. Os volvereis de todos lados buscando el reposo, y no le hallareis jamás: vuestro pobre corazón, herido y manando sangre, no sabrá donde pesarse, y vosotros mismos os admirareis de que un goce tan breve haya podido dejaros tan largos dolores, y de que un placer tan fugitivo pueda ser causa de tan tenaces amarguras. Y si no probais esos tormentos, que anuncian por lo menos un resto de vida en el que los sufre, no os sustraeréis ciertamente á aquellos tédios, á aquella vaga desazón, á aquel embotamiento de todas las potencias del alma, indicio demasiado seguro del inmenso vacío que han labrado los placeres en vuestro corazón y del golpe mortal que le han asestado! Porque al fin y al cabo, mas vale la agonía que la muerte; mas vale el desasosiego de un corazón que lucha y se afana por retener la última chispa de vida que le queda, que el triste reposo de la tumba.

Y ademas, decidme: ¿no habeis pensado nunca cuán insigne cobardía es en el hombre tender muellemente su alma en el goce como en un le-

cho, dejarla allí dormitar en el olvido de sus mas sagrados deberes y de sus mas nobles prerrogativas? Porque en fin, alguna diferencia debe mediar entre el hombre que come el pan de los ángeles y el animal que paca la yerba de los prados. ¿Sabeis que sois un poco menos solamente que los ángeles á quienes Dios ha coronado de gloria y de grandeza, y que os ha establecido sobre las obras de sus manos? ¿Querriais, desconociendo vuestro origen y vuestra dignidad, rebajar vuestra naturaleza al nivel de la del bruto, y ser á los ojos de Dios como el cuadrúpedo que no tiene inteligencia? El deber es lo que distingue al hombre del animal: el primero obedece á un deber, el segundo cede á un atractivo ó busca un goce, y siempre que en vuestras acciones os dejais arrastrar por el halago de un placer que os seduce, renunciáis á vuestra dignidad de criatura inteligente, abdicáis la corona de gloria con que ha ceñido Dios vuestras sienes, y os confundis en cierto modo con la turba de los animales cuyos ojos están fijos en la tierra.

Desgraciadamente el halago de los placeres descarría todos los días muchas almas que llevaban en su seno el germen de las mas preciosas virtudes y de las mas nobles prendas. El placer quita á la voluntad toda su energía, á la inteligencia todo su vigor y su claridad, al corazón su frescura y su gracia, al carácter su constancia y su virilidad; hace á los sentimientos lánguidos y perezosos, y en breve reduce todas las facultades á una desesperada apatía y á una irremediable impotencia.

Hé aquí lo que vuestra razón seriamente consultada os dirá acerca del placer:—hé aquí ahora lo que os dirá la fé, si la interrogais con un sincero deseo de que os responda la verdad. Ella os dirá que el desenfrenado amor al placer aniquila la redención de Jesucristo, y es como una amarga hefa de su pasión, de su cruz y de su muerte. Coged, digámoslo así, la vida del Redentor, su doctrina, sus preceptos, sus consejos, sus hechos y sus palabras; exprimidlos en todos sentidos, y no sacareis de ellos otra cosa mas que el sacrificio, la abnegación y la caridad. Pasar la vida, como lo hacen desgraciadamente tantos hombres, en la sed de los placeres de la tierra y en un desordenado apego á las delicias sensuales, es jugar en cierto modo al pie de la cruz de Cristo; es bailar sobre su sepultura; es acusar al Evangelio de falacia, y desgarrar una á una sus inspiradas páginas.

Es ademas un error, ó mas bien, una insensatez creer que se pueden hallar verdaderos goces buscándolos en el olvido de Dios. No necesito mas prueba de ello que esa perpétua agitación, ese inútil anhelo con que vuelan los apasionados al mundo del placer en placer, ese cansancio y ese desfallecimiento que se apoderan de ellos, cuando al cabo de largos rodeos se ven mas distantes todavía del término de lo que estaban al principio, ese aumento de deseos que el goce irrita ó despierta en vez de satisfacerlos ó acallarlos, esa indigencia de talento, esa penuria de sensibilidad que aumenta á medida que se conceden nuevos goces. El corazón que se apacienta de placeres, nunca dice: Basta. Siente el hastio, pero no la hartura, é impelido por no sé qué fatal obeccamiento, busca una distracción á sus tristes fastidios en las cosas mismas que los han causado, semejante á aquellos enfermos á quienes devora el ardor de la fiebre, y cuya sed aumenta á medida que mas beben. Y es porque Dios nos ha hecho para él, y de tal suerte ha conformado nuestro corazón al destino que quería darle, que se agita y se inquieta como necesariamente, hasta que ha alcanzado el fin que le atrae y le arrastra.

Interrogad á esos pobres esclavos del mundo, que encubren, bajo las apariencias del placer y de la felicidad, los negros cuidados y los continuos desvelos que los punzan; descended al fondo de su vida, cuya superficie es tan tersa y tan brillante, y en él hallareis abismos de dolor! Quitad de encima de su alma ese afeite y ese barniz engañosos que á cada instante renuevan, para ostentar á los ojos del mundo la apariencia del contento, y descubriéis en ella las manchas del vicio y la indeleble huella de los pesares de que es origen. Vosotros no sabeis, ¡oh jóvenes! y no podeis comprender todavía hasta que punto se venga Dios de los que le abandonan, y como llena de dolores el alma que está vacía de él. ¡Oh! no les envidiéis esas suntuosas comidas en que ahogan su alma, esas espléndidas fiestas en que parece que quieren apurar de un trago la copa de los placeres, porque no sabeis á que precio tienen luego que pagar los breves momentos de embriaguez que han pasado en ellas.

Siempre que veais á un hombre darse mucha prisa á gozar, podeis estar seguros de que tiene en su alma alguna profunda herida ó algun fati-

goso tédio de que procura distraerse. Cuando le veis empeñarse en cierto modo en olvidar su vida, estad seguros de que tiene algun doloroso pensamiento ó algun amargo recuerdo que olvidar. Si se afana por poderse á sí propio de vista, es porque está mal consigo mismo, y porque tiene necesidad de salir de su propio corazón, como sale un preso de su calabozo para tomar un poco de aire, y dar treguas á la desazón que le aqueja. No son los felices sino los aburridos los que van á pedir al mundo consuelos y olvido: no los que están repletos, sino los que están vacíos, son los que van á abrir su alma bajo esos embriagantes raudales que el mundo vierte á su alrededor. Los desgraciados y los aburridos hacen como el enfermo, buscan distracciones, ilusiones y olvido, porque le es insostenible al hombre hallarse perpétuamente en presencia de un místico y fatigoso tédio, ó de un amargo é inquieto remordimiento.

Recordad las verdaderas alegrías que habeis disfrutado, y vereis que, lejos de impuísaros fuera de vosotros mismos, os producian un efecto enteramente contrario. Sentiais la necesidad de estar solos, para gozar en silencio de toda la felicidad que inundaba vuestra alma; evitabais las importunas miradas de los extraños, y no queriais por testigos de las puras alegrías que se alzaban en vuestra alma mas que á aquellos que podian comprenderlas y dividir las. Pero cuando el pecado ha depositado en el fondo de vuestra conciencia un dolor ó un remordimiento, en el instante mismo habeis sentido un no sé qué que os abuyentaba, fuera de vosotros mismos y os echaba, como á la ventura, sobre todo lo que distrae y disipa. Entonces necesitabais el mundo con sus seducciones, sus placeres, sus pompas, sus vanidades y sus fiestas. No teniendo ya el corazón en la mano, escapabais á cada instante para correr como un furioso en pos de aquellas brillantes miserias que el mundo hace relucir á los ojos de aquellos á quienes quiere engañar. Apenas bastaban entonces todos aquellos halagos para atraeros fuera de vuestro corazón, y desembarazaros de la triste compañía de aquellos fastidios que os devoraban y de aquellos remordimientos que os roían.

El bullicio del mundo no es bueno sino para los que tienen algo que olvidar; es insostenible para los que llevan en su alma algunas de aquellas santas alegrías que quisiéramos saborear perpétua-

mente, y de las que tememos apartarnos por un solo instante, de miedo de que se desvanezcan ó se atenúen: esta es la razón porque el mundo y sus placeres inspiran tanto hastio á las almas que se dan á Dios. La piedad les da una plenitud tal de contentamiento y de felicidad que ya no puede contener más;—una alegría mas haría rebosar aquella agua viva que brota perpétuamente en ellas. ¿Qué irían á buscar en el mundo? Nada les falta; tienen con que regocijarse y santificar á las otras, después de haberse regocijado y santificado á sí mismas. El sentimiento íntimo de esta abundancia y de esta plenitud es lo que hacía decir á David: *Que un día pasado en la casa del Señor vale mas que mil días pasados en cualquiera otra parte.* Aquellas grandes y santas alegrías que caen del cielo en el alma, puras y límpidas como la fuente de donde manan, destruyen para siempre el gusto de esos placeres facticios, que semejantes á aguas estancadas y cenagosas, no pueden ni apagar la sed, ni purificar el corazón, y que antes por el contrario le manchan y le corrompen.

Amaid á Dios, y el mundo os parecerá insípido; practicar la virtud, hacer el bien, y todas esas miserias á que da el mundo tanta importancia, perderán en breve todo su atractivo para vosotros, porque solo las inteligencias vacías y los corazones agotados van á nutrirse de esos restos de felicidad que el mundo arroja con desden á sus esclavos y á sus mendigos.

IV.

La felicidad.

Todos quieren ser felices, todos van en pos de la felicidad con incansable anhelo, pero pocos la buscan donde está en realidad. Dios nos ha dado el invencible deseo de la felicidad como un medio de atraernos hacia sí, y nosotros, insensatos, nos servimos de ese deseo para alejarnos de nuestro fin. ¿Porqué nos admiramos, siendo esto así, que haya entre nosotros tan pocos felices? No hay en la tierra mas que desgracia y aflicción, porque el hombre aparta su mirada de Dios y se pierde en los caminos en que pone sus deseos y sus esperanzas. Nada hay mas fácil que ser feliz, y muy sencilla sería la ciencia de la felicidad, si la mente del hombre no la oscureciese con su orgullo y su vanidad, y si las pasiones del corazón no la complicasen de un modo tan funesto para él. Puede decirse de la felicidad lo que el Salvador del mundo

decía del reino de Dios: está dentro de nosotros; y si no fuéramos tan extraños á nuestro propio corazón como lo somos, si no nos olvidáramos con tanta frecuencia de nosotros mismos, sin trabajo hallaría el hombre en sí lo que inútilmente y con tantos afanes busca fuera de sí.

La felicidad es el reposo de un ser en su fin. Para ser feliz necesita por consiguiente, ante todas cosas, el hombre conocer su fin, y luego tender á él con vigor y perseverancia. Los que no le conocen están espuestos á buscarle donde no está, y su conocimiento es inútil á los que procuran llegar á él. Entre los hombres que han buscado su felicidad fuera de Dios, no hay uno solo que no haya exclamado con aquellos insensatos de que habla el capítulo V de la Sabiduría: "Nos hemos descarriado lejos de las sendas de la verdad, y la luz de la justicia no ha brillado para nosotros, y el sol de la inteligencia no se ha alzado sobre nuestras cabezas. Nos hemos despeado en la senda de la iniquidad y de la perdición, y hemos andado por caminos escabrosos; pero hemos desconocido las sendas del Señor. ¿De qué nos ha servido nuestro orgullo, y qué provecho hemos sacado del fausto de nuestras riquezas? Todo ello se ha disipado como la sombra, ó como un mensajero que no hace mas que pasar, ó como un buque que se desliza sobre las olas, y que no deja en pos de sí ningún vestigio de su paso." Un arrepentimiento tardío y con frecuencia inútil, amargos desengaños, intolerables remordimientos,—tal es la amarga cosecha de los que han sembrado sus esperanzas en los sulcos de la iniquidad. ¡Ah! ¿nos hemos engañado! este es el canto de triunfo que termina la alegre y disipada vida de los que han depositado los afectos y los deseos de su corazón en el mundo y sus vanidades.

La felicidad está en Dios: empieza aquí en la tierra por la práctica de las virtudes que inspira su amor, y se completa en una vida mejor con la visión de las cosas en que se ha creído, y con el goce del ser infinito á quien se ha amado. Se logra la felicidad trabajando para la salvación, y no puede lograrse de otro modo, porque todas las otras sendas nos alejan de nuestro fin:—Dios no sería nuestro fin si pudiéramos hallar fuera de él el descanso y la felicidad. Los libros sagrados presentan á veces la salvación como cosa difícil y otras veces, por el contrario, llaman suave y leve al yugo

del Señor. Y sin embargo, á pesar de la aparente oposición de estas sentencias, nada tienen de contradictorio en el fondo.

Algo cuesta, es cierto, querer salvarse y poner manos á la obra. Algo se resiste la naturaleza á esa cruz que es preciso coger y echarse á los hombros para seguir las pisadas de Cristo; pero una vez acostumbrada á aquella carga, no le pesa mas de lo que pesa al soldado el bagaje que debe llevar cuando marcha contra el enemigo. En el trance de la salvación, como en todos los demás, solo los principios son difíciles: lo que exige del hombre ánimo y esfuerzos es menos la acción que ejecuta que la voluntad que manda. Para el que quiere, todo es fácil. Una vez lanzado un cuerpo móvil, muévase como por sí mismo, obedeciendo al primer empuje que recibió. Para el hombre, la fuerza de proyección está en la voluntad; con ella puede lanzar su acción adonde quiere, y su acción irá dócil adonde él quiera llevarla. El reino de los cielos cuesta violencia; pero los que sirven al Señor no tardan en probar y ver cuán dulce es para los que le aman.

Consultad á los que han pasado del servicio del mundo al de Dios, y os dirán que mucho menos árduo les es practicar la virtud que les era vivir en el hábito del pecado, y que son menos desgraciados reprimiendo sus pasiones de lo que lo eran dejándose arrastrar por ellas. Y si habeis sido alguna vez sus esclavos, descended al fondo de vuestro corazón y consultad vuestros recuerdos. Mientras que vuestra vanidad os ataba como un cautivo á los juicios y á la opinión del mundo, ¿erais mas felices de lo que lo sois desde que habeis tomado por norma de vuestra vida la ley de Dios y los avisos de vuestra conciencia? ¿No sufrió vuestro orgullo mil humillaciones? ¿No tuvisteis que soportar mil veces los desaires de los ricos y la arrogante fatuidad de los grandes? ¿No aguzaba la envidia todos vuestros deseos cuando veiais brillar ante vuestros ojos un lujo que no podiais igualar, y un fausto que superaba con mucho al que os permitía vuestro caudal?

El reino de los cielos cuesta violencia, no lo niego; pero el reino de la tierra está, bajo este concepto, en mejores condiciones? ¿No sufre tambien violencia el reino de la ambición? ¿Contais por nada esa fiebre de deseos que consume al ambicioso, ese flujo y reflujo de esperanzas y de temores, que sucesivamente exaltan y postran su pobre

alma como las olas de un mar agitado brizan un navio sobre sus profundos abismos? ¿No hay que hacerse violencia para solicitar un empleo, para obtener una dignidad, una merced cualquiera? ¿No hay que hacerse para arrostrar todos los no, para devorar en silencio todos los desaires, para ocultar á los otros todas las humillaciones, á que reserva su vida el que la consagra al servicio de los hombres?

El reino de la sensualidad ¿no cuesta violencia? El alma de los penitentes mas austeros y de los cristianos mas mortificados ¿ha padecido mas tormentos, sufrido mas suplicios que los que están reservados á los voluptuosos? Poned en presencia uno de otro al cristiano que procura agradar á Dios observando su ley, y al mundano que solicita los favores de una mujer corrompida y que le vende su alma por una sonrisa; para el primero todo es paz, alegría y consuelo; aun las mas árdnas privaciones, aun los mas duros sacrificios llevan en sí alguna dulzura. Para el segundo, por el contrario, todo se convierte en amargura, pena y dolor; en cada placer que florece sobre su vida, desflácese un remordimiento que roe su germen ó un tedio que marchita su flor.

Apenas ha entrado en su corazón un culpable amor cuando los cuidados, las inquietudes que atormentan, las vanas esperanzas que fatigan, las dudas y las incertidumbres que abaten y rinden, penetran atropelladamente con él. Todos los dolores se reúnen en aquella alma contaminada, como vemos á las aves de rapina ir á establecer su mansion en una ruina desierta. Allí todo es temores y angustias; allí empieza un infierno intolerable, del que son perpetuo pábulo desconfianzas siempre renacientes, celos que nada puede satisfacer, remordimientos que es imposible sofocar, porque no siempre empieza el infierno en la otra vida, y muchas veces hay desde esta llanto y crujir de dientes.

Jóven, no titubees en buscar la felicidad; pero búscala en su verdadera fuente. Sigue ese rayo de luz que cae del cielo sobre tu corazón, despertando todos sus deseos y todas sus esperanzas y sube con él hasta el foco de donde emana. No busques la felicidad en tus sentidos, porque no está allí; en ellos en efecto ha colocado Dios la del bruto, pero la nuestra la ha colocado mas arriba: Dios ha inclinado la cabeza y la mirada del animal hacia la tierra, á fin de que siempre la tenga á la vista, y pro-

penda hacia ella como por un movimiento involuntario; pero ha levantado nuestro rostro y nuestras miradas hacia el cielo, porque él es la luz de nuestros ojos y la vida de nuestra faz. Nuestro fin está arriba; por eso miramos al cielo: arriba están nuestros deseos; arriba nuestros pensamientos; arriba nuestras esperanzas. Esto dijo el Señor por boca de Jeremías: "Cielos, pasaos; puertas del cielo, desolaos, porque mi pueblo ha obrado males: me ha abandonado, á mí que soy el manantial de las aguas vivas, y se ha abierto cisternas sin fondo, y que no pueden contener las aguas que correan por ellas. "¿No es esto lo que hacemos todos los días? Depositamos nuestros deseos y nuestras esperanzas, nuestras alegrías y nuestra felicidad en cisternas que no pueden contenerlos, y todavía nos admiramos de ver que se nos escapan y desaparecen. Nos condenamos voluntariamente al suplicio de las hijas de Danao, y todavía nos quejamos de la inutilidad de nuestros esfuerzos y de la falacia de nuestras esperanzas!

V

La voluntad.

Dios quiso que el hombre fuera libre y para eso le dió una facultad soberana en sus acciones, y á la cual él mismo nos dice que profesa el mayor respeto. Dios ha querido en efecto que su omnipotencia infinita se detenga en cierto modo ante la voluntad humana, ó á lo menos que espere para entrar en ella á que se le abra la puerta. Para hacer de nosotros lo que quiere, se sujeta hasta cierto punto á hacer lo que nosotros queremos: para trasformarnos en él, parece que su gracia se transforma en nosotros; se ajusta á las disposiciones de nuestro carácter, toma el sabor de las cosas que mas nos gustan, se hace ardiente é impetuosa con las almas llenas de fuego y de pasión, suave y serena con los corazones tiernos, enérgica y austera con las voluntades tenaces. Quédate á la puerta de nuestra alma sin que la causen nuestros desdenes ni nuestra mala voluntad; llama hasta que le franqueen la entrada, como nos lo dice el mismo Dios en estas palabras del Apocalipsis: *Ecce ego sto ostium, et pulvis*. En el misterio de la gracia y de sus divinas operaciones es donde principalmente puede comprenderse el inflexible poder de la voluntad, y es cosa de ver el piadoso tesón con que ha luchado la Iglesia por este poder contra los hereges que querían destruirle ó menoscabarle.

La voluntad es aquella facultad del alma que Dios ha situado en la céntrica de nuestro ser, como una fortaleza intomable, en la que ni aun él mismo puede entrar si no mantiene en ella secretas inteligencias. El pecado invade el cuerpo, subyuga los sentidos, penetra en la imaginación, nubla el entendimiento, conmueve el corazón, llega á la voluntad. Allí está, al pie de la fortaleza, afanándose por derribarla. ¿Que hará la voluntad? ¿Va á ceder y á rendirse, ó triunfará? En sus manos está la victoria. Un acto de su parte basta para detener aquella impetuosidad y quebrantar aquel empuje. Dios está allí con sus ángeles, solicitándola y rogándola; el demonio está allí también con los suyos, procurando seducirla y arrastrarla:— que escoja, por que nada hay que sea capaz de encadenar su libertad. No se asuste del estrépito que resuena en rededor, de las sacudidas cuyo choque la hace cimbrarse: con tal que el pecado no haya entrado en aquella fortaleza del alma, cuyo mando tiene ella, nada hay perdido. Solo la voluntad peca, como sola ella también merece.

Distingue bien, ¡oh jóven! esa noble facultad de las otras que ha colocado Dios bajo tus órdenes: la confusión en este punto puede ser peligrosa, y ocasionar muchas ilusiones. Algunos la confunden con el corazón y la fantasía, y se imaginan querer cuando ciertas cosas les inspiran esa afición que halaga y deleita, ó cuando los arrastra hacia alguna resolución un impulso violento y casi irresistible: toman por la voz de la voluntad aquellos gritos que la pasión ó el instinto arrancan al corazón; aquellas alegrías del alma cuando se estremecen bajo el impulso de alguna grande idea que la hiera ó de algun sentimiento generoso que la arrebatara; aquellas osadías que pasan por la imaginación, y en las cuales el hombre se exagera su valor y su fuerza. ¡Ilusión! ¡Ilusión!

La voluntad no grita; habla:—no arrastra; conduce:—no arrebatara; dirige:—no ama; aprueba:—no se inclina hacia los objetos; los juzga, y siempre se queda encima de ellos. La voluntad quiere y no hace mas que querer; ella puede querer siempre aunque no quieran todas las otras potencias del alma. Nada es capaz de arrancarle su consentimiento; es lo único que posee, pero dispone de ello á su arbitrio. La voluntad es serena, fría, impassible, grave y mesurada; no tiene movimientos precipitados como el corazón, ni irregulares rap-

tos como la imaginación. Es el órgano propio del deber, de la virtud y del sacrificio.

No confundas, pues, la facultad de querer con la de sentir ó amar, y no te desanimes cuando no sientas en tí ninguno de aquellos ardores y de aquellos anhelos por el bien, que á veces hacen mas fácil sus cumplimiento momentáneo, pero que con frecuencia también hacen mas difícil la perseverancia, porque en el punto en que cesan, el alma acostumbrada á su ayuda, se haya como abandonada, y no sabe ya que hacer en su soledad. Guárdate bien de debilitar en tí lo que constituye tu fuerza, y de entregar al yugo de los sentidos ó al imperio de las pasiones esa reina de todas las potencias de tu alma.

No es uno hombre mas que por la voluntad: el mundo se compone de los que quieren y de los que no saben querer. Los primeros son los hombres ó los señores; los segundos son los niños ó los esclavos. Aquellos quieren por sí mismos y por los que no tienen voluntad; pero ten bien entendido que esta facultad, mas que todas las otras, no se conserva ni se desarrolla mas que por medio del ejercicio, y que la inacción ó la servidumbre empieza por enervarla y acaba por destruirla. Ten bien entendido que el oficio de la voluntad es principalmente obrar, cuando todas las otras potencias del alma están embotadas é inertes; y no cuando sentimos en nosotros como una irresistible tendencia hacia el bien, y que este es mas bien, por decirlo así, su propia obra que la nuestra.

Solo la obediencia puede ejercitar y adiestrar la voluntad. Sin esta virtud se acostumbra á no hacer mas que lo que le agrada, y pierde de esta suerte su carácter distintivo, que es querer, para tomar otro enteramente ajeno de su naturaleza: en vez de ser el órgano del deber, se convierte en el del placer. Pero la obediencia no es la servidumbre, antes por el contrario la previene y la imposibilita. No obedecemos mas que á Dios; somos esclavos de los hombres, y mas comunmente aun de nosotros mismos. La obediencia á la palabra de Dios por medio de la fe, y á su ley por medio del deber y del sacrificio, es la salvación para la voluntad. La costumbre de obrar por capricho ó por arrebatado, y de no hacer mas que lo que agrada, la enflaquece y la desvirtúa.

Guarda bien tu voluntad, ¡oh jóven! de miedo que se entregue como una presa á los malos y á los

libertinos, que se apoderarán de ella, y la harán hacer todo lo que quieran. Si no tienes voluntad, la gracia, sin la cual nada puedes en el órden de la salvación, no tendrá efecto sobre tí, porque en la voluntad es donde ella opera como en el único instrumento de que sirve. Sin la voluntad ¿qué harás en este mundo de corrupción, de miseria y de vanidad que te rodea? ¿Qué harás en medio de las celadas que te cercan, de las tentaciones que te sitúan y de los enemigos que por todos lados te amenazan? ¿Qué harás en presencia de esos libertinos que se burlarán de tí, de esos ímpios que procurarán hacer trincar tu fe con sus argumentos y más aun con sus malos ejemplos? ¿de aquellas mugeres que tenderán á tu vista sus atractivos y sus encantos, como redes para reducir tu alma? En el día, cuando el bien está aislado y no se le ve ya reunido en grandes comunidades, no hallarás á tu rededor en los otros aquellos auxilios y aquel apoyo que podían buscarse en ellos antiguamente, y te hallarás sin fuerza cuando tengas que luchar contra esa asociación de los malos, tan compacta, tan bien disciplinada, y que parece haber conquistado la sociedad entera. Sin voluntad serás débil; cederás por seducción, ó por respeto humano ó por vergüenza á los ataques dirigidos contra tí, y en breve bajarás á la condición de aquellos desdichados que, incapaces de querer, están á merced del primero que quiere por ellos, y son, sin advertirlo, el instrumento de los mas bajos amaños, y á veces de las acciones mas viles y criminales.

VI

Las pasiones.

Toda la fuerza moral de las pasiones consiste en la voluntad. Si esta es buena, y si sabe regirlas bien no hay virtud que no pueda adquirir, no hay sacrificios que no pueda llevar á cabo, no hay fin que no pueda alcanzar, no hay obstáculos que no sea capaz de vencer. Pero el arte de dirigir las pasiones es difícil; no hay potro mas caprichoso en sus arranques, mas inconstante en su humor, mas pronto á desbocarse, mas receloso y espantadizo que las pasiones. Desde el momento en que ya no sienten el dominio de la voluntad, al punto las vemos bramar de impaciencia, y si consiguen romper el freno que las molesta, nadie puede prever donde se detendrá su insensata carrera.

Para bien dirigir las, es preciso tener siempre la espuela en el pie y la brida en la mano; porque

cuanto son impetuosas cuando tienen que seguir aquellas rápidas pendientes que se inclinan hacia los sitios más bajos de nuestra naturaleza, tanto son rebeldes y testarudas cuando hay que subir aquellas escarpadas montañas del deber, todas erizadas de tropiezos, donde a cada paso encuentran un obstáculo que incomoda ó un sacrificio que cuesta. Allí es preciso llevar la rienda con mano firme y vigorosa, de miedo de que se desbocuen, y moderar su fuego antes de que las arrebaté; aquí, por el contrario, es preciso picarlas con la espuela y acelerar su lenta y peregrina marcha. Si se las abandona á sí mismas, necesariamente serán un estorbo, yendo demasiado aprisa cuando convendría andar con paso más mesurado, y andando con demasiada lentitud cuando sería menester llegar pronto á un fin colocado en grande altura, y detrás de innumerables sacrificios.

El primer efecto de las pasiones en el hombre inhábil que no sabe regirlas, es la ligereza y la inconstancia:—las nubes que fluctúan por el cielo son menos dóciles al soplo de los vientos que la voluntad al soplo de las pasiones que la agitan á merced de su albedrío. Las olas que levanta la tempestad son menos móviles que las oleadas que suben y bajan en un corazón revuelto por esas borrascas, en que se confunden el cielo y la tierra. En medio de las densas tinieblas que le rodean, nada puede distinguir la mente: el corazón cansado, rendido por la lucha, no tiene fuerza para nada, y no sabe lo que debe evitar ó amar; la voluntad, incierta é irresoluta, no maneja el finon sino con mano flaca, é ignora adonde debe dirigir las acciones de la vida. La fé, ese divino faro que Dios tiene encendido en los confines de la eternidad, y que ha colocado en el punto más alto de este mundo, á fin de que todos los hombres puedan verle, la fé no espide, ya más que una dudosa y vacilante luz que no puede guiar á la inteligencia en los caminos de la verdad. No hay ya orden en las ideas, ni constancia en los sentimientos, ni consecuencia en las acciones, ni enlace en las determinaciones de la voluntad. Todo va á la aventura, todo se hace por antojo ó por arrebató: la noción del deber se borra poco á poco; solo se conocen de la virtud los goces que proporciona, y se ignoran los sacrificios que debe costar;—se llega hasta el punto de confundirla con aquel contentamiento y aquella paz interior que dá al que la practica bel-

mente, y solo atiende uno en ella á sí propio, en vez de atender á Dios y á su gloria. Fórmase uno con ella como una sensualidad espiritual, tanto más peligrosa cuanto más difícil es de reconocer, escondida y rebozada como lo está en los más profundos recodos del amor propio y de la vanidad.

Por qué las pasiones que nos han sido dadas para ayudarnos á salir de nosotros mismos y para facilitarnos el sacrificio y la abnegación, desarrollan el egoísmo desde el momento en que las separamos de su fin. Este miserable vicio mancilla nuestras más bellas acciones y los sentimientos más generosos en apariencias; el corazón es víctima de las más falaces ilusiones, y la vida gira en un círculo continuo de fraudes y de mentiras. Creemos ser victoriosos y no somos más que vanos ó hábiles; creemos amar á los otros, y no hacemos más que amar á nosotros mismos; creemos buscar la gloria de Dios, y no buscamos en todo más que la nuestra propia.

Las pasiones, cuando están sometidas á la voluntad, acercan en cierto modo al alma los sentidos y los órganos del cuerpo. Apenas un santo y elevado pensamiento ha iluminado la inteligencia, los sentidos se dilatan bajo los rayos de su luz; apenas la voluntad ha tomado una determinación, los órganos dóciles y obedientes se ofrecen como por sí mismos á ejecutarla; apenas el corazón ha palpitado bajo el divino influjo de la gracia, la carne misma palpita de deseo y de esperanza. Esto es lo que hacía decir á David: *Mi corazón y mi carne han palpitado hacia el Dios vivo.*—Esta corteza corporal que oculta á los otros y nos oculta á nosotros mismos los misterios de nuestra vida interior, parece como que se hace más ligera; efectúase una especie de exaltación espiritual de la carne, y como una ascensión del cuerpo al espíritu; y en los santos en quienes Dios quiere desplegar todas las maravillas de su gracia, y que le han sometido todas sus pasiones, floja á ser tan ínfima la unión del alma y del cuerpo, que nada pasa en la primera en que no tome parte el segundo. En la vida de estos hombres admirables es donde principalmente puede verse cuán inmenso recurso son para el bien unas pasiones dóciles y sometidas á la gracia.

Cuando, por el contrario, dominan la voluntad, los sentidos se exaltan sin medida; el cuerpo, que es como el sitio donde obran, adquiere un funesto predominio sobre el alma; no es entónces la carne

la que sube al espíritu; el espíritu enterpecido es el que baja á la carne, arrastrado por su propio peso. El principio de la acción y la energía que la produce están en los sentidos; el alma es pasiva, y la voluntad subyugada no sabe ya mantener en orden las potencias del cuerpo que se han sometido á su autoridad suprema. ¿Por qué vemos en el día las inteligencias tan poco elevadas, los caracteres tan débiles, las voluntades tan impotentes y los cuerpos tan enervados? ¿Por qué vemos tantas cosas pequeñas y tantas grandes miserias, tanto servilismo en las almas y tanta corrupción en los corazones? ¿Por qué? porque la voluntad no empuña ya el centro en el hombre, y porque el gobierno del mundo está abandonado al inconstante vaiven de las pasiones.

VII

La duda.

La duda es una puerta por la cual se puede ó llegar á la verdad ó salir de ella. Para el que está en el error, es el primer paso hacia la verdad, para el que posee la verdad es una pendiente que conduce á insensibles abismos.

La duda es un desierto por el cual lleva Dios á veces á la tierra prometida de la verdad á los que han vivido largo tiempo sosegados é impasibles en el error ó en la indiferencia. En este desierto no hay una fuente donde pueda el corazón apagar su sed y refrescarse, no hay una planta en la que pueda el alma ansiosa de verdad satisfacer el hambre que la devora, no hay un árbol á cuya sombra pueda el hombre estender y reparar un poco sus deseos y sus cansadas esperanzas. Allí, como en aquellos piélagos de arena cuyas olas revuelve el viento sin cesar, el suelo se hunde y hay bajo los pies, mientras que la inteligencia anhelosa y estenuada se deshace en vanos esfuerzos bajo los devorantes ardores de un cielo inhospitalario.

Un eterno horror habita en aquellos sitios. Si estás en ellos, apresúrate á abandonarlos; son á veces un lugar de tránsito y de pruebas, pero jamás una mansión ni un punto de descanso. No te deses deslumbrar por las falsas claridades de la duda, porque son menos una luz que alumbra que un fuego que deseca y consume. El error es como el satélite de la verdad; toma de esta la luz que espide y seduce con la vaguedad de sus reflejos los débiles y dolientes ojos de los pobres hijos de Adán.

En todo error hay siempre algún resto ó algún

reflejo de una verdad; nunca, no siendo así, podría cautivar nuestro entendimiento y señorearse de nuestros pensamientos; pero en la luz que roba á la verdad no hay quietud, ni orden, ni firmeza. Unas veces aparece radiante, otras se oculta y desaparece; aumenta ó disminuye según las ilusiones de nuestro espíritu ó los caprichos de nuestro corazón, y gira perpetuamente en torno de la verdad, sin poder jamás pararse en su vagarosa carrera, semejante al astro de la noche cuya imagen es, y que, en su impotente agitación, parece que se vuelve y revuelve de todos lados como para usurpar al sol algunos de sus rayos. En el mundo del error no hay sol ni estrellas fijas, sino solo planetas perpetuamente móviles y que, moviéndose siempre, nunca pueden adelantarse ni un paso, porque una mano poderosa los retiene en la órbita que les ha trazado, y los obliga á recorrer siempre el mismo camino.

Consúltate de buena fé, ¡oh jóven que dudas! y mira si no es ese el carácter del error. Vanamente procura parecer nuevo á fin de seducirte; considérale con alguna atención, y bajo los aceites con que trata de disimular sus arrugas, fácilmente verás las huellas de una marchita y decrepita vejez, que hacen aun más repugnante los afanes que emplea en ocultarla. Los términos nuevos que inventa, no engañan más que á los entendimientos débiles y vulgares; bajo las postizas galas con que se ostenta, los hombres de juicio ejercitado y que conocen sus miserables manejos, distinguen perfectamente su vanidad y su miseria.

Si tu inteligencia se ha separado de la verdad para unirse al error, échate en la duda, y no temas entregar tu alma á las luchas, á los tormentos y á las angustias de que es origen, porque para el que no está en lo verdadero, el peor estado es el sosiego y la seguridad; pero pasa por la duda como se pasa por el fuego; atraviésala rápidamente, y apresúrate á entrar en el sereno y santo asilo de la fé. Solo allí hallarás el descanso, la seguridad, y la ventura.

La duda es el balance de un buque en un día de tempestad. El alma inquieta, y batida por las oleadas por las varias opiniones que se empujan y se suceden unas á otras, se siente levantada por el orgullo hasta el cielo; pero en el momento en que cree asir la verdad que busca, la ola que la sostenía se entreaire, y descende y la arrastra consigo á

las profundidades del abismo. El espíritu rendido de estas ascensiones y de estas caídas continuas, no sabe al fin á que decidirse, y en el vértigo que se apodera de él, es incapaz de distinguir lo verdadero de lo falso, el bien del mal y la luz de las tinieblas. Solo siente, solo ve una cosa,—la duda que la desgarras y le atormenta, semejante á aquellos pobres enfermos á cuyos ojos desaparece el mundo entero, y que no pueden ya sentir otra cosa mas que el mal que los roe y la enfermedad que los devora.

¡Oh! ¡cuan triste es para el corazón del hombre habitar con las angustias de la duda y con los dolores de la incertidumbre! Mas le valiera vivir bajo el látigo del cómitre y arrastrar la pesada cadena del presidiario, por que no hay para el compaña mas cansada que la de la duda. Nada martiriza y rinde tanto el corazón como aquellas preguntas sin respuesta, aquellas cuestiones sin solución, aquellos esfuerzos sin resultado, aquellos inútiles arranques hacia la verdad, despues de los cuales siempre se halla en el punto mismo de donde arrancó, condenado, como por una especie de fatalidad, á agitarse sin cesar, y á caer perpétuamente sobre sí mismo.

Dudar si el amigo en quien ha depositado todos sus secretos y todo su cariño habrá vendido su confianza; dudar si la mujer á quien ha enlazado su vida ha dado á otro su corazón, es ya para el hombre un suplicio atroz. ¡Que no deberá ser, oh Dios mio! cuando duda de vos y de sí mismo! Dudar si somos de Dios y si Dios es nuestro, si estamos en lo cierto ó en lo falso y lo vacío, si el cimiento sobre el cual hemos alzado con gran trabajo el edificio de nuestros pensamientos y de nuestras esperanzas es sólido y firme; sentir á cada instante titubear la base sobre la cual estriba nuestra vida; buscarse sin poder nunca hallarse; volar hacia vos, ¡Dios mio! sin poder alcanzaros; no saber ni qué somos, ni de dónde venimos, ni adonde vamos; ignorar igualmente nuestro principio y nuestro fin; estar cara á cara con todas las cuestiones mas importantes en el mismo estado y en la misma posición que un niño, ó mas bien saber menos cosas y estar menos seguros de nuestro porvenir que un niño á quien su catecismo enseña á lo menos lo que mas le importa al hombre saber; revolvernos y agitar-nos en la vanidad de nuestros pensamientos sin poder nunca llenar su vacío; estar continuamente

humillados por el convencimiento de nuestra impotencia, y vernos reducidos á envidiar la suerte de aquellos hombres sencillos y dóciles á quienes la fé ha dado mas sabiduría verdadera que la que pueden dar todas las investigaciones y todos los esfuerzos del entendimiento;—¿no es esto, decidme, ¡oh jóvenes! construirnos un infierno en nuestro propio corazón? Y aun en el infierno, á lo menos, no se duda. Los demonios tiemblan, pero creen; el que duda, tiembla y no cree.

Jóven, si quieres salir del desfiladero en que la duda tiene metidos tus pensamientos y tus esperanzas, no olvides que la fé es un acto del hombre todo entero, un acto al que concurren todas las potencias y todas las facultades del alma, y que pertenece igualmente á la inteligencia y á la voluntad, porque la verdad que es su objeto es juntamente fuerza y luz. Es al mismo tiempo un acto de obediencia y de libertad, por el cual el hombre se somete á Dios, y se declara independiente de todos los demás hombres. La fé, dando á los pensamientos una pauta, y un freno al entendimiento, lo desprende de todos los vínculos, lo emancipa de todo yugo, lo liberta de todas las preocupaciones, y lo preserva de aquel humillante dominio del que es muy difícil escapar cuando no se está dominado por Dios y por su eterna verdad.

El que rehusa creer en la palabra de Dios, cree en la palabra del hombre. No hay término medio entre el yugo de Dios y el hombre, entre la fé que eleva la inteligencia y fortifica la voluntad, y las opiniones humanas, cuyo flujo y reflujo tienen á los pensamientos en una agitación continua; entre la doctrina de Jesucristo y los vanos sistemas de los filósofos; entre la iglesia, que dilata el corazón por la caridad, y las sectas ó las escuelas que lo estrechan por la intolerancia y el orgullo.

La fé es en el hombre el acto mas profundo y mas grande de la conciencia. El hombre, cuando cree ejerce un acto de soberanía, pues que suple con el poder de su voluntad, que fortifica la gracia, á lo que falta á su inteligencia, dando crédito á cosas que no comprende, y conservando su libertad en presencia de Dios, y aun bajo la impresión de su gracia omnipotente; por que entre la sabiduría y la fé media la diferencia de que esta deja al hombre libre, al paso que la evidencia producida por aquella impone al entendimiento una necesidad. El que sabe está convencido, es decir, vencido; el que

cree, cree por que quiere creer, y solo durante el tiempo que quiere; la luz de la verdad le ilumina, pero no le deslumbra. Por esta razón los hombres de fé tienen tanta energía de voluntad. La costumbre de la fé desarrolla en ellos aquella preciosa facultad ejercitándola sin cesar, porque para no cesar de creer es preciso continuar queriendo creer.

La fé es como un instrumento dado á los ojos de nuestro espíritu para ayuda de su debilidad, con cuyo auxilio puede divisar en el firmamento de la verdad aquellas estrellas que la distancia sustraen á nuestras miradas, aunque son mucho mas grandes y mucho mas brillantes que esos pálidos planetas que centellean mas cerca de nosotros. La fé es el telescopio de la inteligencia; la duda es como su microscopio. La fé aproxima los objetos; la duda los abulta y exagera las dificultades.

La inteligencia sola no puede conducirnos á la fé: nos enseña, sí, la luz, pero no nos da fuerzas para seguirla. Pidamos, pues, á la voluntad lo que no puede darnos la inteligencia;—mientras que el espíritu examina, implore el corazón y obre la voluntad. Una oración, una buena obra, una limosna, un sacrificio contribuirán mas á disipar las tinieblas que oscurecen nuestro juicio, que largas horas de un estéril y enojoso examen. El estudio da el conocimiento de la verdad y del bien, las oraciones y las buenas obras inspiran la afición á ambas cosas. Una voluntad recta, un corazón sencillo y dócil en presencia de Dios, una santa y noble independencia con respecto á los hombres y á todas las opiniones humanas, adelantarán mas nuestra conversión á la verdad que todas las investigaciones de nuestro entendimiento. Jóven, si tienes tanta dificultad en creer, está seguro de que la fuente de tus dudas ó de tu incredulidad está en las pasiones de tu corazón ó en la flaqueza de tu voluntad. Eres esclavo de los otros ó de tí mismo, y por eso no puedes decidirte á servir á Dios. El hombre te domina, las opiniones humanas te subyugan, no te perteneces á tí propio, y por eso no puedes disponer de tí, ni darte á Dios. Sustráete del dominio del hombre, recobra tu libertad, y entonces te será fácil hacer de tí lo que tú quieras. Somos esclavos de lo que sabemos ó de lo que amamos; no somos dueños mas que de lo que creemos ó de lo que queremos.

VIII.

El error.

Cuando la fé de la Iglesia regia las inteligencias y formaba en cierto modo la conciencia de los pueblos cristianos, el error y la verdad estaban separados por un abismo, y era fácil distinguirlos. No habia entonces mas que católicos y hereges, y los que querian permanecer fieles á la doctrina de Jesucristo, sabian donde hallarla y conocian á los hombres de quienes era menester desconfiar. Cada cual se daba francamente por lo que era;—todavía no conocia el mundo esa tercera clase tan numerosa en el día, á la que pertenecen todos esos hombres que no están ni en la Iglesia ni fuera de la Iglesia, ni con Dios ni contra Dios, y que solo están en sí mismos y solo son para sí mismos.

Esos hombres conservan el nombre que les han dado sin curarse de la idea que significa. En el fondo no son ni católicos, pues que no creen en la verdad por obediencia, ni aun hereges, pues que no eligen fuera de la Iglesia una secta á qué atenerse, y sí solo incrédulos, pues que no creen mas que en sí mismos, ó mas bien indiferentes, pues ni aun dan importancia á las doctrinas que ellos propios se han formado, y están prontos á abandonarlas á la primera duda que viene á sacudir su base. A tal punto han llegado las cosas, que pronto no podrá la Iglesia saber quiénes son sus hijos y quiénes sus enemigos, á quiénes debe amar y bendecir; y de quiénes debe desconfiarse.

Esos hombres están difundidos por todas partes, y en todas han introducido el desasosiego, el desorden y la confusión. El bien, el mal, la verdad y el error, la fé y la incredulidad, la religión y la impiedad, la gracia y la naturaleza, todo lo han confundido, y en ese caos, el hombre cuya inteligencia no está ejercitada por un estudio profundo de los misterios de la fé y de la doctrina de la Iglesia, se ve espuesto á perder su camino á cada paso, y á extraviarse en las veredas del error creyendo seguir las sendas de la verdad. Para todos los que no han hecho del estudio de las tradiciones católicas el principal negocio de su vida, el único medio de escapar de las redes que por todos lados les tiende el mundo es una gran docilidad de espíritu, una confianza ilimitada en la Iglesia, y una continua desconfianza de todas las doctrinas y de todas las enseñanzas humanas.

Sin eso ¿que será de tí, ¡oh jóvenes! en medio de

esa atmósfera en que vives, y en la que fluctúan en perpetuo movimiento nubes tan vagas en su carrera cuanto indecisas en sus formas? Todo será peligroso para ti, y las cosas mejores serán precisamente las más peligrosas, porque estando en ellas el error en más pequeña proporción, más difícil te será descubrirle. Desconfía de esos libros que, bajo las engañosas apariencias de una justa imparcialidad, esconden ó insinúan en el ánimo de los que los leen una fría indiferencia. Desconfía de esos hombres que, para hacer pasar sus erróneas opiniones, las mezclan con verdades incontestables, y no asestan á la iglesia sus tiros sino después de haberla, en cierto modo, revestido de toda su gloria: empiezan por exaltar los beneficios que ha derramado sobre el mundo, todo lo que ha hecho por el desarrollo de las instituciones más preciosas para la humanidad,—y luego, cuando ya han hablado de ella en términos capaces de persuadir á los demás que la aman y le son fieles, destruyen ó desmienten astutamente todos los elogios que le han prodigado, con artificiosas restricciones ó con juicios cuya injusticia y falsedad no saltan á la vista, tan hábiles son en traerlos de lejos por una pendiente casi insensible, y en preparar á ellos los ánimos con una sagaz y mesurada gradación.

En la historia, sobre todo, es donde les gusta injerir el error, porque sostenido en cierto modo por los hechos, no puede menos de penetrar en los ánimos que quieren seducir. En aquel terreno están tanto más á sus anchas, cuanto pueden más fácilmente dispensarse de formular sus juicios, y dejar á los que los leen ó los escuchan, el cuidado de sacar las consecuencias á que querían conducirlos de los hechos que les sirven de premisas. De este modo están mucho más seguros de conseguir sus culpables intentos, porque los jóvenes, de cuya confianza y credulidad abusan, se aficionan tanto más á las opiniones erróneas, de que están llenos sus libros, cuanto más las toman por el fruto de sus propias meditaciones. Mas se desconfiarían de ellas, si les fueran dictadas como los fallos de un juez, ó como las decisiones de un maestro;—si se las dieran ya formadas, como á niños que, no pudiendo todavía juzgar por sí mismos, están obligados á admitir á ciegas los juicios que les dan. Su orgullo y la altiva independencia de su ánimo los salvarían de las celadas que les tienden; pero ¿cómo desconfiar de los juicios que uno mismo parece ha-

ber formado? ¿Cómo no apegarse á opiniones que uno cree haber elegido libremente?

Hay en la enseñanza de la historia un modo de elegir, de preparar de distribuir, y de presentar los hechos, que facilita singularmente la propagación del error. Allí es donde, más que en parte alguna, es fácil mezclarle con la verdad en tan hábiles proporciones, que sea imposible distinguirlos, y hacer de esta suerte de la segunda una garantía del primero. No hay hecho que no haya sido contado de diversos modos y considerado bajo diferentes puntos de vista: no hay ninguno que no haya sido desnaturalizado por la ignorancia, ó por la mala fé, ó que no haya sido atribuido á motivos y á causas opuestas. Hay con corta diferencia, en punto á los hechos, la misma divergencia de opiniones y de juicios que en punto á las ideas, de lo cual fácilmente podemos convencernos por la diversidad de pareceres que advertimos en el día sobre los hechos que pasan á nuestra vista, y ya podemos prever de antemano los apuros de los historiadores que quieran de aquí á uno ó dos siglos formar su opinión sobre los sucesos de que somos testigos, y hallar una chispa de luz para guiarse en ese incoherente caos de juicios y de preocupaciones que oscurecen los hechos más sencillos y más importantes.

Sin duda no podía ser el mal tan grande cuando era menos considerable el número de los que juzgan y cuentan; sin embargo, si la mala fé era entonces menos común, la ignorancia era más fácil y más disculpable, á causa de la dificultad y de la escasez de las comunicaciones que la reducción de las distancias ha hecho luego mucho más fáciles. Nunca además les han faltado enemigos á la Iglesia, ni á la verdad lo que los incrédulos hacen y dicen hoy contra ella lo decían y lo hacían antiguamente los herejes, de modo que no hay un solo hecho relativo á su doctrina, á su disciplina, ó á su historia, que no haya dado ocasión á varias versiones diferentes. Nunca ha carecido de armas el arsenal del error, siempre copiosamente abastecido por el orgullo y la curiosidad del entendimiento humano.

Bien ves cuán fácil es sorprender tu confianza y propagar el error sin mentir, ni inventar nada, y solo contando las mentiras y las invenciones de otros, y falsificar la historia usurpando á los ojos del mundo la reputación de historiador imparcial y concienzudo. Mucha más habilidad es engañar

citando á los que han falsificado la historia, que falsificándola uno mismo; mucho más seguramente penetra el veneno del error rebozado bajo las apariencias de una profunda erudición que presentado bajo su propia forma en principios cuyo valor es contestable. No puede contestarse el de un hecho como no sea negándole como falso ó recusándole como dudoso; pero no se discute por motivos intrínsecos, como un axioma ó una idea.

Aquellos, pues, que no pueden consultar los libros donde se contienen las fuentes de la historia, y que no tienen tiempo para comparar y juzgar los testimonios sobre que se apoya la relación de los hechos que leen, admiten con ciega confianza la que les presentan, y descansan sobre la sabiduría y la buena fé del autor que más les agrada; y muchas veces las dotes que los han seducido en él son cabalmente las que hubieran debido excitar su desconfianza. La brillantez del estilo, las gracias de la forma, el afectado empeño en presentar situaciones extraordinarias ó pintorescas, el encaje forzado de los hechos, de sus causas y de sus resultados en sistemas arbitrarios, sirven con harta frecuencia de ornamento á rancios errores que se procura rejuvenecer para renovar su funesta eficacia.

Hay no obstante una señal infalible por la cual podrás reconocer á aquellos de quienes debes recelarle, por más incontestable que sea en todo lo demás el mérito de sus obras ó de sus lecciones, porque esa señal les es común á todos. Todos, en efecto, aun los que parecen más admiradores de la religión de Cristo ó de su Iglesia, todos la niegan en el fondo, y procuran aniquilarla en su cimiento, esforzándose por quitarle el carácter divino que la distingue, y considerándola únicamente como una institución humana más perfecta que todas las demás, pero de la misma naturaleza que ellas. Desde este punto de vista, sus elogios no son más que disimulados ultrajes. ¿Qué le importa á la Iglesia que poudereu su poder, su sabiduría y su habilidad, si le contestan el único título á que da importancia? Lo que quiere sobre todo es que la acepten y la reconozcan por lo que es realmente, es decir, por una sociedad divina en su origen y en su autor; y si no lo es en efecto, su poderío no es más que una impostura hábilmente calculada y ejecutada más hábilmente todavía.

El efecto de todas esas enseñanzas es disminuir el odio y las prevenciones ciegas contra la Iglesia,

pero aumentar al mismo tiempo la diferencia, dándole un pretexto más; porque ¿de qué serviría ocuparse tanto en la doctrina y la historia de la Iglesia, si no es más que una institución humana que cada cual puede á su arbitrio aceptar ó desechar? Esos doctores modernos construyen á la entrada del templo de Dios un inmenso vestíbulo, á donde llaman á la juventud estudiosa de nuestros días; desde allí la hacen entrever los magníficos tesoros que aquel encierra; la hacen oír el sublime concierto de los pueblos que le habitan; hacenla admirar sobre todo su estructura y ornato exterior; pero se guardan muy bien de enseñarle sobre qué base ha sido fundado; tanto le ofrecen que contemplar por fuera, que le quitan el deseo de entrar en él para conocer su disposición interior;—cierrante en cierto modo su puerta con sus afectados elogios y sus indiscretas alabanzas. Juntamente atraen y repelen á sus discípulos, porque lo que ellos quieren es hacer de ellos discípulos suyos y no discípulos de Jesucristo y de la Iglesia,—y como saben que basta penetrar un instante en el santuario del templo para probar la necesidad de quedarse en él, guardan sus avenidas con tanto cuidado.

Desconfía, pues, de todos los que no se proclaman á boca llena hijos de la Iglesia, obedientes y sumisos á su doctrina; desconfía de sus escritos y de sus palabras; desconfía de sus juicios; desconfía de sus reconvenciones y sobre todo de sus elogios, por que alaban en ella aquello de que ella hace menos caso, sus grandezas humanas y sus glorias exteriores. Esos hombres pertenecen á la familia de los Arrios, de los Nestorios y de los Pelagios; niegan á Cristo como sus predecesores, solamente que en vez de negar su personalidad divina, como Arrio y Nestorio, ó su operación divina en el hombre por la gracia, como Pelagio, niegan su influencia divina en la historia de la Iglesia: separan á esta del Cristo Dios, como los primeros separaban de él su naturaleza humana ó nuestra propia voluntad.

Sin embargo, para reparar la injuria que hacen á la humanidad derribándola del divino pedestal sobre que está alzada, y para volverle en cierto modo el Dios que le han quitado, han discurrido otro modo de unión entre nosotros y él; han, por decirlo así, sacado de quicio la encarnación del Verbo, y en vez de admitirla como efectuada realmente una vez en Cristo, prefieren admitirla como

desarrollándose siempre, sin efectuarse completamente, ya en la naturaleza toda entera, ya en la humanidad solamente, cuya historia se convierte de este modo en una teofanía continua, sin dejarse arredrar por las absurdas consecuencias de este impio fatalismo que osa proclamar como manifestaciones de Dios esos groseros errores y esos espantosos crímenes de que está llena la historia, y que tan desgraciado testimonio dan de la flaqueza de nuestra inteligencia y de la perversidad de nuestra voluntad.

Su fácil y flexible sistema los dispensa de todo juicio sobre el valor de las ideas ó de los hechos. Lo que es debe ser; lo que pesa no tiene ya razón para ser. Los sucesos llevan consigo su justificación, y todo el deber del hombre consiste en una vil sumisión á la necesidad que le está impuesta. Esos supuestos filósofos son siempre del partido del mas fuerte, y cuando pasan los hombres ó las cosas que han admirado, vuélvense cobardemente contra ellos, y los persiguen con sus insultos ó sus desdenes destruyendo de esta suerte, en cuanto está á su alcance, toda moralidad en la historia y todo deber en la conciencia del hombre.

Guardaos bien, oh jóvenes; guardaos bien de esos apóstoles del error; no os abandonéis á ellos con pueril credulidad, y no forméis vuestra opinión sobre las cosas que os enseñan, sin haberlos antes cerciorado de su verdad con un largo estudio y un exámen profundo; no condeneis con ellos á la Iglesia sin haber escuchado antes su defensa. Jamás acaso han sido mas de sazón que en el día las palabras de San Juan en su epístola primera. *Caríssimos, escribía, no queráis creer á todo espíritu, mas probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas se han levantado en el mundo. En esto se conoce el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo vino en carne es de Dios. Y todo espíritu que dice á Jesús, no es de Dios.* (a)

Dividen á Jesús los que separan su naturaleza divina de su naturaleza humana en la encarnación, ó su gracia de nuestra voluntad en el cumplimiento del bien que hacemos, ó su espíritu de la Iglesia en el progreso de la historia. Si sois cristianos de espíritu y de corazón, dad gracias á Dios, porque en ese choque de las opiniones y de los errores que luchan perpetuamente, es una felicidad poder refu-

(a) Traducción del P. Selo.

giarse en el puerto de la Iglesia, donde nunca peoran las tempestades. Vuestra fé, haciendos sumisos y dóciles á la Iglesia, porque es la única columna de la verdad, debe libertaros del yugo de las pasiones humanas, y haceros independientes de todos esos doctores que enseñan en su propio nombre, y que se arrojan el derecho de dominar las inteligencias;—es imperfecta si creéis en otros que en Dios. Dejad á esas pobres almas que no tienen fé creer en la palabra del hombre, y blasonar de pertenecer á tal ó cual maestro; dejadlas entregarse como víctimas al poder y la autoridad de los doctores que ellas mismas se han elegido. Preciso es que crean en algo; y pues no tienen bastante aliento y fuerza para elevarse hasta Dios, preciso es también que rastreen sobre la tierra, y que se sustenten en cierto modo de las migajas que se caen de la mesa de sus maestros y señores. A vosotros por vuestra parte, no os es lícito tener mas señor que Dios al mas maestros que los que enseñan en su nombre: todos los demas, cualesquiera que sean su sabiduría ó su talento, no tienen derecho á vuestra confianza sino en cuanto están sometidos á la Iglesia y si se declaran independientes de su ley, desconfiad de ellos, desconfiad de todas sus palabras; no los dejéis arrogarse con vosotros fueros de maestros y de doctores, porque mas sabéis vosotros con vuestra fé humilde y obediente, que ellos con su orgullosa sabiduría y su ambiciosa erudición. El catecismo que habeis aprendido en vuestra niñez contiene mas verdades que todos sus libros, y os instruirá mas que todas sus lecciones.

Uno de los apóstoles de Jesucristo pintó de un modo admirable á esos falsos doctores en las siguientes palabras: "Esos hombres blasfeman de lo que ignoran, y se corrompen por las cosas que conocen naturalmente, como los brutos sin inteligencia. Son nubes sin agua que los vientos impelean á todos lados; son olas de una mar tempestuosa que arrojan como una espuma su propia confusión; son astros errantes: la agitación y las tinieblas son su eterno patrimonio." No sé si es posible pintar mas fielmente á esos hombres, cuya única ocupación parece ser en efecto agitarse en las tinieblas. Pero vosotros, jóvenes, guardaos de asemejaros á aquellos discípulos de quienes habla otro apóstol: "Que no pueden sostener la santa doctrina, y que se buscan maestros con arreglo á sus caprichos, cuyos oídos están como trabajados por

una continua comezon, y que se apartan de la verdad para atender á las fabulas.

IX

El Sacerdote.

Hay en la tierra unos hombres á quienes Dios ha elegido, y en cuyas manos ha depositado todo su poderío, no el poder de su justicia que castiga ó reprime, sino el poder de su misericordia y de su amor que reconcilia, perdona y absuelve. Para consagrarseles irrevocablemente, los señala con un carácter divino é indeleble y que llevan consigo á la eternidad, como un sello de reprobación ó de gloria. Para encadenarlos como cautivos por medio de la abnegación y la caridad al servicio y á la salvación de sus hermanos, ha roto todos los vínculos que podrían retenerlos fuera del círculo de sus deberes, y ha querido arrancarlos juntamente al mundo que podría perderlos, y á la familia que podría disminuir la expansión de su caridad. Aun no contento con esto, ha querido destruir, en cierto modo, en ellos la parte mas grosera de su ser, y someter de tal modo el cuerpo al alma, que no pudiese ser para ella un obstáculo. Dejándoles su naturaleza de hombres, porque aquellos á quienes deben amar y salvar son hombres, ha querido hacer de ellos otros tantos ángeles y poner entre su carne y su espíritu un abismo que no pueden salvar sino á costa de un espantoso sacrilegio. A esos hombres, el mundo los llama sacerdotes, el pecador penitente los llama padres, el justo los llama hermanos, el ignorante los llama sus maestros, y los hombres que han perdido el bien de la inteligencia los llaman ambiciosos, y los temen con razón como á los enemigos de sus vicios y á perpetuos obstáculos de su vida licenciosa.

Cierto que merecen bien el cargo de ambición que los dirigen, y muy digno sería de compasión el sacerdote que no blasonase de ello. Quién ha de ser ambicioso, si no lo es aquel cuyo empleo es establecer el reinado de Dios sobre la tierra? ¿Quién ha de solicitar el dominio de las almas, si no lo solicita aquel que no quiere dominarlas sino para arrebatárselas al vicio y dárselas á Dios? ¿Los hombres irreligiosos podrán propagar libremente sus principios destructores y sus peligrosas máximas, y el sacerdote no ha de poder solicitar el triunfo de las máximas de la Iglesia y de la verdad que Jesucristo ha revelado al mundo? ¿Los libertinos podrán corromper una ciudad entera con

el contagio de sus malos ejemplos, y tender redes á la inocencia de las almas que Cristo ha rescatado con su sangre, y los ministros de la redención de Cristo no han de poder neutralizar el pernicioso influjo de sus enemigos, y arrancar de sus manos las almas que quieren perder? ¿Los malos podrán atacar, y los buenos no han de poder defenderse?

Si el sacerdote quiere convertir en provecho propio la influencia que le da su augusto ministerio, ó si quiere servirse de él para un fin puramente temporal, acúsele, lo merece, pues se hace el hombre del mundo, en vez de ser el hombre de Dios. Pero si procura hacer reinar á Cristo entre los hombres, someter las inteligencias al honroso yugo de la fé, y las voluntades á la ley de Dios y á la de la Iglesia, preciso es alabarle y glorificarlo, porque hace una obra buena, útil, santa y gloriosa. El reino de Dios no es de este mundo; pero está ó á lo menos debe estar en este mundo. Desterrar al sacerdote de la sociedad, es desterrar de ella á Dios; porque no hay Dios sin sacerdotes que lo hagan conocer, amar y servir de los otros con sus enseñanzas y con su vida ejemplar.

Pero al lado del sacerdocio de Jesucristo hace establecido otro que le es contrario, así en el objeto como en los medios: tal es el sacerdocio del demonio y del infierno. De él emanan esos errores y esas mentiras que asolan las inteligencias, y esas máximas que corrompen al hombre, á la familia, las ciudades y los estados. Ese sacerdocio es numeroso; los hombres que lo componen son activos celosos, ardientes, y muchas veces esos hijos de las tinieblas son mas hábiles que los hijos de la luz. Predican y quieren impedir á los sacerdotes de Cristo que prediquen para refutar sus peligrosas doctrinas; gritan, meten mucho ruido, y se agitan, intrigan, buscan un apoyo en las potencias de la tierra; en todas partes se preparan relaciones, amigos y protectores; como no tienen ni doctrina decidida, ni deberes fijos, mudan de opinion segun el capricho de aquellos á quienes necesitan. Esos sacerdotes se hallan en el día en todas partes; todos se entienden sin conocerse, tan poderoso es en ellos el instinto del mal. Esos son los mas encarnizados enemigos de los sacerdotes de Cristo, y en todas partes su mayor afán es hacer que sean vanos sus esfuerzos é inútil su predicación. Sin duda habeis encontrado á veces en la sociedad á esos apóstoles del error, á esos restos de una época

impía é irreligiosa que el siglo diez y ocho ha dejado en el siglo en que vivimos, como después de una tempestad, la mar retirándose deposita en la playa los despojos que fluctuaban sobre sus aguas. Acaso debeis á sus lecciones, ó á sus mofas y sus sarcasmos las preocupaciones que todavía abrigan vuestro ánimo contra los sacerdotes, y vuestra repugnancia en invocar su ministerio.

No creais en sus palabras, porque son fieles á esta abominable máxima de su patriarca, "que es bueno mentir, porque de la mentira siempre queda algo." Si quereis formar vuestra opinión sobre el sacerdote católico, juzgad por vosotros mismos, y no os fieis mas que de lo que veais. Seguidle á la cabaña del pobre, junto al lecho de los moribundos, á los hospitales y á las cárceles, y decid en seguida si hay en la sociedad una profesión que tenga mas derechos á nuestro respeto y á nuestro acatamiento, si hay una sola que cuente en su seno un número tan crecido de hombres virtuosos é ilustrados, y en la que pueda hallarse una suma tan grande de abnegacion, de sacrificios y de luces. Sed imparciales y justos; no los juzgueis con la intencion previa de censurar su ministerio y su vida, porque el ánimo preocupado ve lo que quiere por la razon de que no ve las cosas sino á la luz de las preocupaciones que lo han seducido.

Para juzgar bien á los hombres, es preciso ser indulgente con ellos. La caridad eleva y dilata la inteligencia; la injusticia, por el contrario, la comprime y la rebaja. No esperéis hallar en cada sacerdote un ángel: son hombres como vosotros, que tienen sus pasiones, sus flaquezas y sus miserias, porque sin ellas no podrían comprender las vuestras. Dios ha querido dejarles las debilidades de nuestra naturaleza para que no se eleven por el orgullo sobre los otros hombres, y para que traten con indulgencia y bondad al pecador que se humilla ante ellos, acordándose de que son sus hermanos, semejantes á él en todo.

No os admiréis de hallar entre ellos hombres infieles al espíritu de su vocacion: Cristo no tenía mas que doce apóstoles, y entre estos doce hubo un traidor. Cuanto mas santo y augusto es el ministerio de los sacerdotes, tanto mas culpado es el que abusa de él. La perversidad de los malos sacerdotes es una prueba mas de la dignidad del sacerdocio porque cuanto mas grave es el abuso, tanto es mas elevada la cosa de que se abusa. Las gran-

des caídas están reservadas á los que se hallan colocados á grande altura, y el sacerdote no caeria á tanta hondura, y el mundo no se admiraria tanto de sus caídas, si su ministerio no fuera tan santo, y su estado no fuera muy superior al de los otros hombres. Estos caen sin que se repare en sus faltas, al paso que el menor desliz del sacerdote llama la atencion; y por el asombro y los clamores que excita, fácil es ver que se espera del sacerdote una gran perfeccion, y que rara vez hay motivo para echarle en cara una grave violacion de sus deberes. Nadie se admira de lo que ocurre todos los dias, y cuando las culpas de un hombre sorprenden, es por que inspiran grande aprecio su profesion ó su carácter. ¿Cuál clase de la sociedad escaparía, no diré á las reconvenções, sino al desprecio, si el odio y la malevolencia la observasen con una implacable vigilancia, y un vehemente deseo de hallar que tildar y morder en ella como sucede á los ministros de Jesucristo, á quienes el mundo persigue con su odio y su cólera, porque sabe que son sus mas mortales enemigos?

X.

El Confesor.

¿Has sondeado alguna vez el sentido de esta palabra: confesor? ¿Has escuchado alguna vez todo lo que dice esta palabra? ¿Has admirado el poderío del espíritu cristiano sobre la forma del lenguaje, y el maravilloso modo con que las doblaba y las dilata apenas entra en ellas? ¿Has estudiado la significacion de este magnífico solecismo: confesarse? Los que hablaban la lengua latina en tiempo de Ciceron hubieran podido pensar que del verbo *confiteri* se haria un día un verbo que expresara una accion reflexionada, y que uno se declararía como se declara una cosa? ¿Hubieran podido pensar que se hallara en su lengua una palabra para designar la profesion de escuchar las confesiones de sus hermanos?

Confesarse es declararse; y confesar es hacer á un hombre toda declaracion. Para hacer decir tantas cosas á la lengua pagana que hablaban los romanos, ha sido preciso quebrantar en cierto modo sus formas y doblar su estrecha rigidez. Pero ¿no ha producido el cristianismo en el lenguaje los mismos milagros que en la sociedad? ¿No ha sido en aquel como en esta una poderosa levadura que ha hecho fermentar y purificarse la masa?

El confesor es un amigo, pero un amigo divino, ó mas bien, es el mismo Jesucristo que se hace en su persona el confidente y el amigo de todos los cristianos. La confesion es la amistad elevada al estado de Sacramento, y tan acercada al cielo, que nada puede concebirse mas inmediato á él en la escala de los afectos humanos. ¡Admirable poder de la religion! En cada templo cristiano hay un confesonario donde está sentado el sacerdote esperando á que los pecadores vayan á acusarle sus culpas y á buscar su perdon. Hombres, mujeres de todas edades y condiciones van á él, se hincan de rodillas, se acusan, y salen de allí muchas veces justificados, siempre consolados. Ahí, entre el penitente y el confesor se dicen cosas que no querría uno decir á su padre ni á su madre, que ocultaría á su hermano ó su amigo, y que quisiera ocultarse á sí mismo, si posible fuera.

¿Quién es, pues, ese hombre á quien así abrimos nuestro corazón, y ante quien leemos en alta voz el libro de nuestra vida? ¿Es por ventura un amigo á quien conocemos y amamos hace mucho tiempo, de cuya discrecion nos hemos asegurado, á quien hemos buscado con largos afanes antes de hallarle, como se busca una cosa rara y preciosa? ¿O es á lo menos un hombre notable por su sabiduría, y cuyas luces espiden en derredor de él largas claridades? No. Muchas veces apenas conocemos á ese hombre, á veces su carácter desagradado, sus modales chocan, su virtud demasiado austera inspira un sentimiento de repulsion:— á veces tambien es un humilde sacerdote que no tiene mas sabiduría que su fé, y que bebe todas sus luces en la fuente de la oracion y de la caridad. Y sin embargo tenemos mas confianza en él que en el amigo mas íntimo, y estamos mas seguros de su discrecion que de la de un padre ó un hermano. Una declaracion hecha á ese hombre, aun cuando no le conociéramos, aligera mas nuestra alma, y nos hace mas bien que una declaracion hecha á una madre ó á un amigo.

No conocemos á ese hombre; pero apenas estamos á sus pies, sentimos abrirse nuestro corazón á los rayos de su caridad, y abandonarse á la confianza y á todos los afectos que elevan el alma. Nos mira y creemos en él; nos habla y ya somos sus hijos: cada palabra suya es como una gota de lluvia que cae sobre una tierra desecada. Abre la mano para absolvernos, y al punto la inocencia, la

serenidad, la paz y la alegría reflorecen en nuestra alma. Nos dice: id en paz, y nos levantamos inocentes, justificados, felices, con el arrepentimiento del mal y el deseo del bien, lleno el corazón de dolor por lo pasado y de esperanza para el porvenir. ¿No se necesita, en verdad, haber perdido el seso para calumniar una institucion tan admirable? El solo establecimiento de la confesion, ¿no es una prueba suficiente de la divinidad del cristianismo? Tal invencion ¿podía emanar de otro que de Dios?

No menosprecies ¡oh jóven! el precioso tesoro que Dios pone á tu disposicion. Vas á buscar muy lejos lo que tienes á tu lado: te quejas de la dificultad de hallar un amigo, y Dios te ofrece muchos en cada uno de los templos en que habita su gloria; porque no creas que el sacerdote que te confiesa queda indiferente á tu corazón, y que la obligacion que le está impuesta de amarte y de consagrarse á tu bien, quita algo al valor de los desvelos que te prodiga. De tí solo depende hacerte un amigo de tu confesor: si te diriges á él con confianza, es difícil que te rehuse su amistad. ¿Cómo quieres que se establezca entre dos almas un comercio tan íntimo sin que de él resulte una estrecha union? El sacerdote para amar á su penitente ni aun tiene necesidad de los motivos que la fé le sugiere: bástale su naturaleza y su corazón.

Pero si tú permaneces indiferente con él; si no vas á buscarle mas que por una especie de costumbre, por respeto al qué dirán ó por algun motivo mas malo todavía, no te admires de no inspirarle aquella ternura con que ama un padre á su hijo ó un amigo á su amigo: él no hace mas que quedarse en los límites que tú mismo le demarcas. Quitale esa valla que pone tu indiferencia delante de su corazón, y pronto verás como su celo y su caridad se precipitan sobre tu alma, y la rodean de gracia y de bendiciones. Siempre hallarás un confesor que te con venga si se lo pides á Dios con instancia, si lo buscas de buena fé, y si después de haberlo hallado, abandonas tu alma á su caridad, tu entendimiento á sus luces y tu vida á sus consejos. Tu confesor será casi siempre para tí lo que tú quieras que sea, y te dará todo lo que le pidas.

XI.

La amistad.

Así como el ojo no puede vivir sin luz, así el corazón del hombre no puede vivir sin un amigo. Y sin

embargo, aunque un amigo sea necesario en todas las edades y en todas las circunstancias de la vida, nunca lo es tanto como en la juventud, porque entonces el corazón que no está ocupado por algún noble y santo afecto, fácilmente se llena de sensuales y culpables amores y porque el vicio entra sin tropiezo en un alma vacía. Muchos se dicen amigos; pocos lo son en efecto. Un joven siempre tiene gran número de camaradas, pero rara vez tiene amigos; esta es acaso la época de la vida en que el hombre tiene menos. Hasta hay muchos para quienes un amigo sería un estorbo, y que hayen de la amistad como de un freno que detendría su ímpetu, y como de una cadena que esclavizaría sus pasiones.

Media entre los camaradas y los amigos esta diferencia, que los primeros roban el tiempo y que los segundos le dan. Se tienen camaradas para gozar ó para no hacer nada; se tienen amigos para ser virtuoso y obrar. Aquellos participan de las cosas á que no se dá importancia, los placeres, el tiempo y á veces el dinero; con estos repartimos lo más íntimo y lo más precioso para nosotros; nuestras alegrías, nuestros secretos y nuestros dolores.

La amistad concentra la vida, y así es como le comunica tanta fuerza. La costumbre de repartir el corazón entre muchas cosas ó personas, distribuyéndole á cada una una pequeña parte de él, es funesta para el carácter, y casi siempre es indicio de un alma poco profunda y de una voluntad débil. El hombre disipa sin provecho para sí ni para los otros ese precioso perfume que Dios ha depositado en el fondo de su ser para que embalsame toda su vida; su corazón se halla pronto seco y vacío, y no le queda más que aquella cantidad de amor que necesita para amarse á sí propio.

Una de las mayores ventajas de la amistad es enseñar al hombre á no necesitar de la sociedad y de esos vanos placeres á que se precipitan las inteligencias vacías y las almas indigentes. ¿Qué había de ir á buscar en la sociedad el que posee un amigo? ¿Qué es el placer para quien goza de la felicidad? La sociedad es el bien de los hombres pobres en su interior; pero apenas desciende á la inteligencia un gran pensamiento, ó apenas va á posarse sobre el corazón una dulce amistad, la sociedad no parece sino lo que es realmente, el asilo de todas las vanidades y el receptáculo de todas las miserias. El tedio, la ociosidad, el vacío del corazón y de la ca-

beza son lo que lleva á la sociedad, y lo que hace que sean tan numerosas sus llamadas diversiones. Dad á la vida una idea ó un afecto sério, y todos sus instantes se agruparán al punto en derredor de ellos; todos las potencias del alma se reunirán al rededor de este centro; todos los deseos y todas las esperanzas correrán ó más bien volarán á ese objeto. Lo que hace que la vida de un joven no tiene aquella regularidad ni aquella constancia que constituyen su fuerza, es que carece de objeto determinado que la solicite y la atraiga; lo que hace que su corazón se disperse y se agote en esta diversion, es que no está contenido en un profundo y anchuroso afecto. El corazón de los jóvenes se derrama en esos ligeros ó culpables amores que, careciendo de anchura y de profundidad, dejan que rebosen ó vaguen á la ventura todos sus afectos. Cíñase á una bien sentida y poderosa amistad y no se perderá en aquella vaguedad que le desgasta y le agota.

El niño que la mujer lleva en su seno, la preserva de las enfermedades contagiosas que se entran en cuanto la rodea; del mismo modo el alma que lleva en sí un alto pensamiento ó un santo afecto, fácilmente se sustraerá del contagio del vicio y de los malos ejemplos. Es peligroso para un joven dejar ayunar á su corazón; en el hambre que le devora, se precipitará sobre el primer objeto que encuentren sus ojos, y se llenará, pero no se nutrirá con él. La amistad es el antidoto ó el preservativo más seguro contra todas las enfermedades que atacan con preferencia el corazón de los jóvenes. El que posee un amigo y lo ama con todas las fuerzas de su alma, difícilmente será esclavo de esos culpables amores que marchitan la vida aun antes de que haya llegado á sazón, y que dan al cuerpo y al alma una prematura decrepitud.

El amigo que ha elegido será para él un puerto donde hallará un refugio en los días tempestuosos, y donde podrán echar el ancla sus inconstantes deseos y sus inciertas esperanzas. Apoyado en su brazo, andará sin temor por la senda de la vida, y bajará con seguridad la resbaladiza y rápida pendiente de la juventud. Si cae, un esfuerzo de caridad de su amigo le levantará del suelo, y sus mismas caídas redundarán en beneficio de su amistad, porque convencido de su flaqueza, se asirá más rícidamente á la mano de su amigo, y se apoyará todavía más sobre su corazón. Su amigo

desplegará, como un dosel, encima de su vida, su vigilante caridad, y su indulgente misericordia; tendrá consejos para todas sus incertidumbres, una luz para sus dudas, consuelos para sus dolores, compasión para sus flaquezas y perdones para sus culpas. Como un segundo ángel de la guarda seguirá todas sus pisadas; disipará con su mirada las nubes que tan ingeniosamente forma en derredor del corazón el amor propio ó la vanidad, y rasgará el velo de las ilusiones en que tanto le agrada envolverse á la mente del hombre. Bastándose ambos uno á otro, no irán á mendigar en otra parte la felicidad que hallan junto á sí. ¿Cuántos tesoros que se gastan inútilmente todos los días serían conservados si los jóvenes comprendieran la necesidad y los halagos de la amistad!

Pero este noble sentimiento es el patrimonio de las almas bellas: el vicio tiembla de él, y es insuportable á la ligereza y á la medianía. Los verdaderos amigos no se hallan sino entre los que temen y aman al Señor. La religión y la piedad son las que disponen el corazón á los nobles afectos, haciéndole más anchuroso y más profundo. La amistad vive de sacrificios y de deberes graves, y esto es precisamente lo que hace que sea tan rara en el día, porque todos se buscan á sí mismos, y porqué de día en día se va perdiendo el hábito del sacrificio.

La santa escritura nos ha expresado perfectamente la naturaleza de la amistad en estas palabras en que nos pinta la de David y Jonatás: *El alma de Jonatás, nos dice, estaba pegada á la de David, y Jonatás le amaba como á su alma.* Nada es más patético é interesante que el mutuo cariño de estos dos ilustres y piadosos amigos; ni puede citar la historia en los fastos de la amistad una generosidad tan sublime como la de Jonatás, quien sabiendo que David era elegido por Dios para heredar el cetro de Saut, no le tiene envidia, antes bien le defiende con infatigable celo contra la mala voluntad y el odio de su padre. No hay nada más bello que los juramentos que se hacen mutuamente; no hay nada más tierno que el lamento que se exhala del alma de David después de la muerte de su querido Jonatás: *Tu muerte me traspasó de dolor, Jonatás, hermano mío, el más bello de los príncipes, más amable que los más amables de entre las mujeres. Como ama una madre á su hijo único, así te amaba yo.*

Ten un amigo, si quieres conservarte virtuoso;

pero escógele entre mil si quieres que su amistad te sea provechosa. Sea su virtud apacible, amable é indulgente, para que te la haga amar á ti, para que no te desaliente si tienes la desgracia de abandonar por un momento sus senderos. Sea él discreto, y que jamás suba á la superficie un secreto que cae en el fondo de su alma; el que vende la confianza de su amigo y revela á un extraño los misterios de la amistad, no comprende ni su naturaleza ni sus deberes. Que sea desinteresado, y esté pronto siempre á sacrificar su reposo, su salud, su tiempo y su caudal por socorrerte ó consolarte. Que sea piadoso, y que no busque más que á Dios en el cariño que te profese, porque casi siempre el que no busca á Dios se busca á sí propio y nada hace más desinteresado el corazón que la piedad, porque destruye en él hasta las raíces del egoísmo. Cuando hayas hallado un amigo como el que te pinto, no le abandones; perdónale muchas cosas; ningún hombre en este mundo es perfecto, y es una insensatez esperar de los que nos aman, más de lo que pueden darnos.

XII

La concupiscencia.

Jóven, no vendas tu alma por las sonrisas de la mujer que no teme á Dios; y guarda bien tu corazón en su presencia, no sea que se deje coger en la liga de sus palabras, como el pajarillo en las redes del cazador; porque la mujer impura perderá muchas almas, y su vanidad acumulará las ruinas en torno de ella. El vicio y la corrupción pasan del corazón del hombre al de la mujer; pero una vez en este, se multiplican y toman nuevas fuerzas, porque los dardos de la concupiscencia, después que la mujer los ha afilado sobre su corazón y templado en el veneno de su vanidad, causan heridas muy más terribles y casi siempre mortales. El corazón de una mujer corrompida es una aljaba siempre llena, sus miradas son flechas agudas y penetrantes, y su palabra es un arco siempre tendido que dispara sin interrupción la mentira y el vicio.

Si quieres conservar la paz de tu alma y la inocencia de tu corazón, huye, huye con terror de esas mujeres que, viendo desvanecerse el brillo de su juventud y el atractivo de sus gracias, hacen como un postrer esfuerzo para reanimar en su seno las últimas centellas del impuro fuego que en él han fomentado, y que llaman en auxilio de su ajada

hermosura la triste experiencia que han adquirido en el arte de corromper las almas y de pervertir las conciencias. Dotadas de aquel instinto del vicio que da la costumbre, adivinarán tus flaquezas, y no bien habrán puesto la mano sobre tu corazón, cuando conocerán todas sus brechas y puestos mal guardados, por los que insinuarán sus perniciosas adulaciones y sus pèrdidos halagos. Para cada uno de tus defectos prepararán un elogio y tejerán una corona, y los estragos que harán en tu alma para enervarla y quitarle la fuerza de resistirlas, serán mas terribles en sus consecuencias que el último golpe que consumará su ruina.

Esas mugeres sin virtud ni pudor, cuyos corazones han endurecido y como oscificado el egoísmo y la vanidad, necesitan hombres enervados y ajados como ellas. Todos sus esfuerzos tienden à producir en aquellos à quienes quieren engañar los mismos efectos que ha producido en ellas la costumbre del vicio. Ya no les queda vida mas que en los sentidos: la de la inteligencia y la voluntad ha huido de ellas hace mucho tiempo. Todas las facultades y todas las potencias de su alma han pasado à los sentidos: todo su ser está allí; lo restante no vive ya mas que como aquellos miembros paralizados que todavía están unidos al tronco, pero que ya no reciben de él ninguna influencia. Para crear à su semejanza al hombre à quien quieren seducir, se esforzarán para arrancarle el alma inmortal que Dios le ha dado, por trocar su naturaleza, por convertirla en cierto modo en un sexto sentido mas delicado, mas accesible à las sensaciones del placer y de la concupiscencia que los otros cinco, y por trasformarla en carne à fin de que no se cleve en él lucha alguna, y de que ningun obstáculo se oponga à sus intentos.

¡Ay del jóven que cae en manos de una de esas mugeres! Esas mugeres son mil veces mas peligrosas que las que venden su cuerpo por dinero. Estas corrompen el corazón y ajan los sentidos: aquellas destruyen la inteligencia y la voluntad, y exaltan de un modo espantoso la voz de la carne.

¿Quién puede comprender todos los estragos que producen estas mugeres en el alma de un jóven? Un frio cálculo dirige todos sus pasos y preside à todos sus planes: ellas sitian un corazón puro y honrado como sitia un general una fortaleza bien guarnecida y difícil de tomar. Para

ellas este es un negocio de tática en el que empuñan su vanidad, pero en el que ningun interés toma su corazón. Sus miradas, sus ademanes y sus palabras, todo está calculado de antemano, y esas desgraciadas están siempre tan sobre sí y son tan dueñas de sí mismas, que jamás un momento de olvido compromete sus proyectos ni revela el secreto de sus pensamientos.

Junto à aquellos helados y marchitos corazones, el corazón de un jóven desmaya y se consume como una planta trasportada à un clima mas frio, perdiendo aquel calor que da una juventud juicosa y arreglada. Pronto el egoísmo se apodera de él: tanto se ama, y tanto se ha encogido su corazón que ya no puede hallar cabida en él para aquellos nobles afectos y aquellos sentimientos generosos que exaltan el alma de un jóven: la patria, la familia, no existen ya para él. Las mas santas amistades se desecan y caen de su corazón, como vemos en los dias de otoño las amarillentas hojas de las arboledas arrastradas por el viento. La beneficencia no alza ya la voz en él: la misericordia calla tambien: las lágrimas del aflijido resbalan sobre su alma fria, dura y tersa como el hielo, y las miserias del pobre pasan delante de sus ojos sin excitar su compasion. Nada es ya capaz de turbar su horrible reposo y su desapiadada seguridad: ya, como suele decirse, sabe vivir y acomodar su vida en aquella miserable y mezquina felicidad cuyos misterios conocen tan bien los egoístas.

Y aun no es esto todo: esas pobres victimas de la concupiscencia pasan de un salto de la adolescencia à la vejez; conservan todas las puerilidades y todas las simplezas de la infancia, y toman à la edad de la decrepitud sus enfermedades, sus achaques y sus miserias. Niños por la inteligencia, viejos por el corazón, todavía no pueden comprender las grandes cosas y ya no saben amarlas. ¿Quién no ha visto, à lo menos una vez en su vida, alguna de esas ruinas de hombres que ha devastado el vicio, y en las que ya no hay medio de rastrear ninguna reliquia de las nobles facultades de que fueron morada en otro tiempo? ¿Quien no ha visto errar como espectros evocados de sus tumbas algunos de esos cadáveres cuya mirada está estinguida, cuya boca está vacía de sonrisa, cuyas facciones marchitas no pueden ya animarse bajo un rayo de alegría y de felicidad, cuyo corazón privado de savia no puede

producir ningun gèrmen, cuyos miembros paralizados no se prestan sino con gran trabajo à los movimientos mas sencillos, y cuyo cuerpo todo entero parece como agoviado bajo el peso de las iniquidades de que está cargada su vida?

Pero lo mas espantoso de este estado es que la edad no hace mas que irritar los deseos à medida que disminuye la fuerza para satisfacerlos. Cuando la llama de la vida está apagada en la inteligencia, en la voluntad, en el corazón y en los sentidos; cuando el pecado parece proscrito juntamente del alma y del cuerpo con el poder de querer y de obrar, se refugia en la memoria, en la imaginacion, y allí se le vé echar tufo, ahumar como una lámpara próxima à apagarse, y oscurecer el espíritu con sucias imágenes y culpables reminiscencias. De modo que aquellos desdichados no tienen siquiera el consuelo de que les sea la salvacion mas facil, cuando una decrepitud prematura les ha hecho como imposible el pecador desde el momento en que no pueden cometerle, le recuerdan con amargura, y aquellos recuerdos sin arrepentimiento añaden nuevas iniquidades à las de su vida pasada.

¿Puede concebirse nada mas atroz para un hombre que esa especie de necesidad de pecar que está impuesta por la costumbre, y que le hace pagar las ofensas de su juventud con las que comete pasada esta? ¿Hay nada mas terrible que esos castigos sin espacion, esos dolores sin mérito, esa involuntaria mortificacion del corazón y de los sentidos que quita del pecado el goce, sin quitar de él la ofensa, y que conduce à las dolorosas regiones de la eternidad por caminos mas ásperos y senderos mas estrechos que los que conducen à la felicidad y à la gloria del cielo? Tiembla, oh jóven, tiembla, y aléjate con santo terror de las redes de la concupiscencia, no sea que algun dia se apoderen de tu alma inútiles terrores, y condenes tu ancianidad à estériles amarguras.

XI

La religion.

Esta palabra religion expresa admirablemente las dos verdades fundamentales de nuestra inteligencia, y cuya profunda huella todo lleva estampada en nosotros y en derredor nuestro. Esa palabra nos dice que estábamos separados de Dios, pero que estamos, ó que à lo menos podemos estar reunidos y reconciliados con él; nos dice lo que éramos y lo que somos, y nos enseña de este modo

con maravillosa concision toda la historia de la humanidad. ¿Hay por ventura alguna filosofia mas completa que la que se encierra en las doctrinas del cristianismo? ¿Dónde hallaremos una poesia mas sublime y mas graciosa que la que se exhala de sus misterios? Todo en él es luz y amor, inteligencia y caridad. En él halla el entendimiento una solucion para todas sus dudas, una respuesta para todas sus preguntas, un punto de apoyo para todas sus incertidumbres; en él halla el corazón un objeto para todas sus esperanzas, una satisfaccion para todos sus nobles deseos, el descanso de los mas imperiosos instintos de su naturaleza, y un alimento siempre sustancioso para esa hambre de accion y de amor que le trabaja de continuo.

Véase cómo todo se encadena perfectamente en los dogmas de la religion cristiana; cómo cada uno de ellos lleva en sí à todos los demas, y al mismo tiempo emana de todos los demas; cómo los preceptos de su moral emanan regularmente de las enseñanzas de su doctrina; cómo las prescripciones de su disciplina están de acuerdo en todo con los primeros y los segundos, y cómo en fin toda la verdad de su doctrina, toda la caridad de sus preceptos y toda la cordura de sus consejos se reflejan graciosamente en las ceremonias de su culto y en sus augustas solemnidades. Hay entre estos diversos elementos una armonía tal, que es fácil ver que todos ellos son las varias formas de un solo y mismo pensamiento, que se dirige à todas las potencias del alma para subyugarla toda entera; que habla à la inteligencia en la doctrina, al corazón en la moral, à la voluntad y aun al mismo cuerpo en la disciplina, à la imaginacion y à los ojos, que son como su órgano exterior, en el culto; que somete el espíritu por la fé, el corazón por la caridad, la voluntad por la obediencia, la imaginacion y los ojos por la admiracion, el cuerpo y los sentidos por la paciencia.

Aun dado que la religion cristiana no hubiera sido revelada por Dios, siempre seria el sistema de filosofia mejor enlazado en todas sus partes, el mas completo en su conjunto, y el poema mas rico y mas sublime. Solo en ella se halla el nudo de todas las dificultades que han embarazado à los filósofos, y la solucion de los enigmas que mas han ejercitado la curiosidad de su mente. Consultemo: à la filosofia acerca de Dios, del hombre, de la

naturaleza, y no nos dará más que respuestas dudosas, inciertas ó contradictorias. Sobre cada una de las verdades que interesan más vivamente la suerte del hombre en esta vida y en la otra, tendrá explicaciones mil veces más oscuras que los misterios que quiere descubrir. Para esquivar un misterio proclamará diez; para negar un milagro, afirmará otros cientos más inexplicables y más difíciles de comprender; para dispensarse de creer en la palabra de Dios y en la doctrina de la Iglesia, creerá en la palabra de un hombre y en los oráculos de un maestro.

Si niega el misterio de la Trinidad de las personas divinas por admitir la unidad natural, porque no puede comprenderle, aceptará con pueril docilidad el misterio mucho más incomprendible del panteísmo; porque si es difícil concebir cómo la naturaleza divina puede comunicarse á tres personas distintas, sin dejar por eso de conservar su unidad, ¿cuánto más difícil no es explicar cómo puede comunicarse á todos los seres, tan diversos en sus formas, tan opuestos en sus actos, sin perderse en cierto modo en aquella infinita multiplicidad!

Si rehusa admitir la existencia de aquel pecado original de que dan tanto testimonio nuestro cuerpo, nuestra alma y toda nuestra vida, se cejará á divagar en hipótesis todas más absurdas unas que otras para resolver esta grande y difícil cuestión que ha tapado la boca á todos los filósofos: ¿Cómo existe el mal? ¿De dónde ha venido? Y primero que atribuir su origen á la voluntad libre del hombre, que pudiendo elegir entre el bien y el mal, se decidió por este, preferirá establecer su causa en Dios ó en una necesidad independiente de él, y por lo tanto más fuerte que él; ó bien, para salir de apuros más fácilmente y para zafarse de todas las objeciones que provoca una respuesta evasiva, ó insuficiente, negará el mal, y no se avergonzará de atribuir á una ilusión de nuestro espíritu la distinción que establecemos entre él y el bien.

El dogma de la encarnación le parecerá inadmisiblemente. No se crea sin embargo que la filosofía le evitará á pesar de todas sus precauciones, antes muy por el contrario, le exagerará multiplicándole sin medida. Enseñará que Dios es, vive, siente, piensa y obra en todos los seres que componen el conjunto del universo, porque los dogmas cristia-

nos responden de tal suerte á las necesidades de la inteligencia humana, que esta no puede pasar sin ellas, y que siempre que las niega, se ve precisada á sustituirles errores que se parecen, y que aun casi siempre no son más que su absurda exageración.

Y en efecto, los que niegan la redención del hombre por Jesucristo, ¿no están obligados á poner en su lugar la redención del hombre por la sangre del hombre, y á sentar la fuerza brutal que destruye y derrama la sangre en vez de aquella virtud tan eficaz que reside en la sangre de Cristo y en su redención? Los que enseñan que el hombre no es libre con respecto á Dios, y que las determinaciones de su voluntad le son impuestas por una voluntad superior, ¿no son cabalmente los que invocan para él en el orden social una independencia salvaje que haría imposible toda sociedad, si pudiese algún día llegar á establecerse solidamente en algún país?

Los que han repelido la autoridad de la Iglesia, acusándola de querer subyugar y comprimir los espíritus con un humillante é intolerable yugo, ¿no son los mismos que han atribuido al poder secular ese poderío exorbitante que, exaltando el orgullo de aquellos en cuyas manos Dios los había puesto, los impulsó hácia caminos tan extraños? Porque, por efecto de un admirable designio de la Providencia, de los enemigos de la autoridad de la Iglesia es de quienes han venido todas esas lamentables doctrinas cuya aplicación ha producido por do quiera una reacción tan terrible y provocado tan culpables excesos. La mente del hombre no se separa de la verdad más que para caer en el error, que es como su remedio: la verdad es como una montaña á cuyo pié se abre un abismo donde caen precipitados todos los que se apartan de sus senderos.

Fácil me sería pasar revista á todos los dogmas y á todos los preceptos de la Iglesia, y mostrar que no se renuncia á estos y á aquellos más que para admitir otros más difíciles y más duros; que el hombre no se sustrae á la obediencia de la Iglesia más que para hacerse el esclavo del mundo, tan insensato en sus preocupaciones, tan tiránico en sus usos; que no se renuncia á la humildad más que para caer en la humillación; que no se desecha la penitencia más que para someterse á austeridades mil veces más penosas que las que la Iglesia

ha aconsejado y permitido; pero cualquiera puede suplir lo que me veo obligado á callar, y admirar la doctrina de la Iglesia, tanto comparando su sencilla y majestuosa belleza con la deformidad de los errores que se le han sustituido, como contemplándola en sí misma.

Véase cuánta gloria y honor para el hombre, cuánta luz para su espíritu, cuánta fuerza para su voluntad, cuánta alegría para su corazón y cuánta poesía para su alma emanan de esos dogmas que han florecido en derrador del de la encarnación. ¿Cuán grande parece el hombre en Cristo, en quien la naturaleza humana ha sido elevada hasta la personalidad divina! ¿Cuánto ha acrecentado su valor la redención, desde que fué rescatado con la sangre del hombre-Dios! ¿qué peso y qué dimensión no adquiere su pensamiento uniéndose por la fé al pensamiento de los siglos! ¿En cuán angusto y solemne acto se convierte su oración, unida á la oración de Dios que participa de su naturaleza! ¿Cómo los menores actos de su vida se engrandecen y se hacen importantes por la virtud que reportan de su unión con los del Salvador! ¿Qué precio da su Pasión á nuestros padecimientos, y su muerte á la nuestra!

Desde el momento en que consideramos al hombre bajo el punto de vista de la fé, desde que le miramos en Cristo, nos parece un ser enteramente distinto del que vemos cuando no consideramos estas cosas. Las dimensiones de su entidad y el valor de sus hechos aumentan en proporciones infinitas; y para expresar la transformación que la gracia opera en él, la Iglesia ha inventado una palabra que resume en sí todo el cristianismo. Llamo sobrenatural al orden que está sobrepuesto á aquel en que vivimos por los sentidos, reconociendo de este modo en el hombre el poder de elevarse con el auxilio de Dios sobre su propia naturaleza, y de pasar, por efecto de un mero acto de su voluntad, á aquel mundo infinito y eterno en el que viven Dios y los ángeles; y no se diga que entiendo en un sentido figurado esta ascensión del hombre á una esfera superior, pues lejos de eso, condenaría como hereje al que lo entendiese así. La Iglesia quiere que se crea que esa exaltación del hombre por la gracia es real y verdadera.

¿Has examinado alguna vez cuán inmenso valor da á todos nuestros afectos la enseñanza de la Iglesia sobre el Purgatorio, y sobre las relaciones que

establece la oración entre los vivos y los muertos? Conforme á este dogma, los vínculos que han unido nuestra alma á las de nuestros padres ó de nuestros amigos, no quedan rotos cuando llega la muerte, y los sentimientos más dulces para el corazón llevan en sí un sello de inmortalidad que acrecienta singularmente su fuerza desde esta vida, pues sabemos que podemos continuar amando después de su muerte á los que amábamos en vida, y que nuestro amor puede serles más útil y más dulce después que han dejado esta tierra que cuando la habitan todavía.

¿Has estudiado alguna vez las admirables soluciones que nos da la Iglesia sobre los más profundos misterios de la naturaleza, en su doctrina sobre los sacramentos, en su liturgia, en sus bendiciones y en sus exorcismos? ¿Qué son en comparación de lo que ella nos dice tan sencillamente sobre esto en sus oraciones, todos los ensayos de explicaciones tentados por los filósofos y los sabios? He aquí lo que es la religión cristiana:—el que quiere ir hasta el fondo de su doctrina y de su culto, lo halla allí todo, poesía, arte, ciencia y filosofía; al paso que los que no consideran más que su superficie, nada ven de los tesoros que encierra.

XIV

El sentimiento religioso.

Para los pueblos, igualmente que para los hombres que se han extraviado en las sendas del error, el retorno á la verdad empieza de un modo casi insensible. Vense primero algunos hombres á quienes el genio de su corazón, más aun que el de su inteligencia, eleva sobre los demás, y que, desde las alturas donde están subidos, ve en lontananza lo que todavía está para los demás envuelto en oscuridad y como escondido detrás de una nube. En aquellos hombres que marchan al frente de su época, y cuya alma aspira las esperanzas de lo futuro, se personifica el instinto de lo que debe suceder, y la luz que debe más tarde iluminar al mundo, espide sobre ellos sus primeros reflejos, y colora en cierto modo sus pensamientos con las tintas del porvenir. Cuando aparecen esos predestinados, el mundo se asombra y no los comprende, porque no ve más que lo que se ve, y ellos ven lo que llega; pero sin embargo los admira, porque presiente en ellos los primeros resplandores de un nuevo día, y porque un instinto de que no se da razón á sí mismo le advierte que aquellos

hombres llevan en su alma como las formas de una era nueva.

A medida que se acerca el día, las sombras de la noche que va a reemplazar, disminuyen y dejan aparecer algún objeto que envolvían sus tinieblas. Las almas que el sueño había inclinado hacia la tierra, como aquellas plantas que se repliegan en sí mismas para dormir, van enderezándose poco a poco, y se vuelven amorosamente hacia la luz que se levanta. Las hermosas esperanzas y los santos deseos relucen en ellas, como vemos las gotas de rocío relucir en el fondo del cáliz de las flores bajo los primeros rayos del sol. Una temperatura más caliente sucede al frío de la noche; ya se sienten las dulces influencias de la caridad. Parece que todo se prepara a renacer y a vivir, y el mismo Dios se dispone a derramar sobre el mundo los raudales de su misericordia y de su amor.

Los que han entrado en la vida con este siglo han podido ver las primeras señales de la renovación que todavía se está preparando. Los perspicaces no han faltado. A su frente brilló aquel ilustre profeta que jugaba con las cuestiones más profundas como juega un niño con flores, que conversaba en sus escritos como se conversa con un amigo, y que nos ha dejado, bajo la forma de simples conversaciones, y bajo el título de *Tardes*, uno de los libros más admirables que ha producido el genio inspirado por la fe. Y después de todos los otros vino aquel hombre tan ardiente en su fe, tan impetuoso en sus esperanzas, tan luminoso, tan influyente y poderoso por sus palabras, que por espacio de quince años tuvo en ebullición bajo los ardores de su genio a todos los corazones católicos; que profetizó durante todo aquel tiempo la renovación cristiana que se esperaba; pero que en el momento en que aparecía no la reconoció, y exhaló aquel lamentable grito que consternó a la Iglesia y heló de espanto todos los corazones. ¡Ay de mí si me he engañado! El nombre de ese hombre debe siempre sernos caro. Nadie le pronuncie con amargura ni con odio, antes bien salga de la boca de todos los cristianos como envuelto en oraciones y embalsamado de lágrimas y de caridad.

El sentimiento religioso es a la fe y a la religión lo que es a la radiante y abrasadora luz del mediodía esa incierta claridad del crepúsculo que parece luchar contra las tinieblas de la noche. Todavía no tenemos el día de la fe, pero tenemos su aurora; la

religion no reina todavía como soberana sobre todas las inteligencias; pero casi todo lo que es joven, casi todo lo que pertenece al porvenir y a la esperanza, está trabajado por un vago instinto religioso que, seguido hasta el fin, conduce infaliblemente a la fe. La impiedad desterrada de la juventud y perseguida por el desprecio de todos los que todavía son capaces de comprender el poder de una idea, la impiedad se refugia en la cabeza y en el corazón de aquellos hombres de otra época que han envejecido sin olvidar ni aprender nada, y que se imaginan vivir todavía en aquella época en que pasaba por un genio benéfico y por un amigo del pueblo aquel hombre, condenado a perdurable infamia, que fué el amigo de todos los tiranos y el enemigo de Dios. (1)

La impiedad ha envejecido, ha perdido el seso; dice cosas incoherentes como aquellos ancianos cuyo juicio han debilitado los años. Habla con amor del pasado que se le escapa, y con celoso desdén de la juventud que prepara al mundo un nuevo porvenir. Todavía se oye alguna vez de tarde en tarde su voz cascada é impotente que quisieran ahuecar el odio y la cólera; pero no hay en todo el porvenir un eco que responda a sus gritos de amargura. Los jóvenes, que pertenecen a un mundo mejor, desprecian con razón a esos viejos obstinados que dan coces contra el aguijón, y que quisieran retener a la sociedad en el fangoso carril en que la metió el siglo pasado. La religión, por el contrario, es joven, y pertenece toda entera a la esperanza y al porvenir, como si acabase ahora mismo de nacer: forma en el día como la atmósfera en que viven las inteligencias. Esa atmósfera es todavía vaga é incierta; pero todos la respiran como a pesar suyo, todos los pechos se dilatan para atraerla, y poco a poco penetrarán hasta las partes más ínfimas de la sociedad.

A vosotros, ¡oh jóvenes! os toca fomentar ese movimiento hacia el bien. No conviene que os quedeis como enclavados en los errores y en las preocupaciones del siglo pasado, y que os confundáis con esas ruinas que ha legado a vuestro siglo. Caminad por la esperanza y el deseo hacia ese porvenir que nos prepara la misericordia de Dios. ¡Ved cómo por todas partes empieza a fermentar la levadura de la fe, y qué gritos de ra-

(1) Voltaire sin duda.

bia las nuevas glorias, que reserva Dios a su Iglesia, arrancan a los antiguos errores y a las antiguas preocupaciones, que sienten titubear la base en que estaba fundado su ominoso poder!

XV

El protestantismo.

Lo que tapa la boca a la impiedad en los países católicos exaspera a la herejía en Alemania y en Inglaterra. El protestantismo, ese error inventado para el uso de los tiranos, y para consagrar con el sello de la religión las injusticias y sobre todo las usurpaciones de los príncipes que codiciaban los bienes de la Iglesia, el protestantismo ve disminuir por días su predominio en Inglaterra. Las grandes riquezas de sus señores espirituales y temporales constituyen todo su poder; su base está en el suelo, su apoyo es puramente material y terreno. Opuesto en todo punto al cristianismo, que ha adulterado y desfigurado en su constitución, en su doctrina y en su fidele, se ha establecido por la fuerza, se ha conservado con la opresión, y ha debido su incremento a las riquezas: la pobreza de Cristo y las humillaciones de su cruz lo aniquilarían inevitablemente. Abandonado a sí propio y privado del apoyo que halla en la fuerza, caería desmoronado, porque la fuerza sola liga aun las desencajadas partes de ese ruinoso edificio.

No hay historia más fecunda en injusticias, no hay ninguna que atestigüe más la bajeza y la perversidad del corazón humano, cuando se abandona a sus malos instintos, que la historia del protestantismo en Inglaterra, obligado a reconocer por sus héroes, sus fundadores y sus santos a un rey y una reina que hubieran figurado bien en el trono de Tiberio y de Calígula, y que no hubiera roto la horrible uniformidad que en aquella época establecía el crimen entre todos los Césares.

No es menos triste, ni menos miserable su historia en Francia, cuya división habían dispuesto sus gefes en una multitud de feudos ó de pequeños principados, que hubieran gobernado a su antojo, y que habría reducido a la Francia al estado de división que las disensiones religiosas han hecho definitivo en Alemania. Porque no es dudoso que sin el protestantismo, la Alemania habría acabado por adquirir aquella unidad que constituye la fuerza y la grandeza de los imperios, pero cuyo establecimiento hicieron perpetuamente imposible los lastimosos errores de Lutero. El protestantismo,

en su más simple expresión, era una protesta contra la unidad: aunque al principio no protestase más que contra la unidad religiosa, arrastrado por su principio, atacó fatalmente la unidad donde quiera que la halló, en el estado lo mismo que en la Iglesia. El clero y el pueblo salvaron entonces a la Francia de la desgracia y de la humillación que le preparaban los protestantes. Las órdenes religiosas sobre todo brillaron por su arrojo y su celo, y el pueblo obligó al rey a abrazar su fe, restableciendo así el honor de los pueblos cristianos, mancillado por la apostasía de aquellas naciones degeneradas que, semejantes a viles rebaños, siguiendo ciegamente las pisadas de su amo, mudaban y volvían a mudar de fe según el capricho de los príncipes que las gobernaban.

Los pueblos que se han separado de la Iglesia no han sacudido su yugo más que para someterse al yugo mucho más duro y humillante de los príncipes temporales, pues al fin y al cabo, la Iglesia toma a los hombres por la parte superior de su ser, habla a su inteligencia, manda a su voluntad. Su autoridad es meramente espiritual, ya se la considere en las cosas que manda, ya en las materias sobre que se ejerce, ya en su naturaleza, ya en sus formas. La autoridad temporal, por el contrario, toma al hombre por aquella parte de su ser que está sometida a las condiciones del espacio y del tiempo: no le pide más que una cosa,—que haga lo que ella manda y que se abstenga de lo que prohíbe, dejándole en libertad de pensar lo que quiera, tanto acerca de ella misma cuanto de las medidas que cree debe tomar. No pide tanto la obediencia, cuanto la sumisión, y si alguno se resiste, tiene la fuerza para apremiarle ó el verdugo para castigarle.

Los protestantes han trasladado a los príncipes todos los derechos y toda la autoridad que han quitado a la Iglesia. No han adquirido más libertad, no han hecho más que mudar de yugo: no se han emancipado de la potestad del papa, como aparentan creerlo; solamente que en vez de tener un papa en Roma, tienen tantos papas como príncipes. En vez de las excomuniones de la Iglesia y de los rayos del Vaticano, tienen los fallos y las sentencias de los tribunales seculares, los calabozos y las bayonetas de los príncipes temporales. Han agravado su yugo y degradado la obediencia, sustituyendo una autoridad inferior por su naturaleza y por su origen a una autoridad esencialmente es-

piritual: han proclamado el reinado de la fuerza, y á ellos deben los pueblos de Europa esas humillantes doctrinas que atribuyen á los príncipes un poderío que jamás la Iglesia hubiera atribuido á su cabeza, é imponen á los pueblos un yugo mas humillante todavía que duro y pesado: doctrinas igualmente funestas á los príncipes cuyo orgullo han exaltado, y á los pueblos cuya cólera han provocado.

Eximiendo á los soberanos de la dependencia de la autoridad espiritual, declarando su poder independiente de todo poder que no sea el de Dios, é imponiendo no obstante á los pueblos como deber una sumisión sin límites, el protestantismo ha abierto la síma de las revoluciones y desencadenado sobre el mundo el demonio de la anarquía. Una vez contestado á la Iglesia el derecho de vigilancia y de censura, cada cual se le ha apropiado: todos quieren ser jueces, nadie consiente en ser juzgado; y de tres siglos á esta parte la historia de los pueblos de Europa fluctúa entre el despotismo y la anarquía, entre una sumisión servil y orgullosas rebeliones, sin poder fijarse en un lado ni en otro, porque apenas se inclinan á la derecha, una violenta reacción la echa al punto á la izquierda. En este perpetuo vaiven de los sucesos, de los intereses y de las ideas, nada hay estable, nada puede echar raíces, y estamos como aquellos enfermos que padecen vahidos, que creen que todo gira á su rededor en una rápida é incesante rotación.

Si quieres, ¡oh jóven! apreciar bien la distancia que separa la verdad católica de los errores protestantes, sigue á los apóstoles de la Iglesia, y á los de las sectas que se han separado de ella en los países infieles donde el celo de unos y de otros está cara á cara, y comprenderás que el poder de predicar la fé solo pertenece á los ministros de la Iglesia, pues no hay mas predicaciones eficaces que las que se hacen en su nombre. Las misiones protestantes son estériles, porque cuando no las inspiran el interés ó el aliciente del lucro, son hijas del orgullo ó del espíritu de partido: las misiones católicas, por el contrario, producen siempre frutos abundantes, porque el celo de los apóstoles, dirigido por la verdadera fé, va siempre acompañado de una grande expansión de caridad. Muchas veces los misioneros protestantes no son mas que agentes de comercio, dependientes de una sociedad que los paga, y en cuyo provecho trabajan ha-

ciendo servir, por un espantoso abuso de las cosas santas, la religion como instrumento y como medio á los intereses de este mundo. La indiferencia y la apatía de esos hombres contrasta singularmente con el celo y la caridad de aquellos sublimes apóstoles que, despues de haber dado su tiempo y su vida á los pueblos que evangelizan, les dan muchas veces ademas su sangre y su muerte, perpetuando de esta suerte en la Iglesia aquella tradicion de sacrificios y de martirio que empezó en el Calvario con la Pasion de Jesu-Cristo.

El nuevo mundo parece haber sido repartido entre los misioneros de la Iglesia y los de las sectas protestantes, como para darnos un medio mas fácil de juzgar los principios por la comparacion de los resultados. La Iglesia ha tomado para sí el mediodia: las sectas protestantes se han apoderado del norte. ¿Qué ha sucedido? En el norte, la raza indígena ha desaparecido, destruida por la guerra de exterminio que le han hecho los protestantes, y mas aun por los licores espirituosos con que la han convencido sistemáticamente: luego, para reemplazar las tribus indias arrancadas de su suelo, los protestantes han trasportado á él esclavos negros cazados como brutos en las costas de Africa. Y á quienes se afanan por corromper y embrutecer, para que no seent las miserias de su condicion. En el mediodia, á pesar de las violencias que acompañaron la conquista de los españoles, las dos razas, la de los vencedores y la de los vencidos, han acabado por unirse para formar una tercera.

En todas partes, en todos los dominios de la vida, hallarás la misma diferencia entre el catolicismo y las sectas protestantes. Allí verás una constitucion determinada é inmutable, una gerarquía perfectamente arreglada, dogmas fijos, preceptos claros, una disciplina bien decidida, un culto lleno de significacion, una tradicion no interrumpida que confirma la verdad por el testimonio de los siglos, una ciencia abundante y profunda, un arte sublime en su vuelo, admirable en sus formas, una historia llena de hechos y de ideas, á la cual se enlaza la de todas las naciones de la tierra una constante sucesion de santos, de pontífices, de mártires y de confesores. En las sectas protestantes nada de esto; sin constitucion que sirva de base, sin sacerdocio, y solamente con empleados que hablan en nombre del príncipe que los nombra y los paga; sin unidad en la doctrina, sin culto; con una historia

que empieza ayer y que no se puede leer sin sentirse á cada momento humillado por el triste papel que hacen en ella los hombres y por las miserias de que está plagada; sin tradiciones, y si solamente con eslabones rotos y esparcidos aquí y allí á grandes distancias, y con los que en vano se querria formar una cadena, porque no pueden encajarse unos en otros; sin ciencia, y si solamente con sistemas divergentes en todas direcciones, y que es imposible convertir á un foco comun; sin arte, y si solo con una seca y estéril imitacion del que ya existía, y con el odio á lo bello llevado hasta el delirio, pues en el siglo xviii se vió á los protestantes renovar las escenas de vandalismo que señalaron las conquistas de los bárbaros antes de la edad media, y destruir los templos ó las imágenes que la piedad católica habia multiplicado tan prodigiosamente en Europa;—hé aquí bajo qué caracteres se nos presenta la reforma. La aridez, la impotencia, la muerte, el vacío, la nada, tal es el patrimonio de todas las sectas que han protestado contra la unidad.

¿Y cómo pudiera ser de otra suerte? Toda su doctrina es una negacion; su nombre mismo tiene este origen, porque protestar, es negar. Toda su fuerza consiste en destruir: han negado la libertad del hombre en sus relaciones con Dios, y el inventor de su doctrina ha llevado la osadía hasta el punto de decir que Dios es quien peca en nosotros y quien fuerza nuestra voluntad; y por una amarga irrisión del lenguaje, ha dado el nombre de siervo albedrío á esta facultad del alma en el libro que escribió contra ella. Una vez declarado el hombre incapaz de producir un acto libre, era preciso, para ser consecuente, negar las obras buenas y meritorias. Por eso los protestantes han enseñado que las buenas obras son inútiles y Lutero en uno de aquellos arrebatos que eran tan comunes en él, dijo hasta que eran reprensibles como peligrosas para la salvacion.

Si el hombre no pudiera ni producir ninguna buena accion, ni merecer por ellas la felicidad de los elegidos, no tendria necesidad de que la accion de Cristo, su sacrificio y su redencion se renueven perpetuamente; bastándole que esta redencion se hubiese cumplido una vez. Por lo tanto, los protestantes han negado el sacrificio del altar, y en la Eucaristía, que es su resultado, no han visto mas que un recuerdo ineficaz de la Pasion del Re-

dentor. Una vez abolido el sacrificio, no habia ya necesidad de altares; por eso los derribaron. Destruidos los altares, no habia ya necesidad de sacerdocio; negáronle pues. Destruido el sacerdocio y derribados los altares, el culto era inútil é imposible juntamente: consideraron, pues, el culto como una idolatría, y acabaron con él.

Ademas, estando el hombre, con respecto á Dios, menos en el estado de una persona que en el de una cosa, pues le negaban la libertad, la accion de Cristo debia ejercerse sobre él como se concibe que se ejerceria sobre una cosa que no puede obrar por sí, ni por consiguienten oponer ninguna resistencia. Con arreglo á estas ideas, los protestantes han enseñado que los méritos de Cristo se aplican al hombre *por de fuera* en cierto modo. Le cubren, pero no le llenan; le rodean como un vestido, pero no le animan como un principio de vida; tapan sus pecados, pero no los borran realmente. La Pasion del Redentor es un hecho que pasó y que no se vuelve á reproducir; pero del que el hombre puede sacar fruto trayéndosele á la memoria por medio de un intenso recuerdo.

Véase como todo aquí aparece muerto, vacío y estéril; toda la religion cristiana queda reducida á una cosa que pasó, que fué en otro tiempo, pero que ya no es, y todo el culto queda reducido á un recuerdo. El hombre se acuerda de Cristo como se acordaria de Moisés ó de los profetas, y como media entre el recuerdo de un hecho y su aplicacion un abismo inmenso, los protestantes, para hacerle desaparecer, han imaginado como medio de justificacion una sutileza que deja muy atrás á cuanto ha inventado el error en este género. Segun su doctrina, basta que el hombre se crea justificado para que lo esté en efecto; basta que se represente bien en la memoria la redencion de Cristo, para que al punto se le apliquen los méritos de ella. A esta persuasion facticia la han llamado *fé justificante*, dando de esta suerte á lo que no es mas que un fantasma y una ilusion de la fantasía, el nombre que espresa la creencia mas firme y mas segura de sí misma.

¿Y qué extraño es, esto supuesto, que la piedad protestante, fundada sobre la ilusion, haya degenerado tan pronto en un misticismo oscuro y tenebroso, y haya dado ocasion á innumerables delirios y á increíbles descarríos? ¿Qué tienen de extraño esas formas extravagantes y á veces grotes-

cas bájo las cuales se produce la piedad de esas infinitas sectas que el espíritu de orgullo propaga perpétuamente en el protestantismo, y que ya lo tienen reducido à un mundo de átomos sin cohesión, que se repelen mutuamente como impulsados por un movimiento fatal?

¿Qué tiene de extraño el inmenso número de estas sectas? ¿No lleva en sí todo protestante lo necesario para fundar una doctrina y una Iglesia? ¿No es él mismo su propio papa? ¿No se le ha atribuido à él la infalibilidad que se ha negado à la Iglesia, enseñándole que el Espíritu santo le asiste y le dirige en la interpretación del texto de la Escritura, y que no puede engañarse sobre el verdadero sentido de las palabras que contiene?

No es posible considerar sin profundo dolor la desastrosa influencia que ha ejercido el protestantismo sobre la historia y sobre la sociedad; al ver que ha hecho retroceder la historia à los tiempos del paganismo, cuya tiránica é impia política ha renovado, y que ha hecho casi imposible la sociedad, alterando su principio, y rompiendo el vínculo que unía sus partes entre sí. Y en efecto, ¿cómo sería posible construir un estado fuerte y vigoroso sin un pensamiento común que dirija à todos sus miembros, y sin un amor común que haga tender todas sus acciones à un solo fin? Y ahora bien, ¿hállanse por ventura este pensamiento común y este común amor como no sea en la fé y en la caridad? Despues de haber destruido la sociedad religiosa que es por su naturaleza la base, el tipo y el principio de todas las demas, ¿se puede todavía pensar seriamente en construir con solidez un estado?

¿No reconocéis, oh jóvenes! los efectos del protestantismo en esa incredulidad de que están trabajadas en el día todas las condiciones de la vida, y que hace inciertas todas las relaciones? De todas partes ha desaparecido la fé; y en efecto, ¿cómo se ha de creer en el hombre, cuando ya no se quiere creer en Dios ni en la Iglesia, y si solamente en sí propio, la confianza ha abandonado todas las almas: una desconfianza universal tiene à todos los hombres en perpetuo desasosiego. El hijo no cree ya en su padre, ni el hermano en su hermano, ni el marido en su muger, ni el amigo en su amigo: los pueblos no creen ya en los reyes, ni los reyes en los pueblos. El egoísmo devora la sociedad y amenaza aniquilarla hasta sus cimientos nadie ama

mas que su persona, su bienestar, y lo que puede proporcionársele ó aumentarle. La sed insaciable del oro abrasa todas las almas y deseca hasta la fuente de los mas nobles sentimientos y de los mas puros afectos: hé aquí adonde nos ha traído el protestantismo aplicado à la historia y à la sociedad! Se ha empezado por protestar contra la Iglesia; hoy se protesta contra todo, excepto contra uno mismo. Se ha empezado por derribar la sociedad religiosa; hoy el hacha invade ya la sociedad de la familia, cuya constitucion se trata de destruir por medio del divorcio ó de una comunidad que asimilaria al hombre con el bruto.

Si volvéis la vista à la doctrina de la Iglesia católica, en vez del vacío y de la muerte que hacen del protestantismo como un vasto desierto inhabitable para la inteligencia y para el corazón, hallaréis una admirable plenitud de sentido y de vida, y una hilacion tan perfecta que no se desmiente un solo instante. El carácter esencial del protestantismo es la ausencia de Cristo:—para los protestantes, Cristo no ha resucitado; desde que murió yace en su sepultura, y se acuerdan de él como de una persona querida. Está ausente de los sacramentos y de los templos, ausente de la Iglesia, cuya infalibilidad han negado; ausente del corazón del hombre en las operaciones de la gracia, pues que los méritos de Cristo le son aplicados por de fuera y le envuelven como un sudario.

El carácter distintivo de la doctrina católica, por el contrario, es la presencia real de Cristo. Cristo está en realidad presente en nuestros templos por medio de la Eucaristía, en la Iglesia por la asistencia perpetua de su espíritu, en la voluntad humana por su gracia, que es como un principio de su sustancia, y que se derrama en nuestros corazones. Está presente en los santos, que son los mas nobles miembros de su cuerpo místico; está presente en la naturaleza misma por las bendiciones de la Iglesia que la purifican y la hacen instrumento y como vehículo de la gracia. Para nosotros, Cristo ha resucitado verdaderamente; está vivo en medio de nosotros: lo tenemos todo entero. Tenemos su cuerpo y su espíritu; su cuerpo sobre el altar, su espíritu en su doctrina, al paso que los protestantes no tienen de él mas que una imagen confusa y un recuerdo estéril.

XVI El trabajo.

El trabajo es necesario al hombre para que su cuerpo viva; es acaso todavía mas necesario à su alma para que no perezca de inanición y de miseria; pero nunca es mas necesario para el uno y para la otra que en la edad en que por medio de él se pueden adquirir las fuerzas y los tesoros que en lo sucesivo no habrá ya mas que conservar y aumentar. En la juventud, el trabajo crea y produce; en la edad madura, desarrolla lo que antes ha producido; pero es inútil à los que nada han adquirido en una edad mas tierna, del mismo modo que los ardientes calores del verano caen inútilmente sobre el suelo que no ha sido sembrado, cuando le habian reblandecido las lluvias de otoño, porque el trabajo tiene un destino propio para cada edad, y que muda à medida que va avanzando el hombre en la carrera de la vida. Si el hombre no le hace producir lo que por su naturaleza debe producir en la época de la vida à que ha llegado, en vano se lo pedirá mas tarde. Joven, si quieres tener algo que conservar en una edad mas avanzada, produce ahora, y no dejes pasar sin provecho para tí un tiempo cuya pérdida es irreparable. Si no quieres hallarte vacío cuando tengas que comunicar à los demas lo que hayas adquirido, llena ahora tu inteligencia y tu corazón, abriéndolos à los fecundos manantiales que brotan perpétuamente de la verdad y del bien.

El trabajo del cuerpo fortifica y dà soltura à los miembros; el trabajo del espíritu eleva la inteligencia y corrobora la voluntad. La ociosidad rinde el cuerpo mas tal vez que un trabajo inmoderado, cuerva el alma, roba al carácter su vigor, à la mente su penetracion, y al corazón su primitiva frescura: dà al cuerpo y al alma una vejez prematura, y los reduce à una completa impotencia. Pero el hombre, eminentemente activo por naturaleza, no puede permanecer mucho tiempo desocupado, y la ociosidad se diferencia del trabajo en que el hombre ocioso se ocupa en cosas frívolas é inútiles, al paso que el hombre laborioso se ocupa seria y útilmente. Hay en la sociedad una multitud de fruslerías y de miserias en que se ceba con lastimoso ahínco la inteligencia de los hombres ociosos y que sirven de pasto à su corazón; su alma se llena fácilmente con aquel alimento ligero y sin consistencia, porque es estre-

cha, y no puede à causa de esto contener mas que poca cosa, y muchas veces dan mas importancia à esas pequeñeces que los hombres inteligentes à las cosas grandes y principales que los ocupan: son como niños que nunca se desarrollan, y que cada día necesitan un nuevo juguete que los divierta. Divertirse es para ellos ocuparse y trabajar.

Si la ociosidad enseña muchos vicios, el trabajo enseña, por el contrario, muchas virtudes. En primer lugar hace al hombre sufrido, constante y formal; inspira la afeicion à las cosas buenas y útiles, eleva el alma sobre las vanidades de la vida y da un objeto à su actividad; reprime el desenfreno de la imaginacion, encadenándola à pensamientos graves y nobles; previene ó refrena los descarrios del corazón, teniéndole siempre encerrado en un círculo de accion determinado; aclara la vista del espíritu, aguza los filos de la voluntad, forzándola à una accion continua; aleja del mundo y hace menos necesarios sus vanos placeres y su humillante yugo; preserva de la corrupcion, y cierra el corazón del hombre à aquellos gozes que lo ajan y lo degradan. Gran fortuna es no tener tiempo para obrar mal, y nada hay tan precioso para un joven como un trabajo seguido, que le roba de tal suerte todos sus instantes, que no le queda ninguno para buscar los groseros placeres de los sentidos.

No hay vicio que no enseñe la ociosidad. El que no está ocupado piensa en hacer algo malo, y lo hace cuando se le presenta la ocasion para ello. La inaccion entrega el espíritu al desórden de los pensamientos mas incoherentes, y abre el corazón como una plaza pública à los mas culpables deseos. Para distraerse del fastidio que nunca deja de traer en pos de sí, el hombre va à pedir consuelos y gozes à lo que no puede darle mas que penas y remordimientos; conviértese en una carga para sí mismo, y descarga sobre el primer objeto agradable que encuentra el peso de las desazones que lo abruma. Hállase indefenso contra los ataques del vicio y contra las seducciones del placer. El menor deseo que sopla sobre un corazón debilitado por la ociosidad basta para vencerle: la menor pasion que le atrae basta para arrastrarle:—sin fuerza contra los hombres y las cosas, acaba inevitablemente por ser el esclavo de los unos y de las otras, y en breve se embota el espíritu, se descolora el pensamiento, la imaginacion se enfría, se

marchita el corazón, se enerva la voluntad y se desvirtúa el carácter: los sentidos se exaltan prodigiosamente, el hombre intelectual desaparece, y la vida parece refugiarse toda entera en el cuerpo, cuyo cuidado llega a ser la sola ocupación y el único trabajo del día.

Los hombres de bien se lamentan en el día sin cesar de los progresos del mal; los hombres de orden se aterrorizan de ver a la anarquía aumentar por días, y amenazar perpétuamente a la sociedad con nuevos trastornos y nuevas calamidades; pero cuando quieren examinar las causas de ese desasosiego que la trabaja y de los peligros que turban su seguridad, no se les ocurre la idea de contar entre ellas su indolencia y su incuria propias. Echan en cara a los malos su immoderada actividad, y no se reprenden a sí mismos su pereza y su negligencia: no comprenden que si fueran más vigilantes y más activos, los malos lo serían menos, y que si los buenos no tratan de oponerse como un dique al torrente del mal, no debe sorprenderlos que sus olas vayan en rápido aumento y amenacen sumergir a la sociedad.

¿Adónde hay que ir para hallar a esos jóvenes a quienes su posición o la de su familia liga como necesariamente a la causa del orden, y que con más amargura se quejan de la torcida dirección en que se precipitan los sucesos? ¿Hay que ir a buscarlos en los templos del Señor? ¿Se los halla al pie de los altares implorando su misericordia y apartando con sus preces los golpes de su cólera? ¿Se los halla sobre la brecha, armados de valor y de perseverancia defendiendo lo que está atacado, peleando por las cosas que les son más caras y por los derechos que más estiman? No. Lo único que saben es quejarse y reclamar con amargura contra la injusticia o el odio que los persigue; y mientras los otros trabajan, se ponen de acuerdo y consagran todas sus fuerzas al logro de sus proyectos, ellos, sin curarse del porvenir, se apoyan indiferentemente sobre lo pasado que se les escapa de entre las manos, y se dejan mecer por recuerdos que los engañan y por ilusiones que los seducen.

En tanto que necesarias privaciones y el hábito del sacrificio robustecen la voluntad de los otros, y los disponen a la lucha ellos se adormecen en la mollicie y la ociosidad, volando en pos de los placeres, dispersando su vida sin provecho sobre una

multitud de fruslerías y de miserias, y perdiendo la afición a las cosas útiles e importantes.

Así los que nada tienen se esfuerzan por despojar a los que poseen, y como estos no hacen ningún esfuerzo para conservar lo que es suyo, la sociedad está perpétuamente amenazada de nuevos trastornos. Los grandes y los ricos, privados de las virtudes que realzan o hacen perdonar la grandeza y las riquezas, parecen indignos de ellas; el pueblo se persuade fácilmente de que no tienen derecho para conservar una posición de que no saben sacar partido o que dirigen contra la sociedad en cuyo beneficio les ha sido dada, y de que es hacer que vuelvan las cosas al orden, arrancar a los ricos ociosos los bienes que inutilizan o de que abusan, para repartirlos entre los que trabajan y los hacen productivos.

Seguramente no se les ocurriría a los pobres la idea de desposeer a los ricos, si estos hicieran de sus riquezas el uso que deberían hacer, y si no se considerasen más que como los limosneros de Dios, y los dispensadores de sus beneficios. Las revoluciones que trastornan o amenazan a cada instante a la sociedad no serían ni tan numerosas ni tan graves, si los que tienen tiempo y medios para hacer el bien, no empleasen inútilmente su vida en una culpable ociosidad. Si los buenos fueran tan ardientes en sus esfuerzos como los malos; si fueran tan constantes en su acción, tan resueltos en sus empresas; tan animosos en sus esperanzas, no tendríamos que lamentar o que temer esas desgracias que nos consternan cuando las esperamos, y que nos anonadan cuando las sufrimos.

A los jóvenes es, sobre todo, a quienes conviene el trabajo, pues a su edad es cuando es más útil y más fecundo en resultados; su ociosidad añade un obstáculo más a los progresos del bien en el porvenir, y ahoga en su germen las más dulces y las más seguras esperanzas. Todo se remediaría si la juventud inteligente y piadosa comprendiese su poder, y si en vez de descansar en lo presente entre placeres, tuviese sin cesar los ojos y los brazos extendidos hacia el porvenir que la llama y la atrae, porque las acciones y la vida de la generación nueva preparan los sucesos que deben venir más adelante, y en el pecho de cada joven hay todo un mundo de esperanzas o de desastres.

XVII.

Los placeres.

El recreo es útil al hombre; su espíritu no podría resistir a una aplicación demasiado sostenida ni a un trabajo demasiado prolongado; es preciso que su pensamiento se pare de cuando en cuando, para descansar, sobre alguna imagen graciosa o sobre algún objeto agradable, sin lo cual no tardaría en desfallecer, rendido por un trabajo immoderado. Pero con harta frecuencia el hombre, por efecto de una singular aberración, hace del placer el asunto principal y como la ocupación única de su vida, y no busca en el trabajo más que una diversión a la triste uniformidad de sus días. Y en efecto! no parece, al ver la vida que llevan la mayor parte de los jóvenes, que la Providencia no ha dado ningún objeto importante a los deseos y a las esperanzas del hombre, y que para alcanzar su fin, no tiene que hacer más que gozar de lo presente sin cuidarse del porvenir?

Jóven, fija, la atención en cada uno de tus días, y recapacita seriamente sobre el empleo que has hecho de ellos; verás que has gastado inútilmente la mayor parte del tiempo, y que hay muy pocos instantes cuyo uso puedas justificar de todo punto, no digo a los ojos de la conciencia y de la fe, mas ni aun a los de la razón natural y del simple buen juicio. ¿Adónde has ido a buscar distracciones para tu espíritu y descanso para tu corazón? ¿No te han ocupado los placeres mucho más seriamente que el trabajo? ¿No has salido de los sitios adonde ibas a divertirte más cansado que cuando acababas de estudiar? ¿No has hallado más desazones, más fatigas y más angustias en los teatros, en las casas de juego o de placer que en las bibliotecas o en las iglesias? Y si hubiéramos de enumerar y clasificar las causas de las enfermedades que han atormentado o acortado tu vida ¿no resultaría que los placeres de que la has abrumado, han contribuido a ese fatal resultado mucho más que los sacrificios que ha exigido de ti algunas veces el deber? Tíendole los ojos en derredor de ti, y dí si el placer no ha hecho y no hace aun todos los días más víctimas que el trabajo, y si el hombre puede impunemente sustraerse a la ley de su naturaleza y al mandamiento de Dios, que quiere que trabaje no menos para ser feliz que para ser bueno.

Considera cada uno de los placeres a que has dado sucesivamente entrada en tu alma, y pésalos en

la balanza de la razón y de la fe: en una y en otra los hallarás igualmente ligeros y vacíos, y acaso igualmente culpables y vergonzosos. ¿Qué haces cuando asistes en el teatro a alguna pieza peligrosa, y que no puede tener atractivo más que para aquella parte inferior del alma que se complace en las regiones ínfimas de la vida, y no comprende sino lo que es trivial y grosero? ¿Qué pueden ganar el gusto y la moral en esos espectáculos donde el vicio aparece siempre seductor o amable, al paso que la virtud se pinta con colores que la hacen odiosa o ridícula. ¿La probidad, la felicidad conyugal, la sumisión de los hijos a sus padres, todas las virtudes que garantizan la seguridad de los estados y el descanso de las familias, ¿son tan comunes y están tan sólidamente establecidas entre nosotros que se puede sin peligro hacer reír a su costa a la muchedumbre? ¿Y no basta el vilipendio de que se procura cubrir la para destruir, en el corazón de los que todavía las estiman, las últimas reliquias del respeto que han conservado hacia ellas?

Los que más declaman contra el espíritu de insubordinación y de orgullosa indocilidad que hace tan difíciles en el día todas las relaciones sociales, son muchas veces los que más placer reciben en ver representadas en la escena las acciones que reprenden con inflexible rigor. El padre llevará a su hijo al teatro para que se ría allí a costa de un padre hábilmente engañado por su hijo, y para que aprenda a sustraerse con la astucia a una vigilancia demasiado activa. El marido llevará allí a su mujer para que se divierta viendo representar bajo los colores más seductores el adulterio y las intrigas que les han preparado. Así vamos todos, todos sin excepción, a reírnos a nuestras propias expensas, de las cosas que más tememos, y en las que nunca deberíamos pensar sino con mucha seriedad.

En unos tiempos en que nadie está contento del puesto que ocupa, en que el orgullo y la ambición sacan perpétuamente de sus esferas a todos los hombres, y en que los que no pueden alcanzar durante su vida la celebridad que han soñado, procuran a lo menos obtenerla por una muerte extraordinaria, ¿no hay por ventura ningún peligro en apacentar los ojos y la imaginación en el espectáculo de un mundo meramente facticio, en el que todas las cosas aparecen de distinto modo de como son en realidad, donde el amor aparece embalsa-

mado con un perfume de poesía que no se halla en ninguna parte mas que allí, y donde se representa el suicidio como la acción heroica de un hombre que prefiere dejar voluntariamente la tierra, á no ocupar en ella el puesto que cree tener merecido?

Y esto es cabalmente lo que hace tan peligrosa para los jóvenes y mas aun para las señoritas la lectura de esas novelas, cuyo objeto es exaltar desmesuradamente la sensibilidad, torcer su curso, dirigiéndole sobre objetos sin realidad, y agotar prematuramente su fuente prodigándola sin acuerdo por cosas de ningún valor. La literatura es juntamente causa y efecto, principio y muestra de las costumbres y de los hábitos de una nación: reproduce como efectos los bienes y los males de que ella es producto, obrando por reacción sobre sus causas para sacar de ellas todo lo que contienen, y no es dudoso que la literatura de los teatros y de las novelas entra por mucho en el estado ficticio de las relaciones que constituyen la familia ó la sociedad, y en los males de que nos quejamos todos los días.

No se necesitan largos raciocinios para demostrar cuántos peligros pueden ofreceros esos bailes públicos, donde las intrigas mas criminales hallan un velo propicio que las cubre, y donde las mismas mugeres, adjurando la modestia y la timidez naturales á su sexo, pueden, á favor de los disfraces, exhalar sin temor toda la corrupción que abrigan sus almas. Seguramente que nunca pensaréis siquiera en justificar á vuestros propios ojos esas escandalosas orgías donde los ojos se apacientan en la vista de los objetos mas asquerosos, de los ademanes mas groseros y de las danzas mas licenciosas. De esos sitios es de donde sacan los jóvenes mejor criados esos modales ordinarios, esas formas groseras, esos gustos soeces y esas bajas inclinaciones que denotan una mala crianza, cuando son naturales, ó una voluntad depravada cuando son adquiridos. Toda la gracia y todo el candor que encierra el corazón de un joven se disipan en esos sitios donde muchas veces llega al último escalon del vicio antes de haber pasado por esas faltas en que incurre tal vez la fragilidad, y que no secan en el alma la fuente del arrepentimiento ni el principio del bien.

Peligros no menos numerosos, aunque de otro género, hallaréis en esas casas de juego donde reside y reina la casualidad, y donde algunos insensatos

juegan sobre una carta su porvenir, su reputación, su honor y la felicidad de una familia entera. Nada embota y embrutece tanto la inteligencia, nada seca y endurece tanto el corazón como la pasión del juego. De todas las pasiones, esa es sin contradicción la que mas ocupa y absorbe todas las facultades del hombre, la que crea hábitos mas profundos, necesidades mas imperiosas y empeños mas terribles. Como mantiene aplicadas perpétuamente al mismo objeto todas las ideas y todas las esperanzas, produce en aquel á quien domina una especie de enagenación mental y como una continua monomanía.

Y si vais á buscar en una esfera aun mas baja los objetos de vuestros goces, y si pedis á vuestros sentidos la felicidad y el descanso que solo el corazón puede daros, recogeréis una abundante cosecha de azares, de amarguras, de remordimientos y de angustias, y pagará casi inevitablemente vuestro cuerpo en largos enfermedades ó atroces dolores los breves momentos de placer que habréis buscado en la satisfacción de vuestros groseros apetitos. ¿Quién podría calcular cuanto han abreviado la vida del hombre esas enfermedades que el libertinaje multiplica todos los días entre nosotros, y en qué inmensa parte ha contribuido la depravación de las costumbres á esa postración de las fuerzas, á ese emervamiento de la constitución, á esa delicadeza mugeril de los temperamentos y de los caracteres que es tal que si el mal continúa todavía mucho tiempo, no habrá ya hombres jóvenes y vigorosos, sino únicamente flacos, niños y viejos débiles, porque el mal es tanto mas terrible cuanto no se limita á aquel á quien castiga, antes bien como contamina las fuentes mismas de la vida, pasa con ella del padre al hijo, de la madre á la hija, infestando de esta suerte generaciones enteras, y produciéndose á veces bajo formas mas terribles en el inocente hijo de un libertino que en su padre.

Y sin embargo, ved ahí, oh jóvenes, á donde os llevan esos placeres á que voláis con tanta ansia, y en medio de los cuales olvidáis tan fácilmente vuestros deberes, vuestra dignidad de hombres y de cristianos, y vuestro porvenir. Así dejáis imprudentemente formarse en vosotros hábitos que mas adelante harán pesar sobre vuestra vida un yugo intolerable, y que os condenarán á perpétuos combates y á remordimientos perpétuos.

XVIII.

La melancolía.

Hay una tristeza grave y seria que ocupa el corazón sin cansarle ni aburrirle y que tiene su origen en un dolor profundo ó en un inmenso afecto. Esta tristeza es serena, suave, y no carece de dulzura; es inteligente, sabe de donde viene y á donde va; conoce su causa y su fin, y no dispersa inútilmente la mente ó el corazón sobre pensamientos á objetos sin consistencia. Pero hay otra tristeza frívola y ligera, sin causa ni fin, ininteligente, vaga y oscura, móvil é indeterminada en sus formas, que absorbe la mente sin ocuparla, que devora el corazón sin fijarle, que embota todas las facultades del alma y la sumerge en una estéril languidez y como en un marasmo inexplicable. A esta tristeza se ha dado el nombre de melancolía, y hasta tal punto ha llegado á ser bajo este nombre la enfermedad de nuestro siglo, que es en cierto modo una vergüenza parecer exento de ella, y que la mayor parte de los hombres ponen todo su conato en persuadir á los demás y en persuadirse á sí propios de que les falta algo, de que sus almas desfallecen en este mundo y de que sus esperanzas son demasiado altas para que puedan jamás satisfacerlas.

La felicidad ha llegado ya á parecer cosa baja y trivial; entre las mas de las gentes pasa irremisiblemente por el indicio de una alma prosaica que no se halla contenta en el desierto de esta vida sino porque se satisface con poco, y que fácilmente se llena porque es demasiado estrecha para contener muchas cosas. En efecto, casi siempre la melancolía tiene su origen en el orgullo, y esto es acaso lo mas evidente que hay en la naturaleza de ese mal, en todo lo demás tan oscuro é indefinible. Todos los que le padecen se quejan de que no los comprenden, lo que es un medio mas diestro y mas modesto de dar á entender que son demasiado superiores á la multitud para que esta los comprenda, y que viven aislados porque tienen la desgracia de estar colocados en demasiada altura. Quisieran que los otros los juzgasen tales cuales se juzgan ellos á sí mismos, y meter tanto ruido en el mundo como meten en su propio corazón.

La tristeza que procede del orgullo separa de los hombres é indisponen contra ellos. El que está atacado de esta enfermedad, no puede perdonar á

los demás el poco caso que hacen de él, y para vengarse de ellos los toma en odio ó en lástima, y desahoga así su orgullo humillado ó su vanidad ajada. A cualquier parte adonde uno vuelva los ojos en el día, está seguro de encontrar algunos arrogantes insensatos que, exagerándose su mérito y sus fuerzas, aspiran á cosas demasiado altas, y llevan demasiado lejos sus deseos ó sus esperanzas. Defraudados en sus ambiciosos proyectos, y no pudiendo conseguir ocupar á los demás con la fama de sus hechos, prefieren acusar á la sociedad de injusticia á convenir en q' se han engañado; por todo pasarían antes que por creer que se han hecho ilusión estimándose en mas de lo que valen en efecto.

A veces la melancolía proviene de esos desencantos prematuros que muchas veces inician á un joven en los misterios mas dolorosos de la vida antes de que la experiencia haya fortificado su carácter y corroborado su juicio. Al que en su juventud se ha visto vilmente abandonado por un amigo débil é inconstante, ó vendido mas vilmente aun por un hombre falso y disimulado, suele serle muy difícil á veces reponerse del abatimiento en que necesariamente debe sumergir su alma tan crueles desencantos. Aplicando á los otros hombres á quienes no conoce la medida que está precisado á aplicar á los que le han engañado, confunde á la sociedad entera en una aversión comun. Su juicio sobre los hombres se forma bajo la impresión que ha producido en él la injusticia de que ha sido víctima, y para no volver á ser engañado, cree que ya no le queda otro medio que una desconfianza universal de los hombres ó un soberano desprecio hácia ellos.

Muchas veces la melancolía no es mas que una forma mas disimulada del remordimiento. Es difícil que la alegría ilumine un alma oscurecida por el pecado, y la tristeza que este deja en el corazón no es entonces mas que la sensación del vacío que ha ocasionado en él. No es ni el arrepentimiento que consuela, ni el remordimiento que desgarrá, sino un fastidio profundo que envuelve el alma toda entera, una postración de todas las fuerzas de la voluntad, un desfallecimiento del corazón que no sabe á donde volverse para hallar el descanso, y que no le halla porque está rodeado de tinieblas; ó bien acaso la duda, poniendo á la mente en la incertidumbre sobre lo que mas le importa conocer, deposita en ella un gérmen de tristeza

que el tiempo no hace más que madurar. No hay manantial más rico de alegría que la fe, porque establece el alma en ese sosiego y esa seguridad que son las dos primeras condiciones de la felicidad; por el contrario, no hay principio más fecundo de tristeza que la duda ó la incredulidad. Porque en efecto ¿cómo ha de poder reposar el corazón en la alegría cuando está condenado á una perpétua fluctuación y á incesantes perplejidades?

La duda es el origen de esa profunda tristeza que tiene abatidas y consternadas tantas inteligencias, que debilita y enerva las voluntades, que aja y deseca los corazones, y que apenas deja cabida en el alma para esas breves y ligeras alegrías que no hacen más que cruzar por ella rápidamente como si temiesen fijarse allí. Desde el momento en que la fe es ahuyentada del corazón, se lleva consigo todas las esperanzas que aun podrían regocijarla y consolarla, y no deja en él más que los tormentos de la duda y las angustias de la incertidumbre. El hombre que no cree deja pronto de amar, porque el amor reposa sobre la fe como la flor sobre su tallo. La luz que Dios había depositado en su corazón, para que con ella iluminase y diese calor á los otros, no hallando salida para exhalarse y comunicarse, se concentra y se vuelve contra él. No es ya una luz benéfica que brilla y calienta, sino un fuego que consume y devora. El amor, que no vive y no se conserva sino difundiendo, se corrompe estancándose en las profundidades del alma, y se convierte en egoísmo. En su espantosa soledad el corazón se mancebla y se ahoga en cierto modo, abrasándose á sí mismo en los arrebatos de un desenfrenado amor propio.

Desde que la fe se ha retirado del corazón de la mayor parte de los hombres, la vida parece haber perdido todo lo que podía derramar sobre ella algún halago, ó alguna dulzura: las relaciones se han hecho menos íntimas, los afectos menos profundos. Una invencible desconfianza se ha apoderado de todas las almas:—¿cómo, en efecto, se ha de creer en los hombres cuando no se cree en Dios? ¿De qué valor puede ser la palabra humana cuando la palabra divina no es á nuestros ojos ni una autoridad ni un freno? ¿Qué garantía pueden darnos las promesas y los empeños de aquellos con quienes vivimos, cuando su conciencia no está ligada á Dios por los vínculos del deber y de la religión? ¿Qué tienen de extraño las discusiones que

dividen á las familias, la inestabilidad de los afectos más sagrados, la poca seguridad de las relaciones más naturales, las discordias que amenazan perpetuamente el sosiego de la sociedad, cuando se piensa que Dios está ausente del espíritu y del corazón de los hombres?

La fe es el principio del amor. Es preciso creer en la persona á quien se ama, y desde el momento en que no se cree en los hombres, se deja de amarlos:—así vemos que la incredulidad ha desecado todos los corazones y entibado todas las almas: como cada cual no cree más que en sí mismo, cada cual se ama á sí mismo exclusivamente. Todos los pensamientos, todos los deseos y todas las esperanzas se concentran únicamente en el bienestar y en los goces materiales de la vida. El dinero es cada día más objeto de toda la actividad humana: su movilidad es cabalmente lo que le hace más precioso y más deseable. Lo más común es desleñarse de asentar cada cual su caudal sobre la tierra, ó de aumentarle con sacrificios cuyos resultados solo el porvenir puede ver, porque lo que se quiere es más bien gozar del tiempo presente que asegurar el venidero, es decir, vivir no para los otros sino para sí mismo, y de este modo, retirándose cada uno en sí propio y encerrándose en su egoísmo como en una fortaleza, es imposible que haya unión ni confianza entre los hombres. De día en día va siendo más imposible la sociedad, pues ésta no es más que el movimiento de los corazones atraídos mutuamente unos hacia otros, y su unión en un mismo pensamiento y en un amor común.

Una indefinible desazón trabaja las inteligencias: casi nadie está ó quiere estar en su puesto; el orgullo, la ambición y la vanidad sacan perpetuamente de su esfera á la mayor parte de los hombres, la vida se pasa en esfuerzos fatigosos y supérfluos, y el que es bastante feliz para conseguir el objeto de sus esperanzas, rara vez lo es bastante para conservar mucho tiempo lo que una vez ha adquirido. Apenas ha llegado á la cima de la grandeza ó de la opulencia, cuando un capricho de la suerte lo derriba, y después de haber subido más arriba de lo que debía solicitar, baja más de lo que debía temer, hallándose así superior ó inferior á su posición natural, y no pudiendo á causa de esto disfrutar del descanso ó de la felicidad á que aspiraba. Ese continuo desbarajuste es también por su parte

un fecundo manantial de tristeza y de continuo escozor, porque todo, en el estado actual de las cosas, parece que conspira contra el hombre, y le condena á vanos esfuerzos y á un inútil afán. El contento está en la serenidad de una buena conciencia, y el que la busca en otra parte solo hallará mentira y acerbos desengaños.

XIX.

La libertad.

El hombre es libre porque tiene deberes; el animal no lo es porque no tiene más que instintos. Dios ha creado el hombre libre para que pueda, ejerciendo su libertad, cumplir los deberes que le están impuestos, y cuyo número é importancia aumentan á proporción que se eleva en la escala social, de modo que su libertad se ensancha á medida que sube su condición, porque para cada nuevo deber que le sobreviene necesita un nuevo grado de libertad. La libertad no es un objeto, sino un medio para conseguir un fin propuesto; no debemos, pues, desecharla por ella misma, sino por el fin á que conduce; si este es bueno, ella es buena, y es mala desde el momento en que se la invoca para hacer el mal.

La libertad no es un derecho más que para el bien, pero para el mal no puede nunca ser más que una concesión ó una tolerancia, por que el mal no puede tener el derecho de producirse como el bien; pero sucede algunas veces que en el interés del bien y de la verdad se deja al mal ó á la mentira desplegar su acción, porque si se quisiese comprimirla ó retenerla, arrastraría consigo los obstáculos que se le opusieran, y haría redundar contra el bien la fuerza que se hubiera empleado contra ella, semejante á aquellos torrentes cuyas aguas se hinchan delante de los diques que se les oponen, y que ocasionan estragos tanto más terribles, cuanto por más tiempo ha estado refrenada su carrera.

La libertad es la facultad de elegir, y presupone la obligación de elegir el bien: sin esto sería un don funesto que acarrearía la ruina de aquellos á quienes se hubiese hecho. En la voluntad es, pues, donde reside la libertad; aquel es su asilo y su santuario, y puede decirse que no hay hombres verdaderamente libres sino aquellos á quienes nada impide en su interior querer el bien que deben elegir, como también que los verdaderos esclavos son aquellos cuya voluntad obcecada por algún error ó

subyugada por alguna pasión, no puede volverse sino con trabajo hacia el bien que le propone Dios. Los verdaderos obstáculos para la libertad residen en nosotros mismos; nuestras trabas son nuestros errores, y nuestros vicios son nuestras cadenas; jamás ninguna ley humana podrá hacer que un hombre que es esclavo de sus pasiones sea verdaderamente libre.

En el día estas verdades están poco generalizadas. En vez de esa libertad positiva, clara, cuyos objetos es seguro, cuyos caminos están patentes, se ha imaginado una libertad abstracta en su noción, oscura en su principio, vaga en sus formas, indeterminada en su objeto, y tan general en su denominación, que no se sabe á qué aplicarla, y que se espresa con un nombre que se presta á cuantas significaciones se le quieran dar. Antiguamente ese nombre nunca se hallaba solo; siempre iba acompañado de otra palabra que espresaba juntamente su naturaleza, su forma y su objeto, y que le sacaba de la vaguedad para darle un sentido positivo y determinado. En el día, arrancado violentamente en cierto modo de las otras voces de la lengua, no es ya en su aislamiento más que un vano ídolo mudo, una especie de geroglífico que nadie comprende y que nada dice, porque dice demasiado, y cuyo sentido es tan móvil é indeciso que nadie le puede determinar. Engañados por la significación demasiado general de esa palabra, muchos se han persuadido á que la libertad consiste en el derecho de decir y hacer cuanto se les antoja: no han comprendido que semejante libertad haría imposible la sociedad, porque teniendo todos el mismo derecho resultaría del choque perpétuo de estos derechos diferentes ó encontrados una guerra necesaria y continua.

¡Oh jóvenes! no confundais la libertad de elegir entre el bien y el mal que constituye, propiamente hablando, el libre albedrío del hombre, con la que consiste en la exención de ciertas trabas exteriores que entorpecen ó retardan nuestras acciones. La primera es moral, y nunca puede ser más que una simple facultad; la segunda es política ó social, y constituye un verdadero poder y un derecho real de un individuo ó de una clase con respecto á la sociedad entera. La primera es inherente á la naturaleza humana, igual en todos los hombres; empieza con el desarrollo de la voluntad, y no acaba sino en el momento en que cesa el tiem-

po para nosotros. La segunda es histórica; se adquiere por la lucha, se conserva y se desarrolla con la energía y la vigilancia, y se pierde por la negligencia, la corrupción ó la cobardía. Forma parte de la historia de una nación, de su vida y de su gloria; tiene su base en lo pasado, y aumenta perpétuamente á medida que nuevos siglos se agregan á los siglos transcurridos.

Para cada libertad hay una época á que no puede aquella posponerse ni adelantarse sin peligro para una nación; porque para que sea útil es preciso que tenga sus raíces en la constitución moral del pueblo que debe hacer feliz, y que esté en armonía con sus leyes y sus costumbres. Debe ser juntamente efecto y causa, obrando por reacción sobre su principio, y dejándose modificar por sus resultados. Si llega antes de tiempo, es un obstáculo y una traba para un pueblo, que no la comprende, no la estima en su justo valor, no da importancia alguna á su adquisición, y se la deja arrebatar al menor esfuerzo que hacen para destruirla. Si viene demasiado tarde, no halla más que corazones cansados de un largo esperar y desalentados por una tenaz resistencia, y con harta frecuencia no produce ninguno de los resultados de que debía ser causa. Igualmente culpados son los que quieren dar á un pueblo más libertad de la que puede soportar, ó le rehusan aquella para que está ya maduro: unos y otros provocan igualmente por medios opuestos esas revoluciones que trastornan el mundo y retardan la obra de la Providencia.

La libertad no es un objeto apetecible por sí mismo, sino un medio cuya bondad ó perfección consiste en el valor del fin á que debe conducir: solo aquellos que quieren servirse de ella para hacer el bien, tienen el derecho de desearla ó de pedirla. Aquellos por el contrario, que quieren convertirla en un medio de medio para sí mismos y de opresión para los demás, no tienen derecho de reclamarla, ni el de quejarse cuando se les niega; y los mayores enemigos de la libertad son siempre aquellos que exageran su valor y sus beneficios, y que la presentan como el objeto de todos los esfuerzos de una nación, y como el término de todos los sucesos que componen su historia, en vez de proponerla á los pueblos como un medio de llegar á ser buenos y de adquirir una gloria verdadera.

Entre las manos de un pueblo ignorante ó corrompido la libertad puede llegar á ser tan funesta como lo sería un arma confiada en manos de un homicida ó de un loco. La libertad es en efecto un arma con la que los pueblos deben destruir los obstáculos que se oponen al logro del bien, y abrirse un camino hacia el término que Dios ha puesto delante de ellos; y para que les sea útil, es preciso que hayan aprendido á servirse de ella, á fin de no estar espuestos á volverla contra sí mismos y á destruirse con sus propias manos. Ahora bien; solo la fé y la caridad pueden enseñar esa ciencia tan difícil. Cuando los pueblos incrédulos y viciosos quieren ser libres, se hacen violentos, salvajes y bárbaros, y pueden seguirse sus pisadas por los rastros de sangre que dejan en pos de sí, y por el terror que derraman en torno suyo.

Hé aquí las señales por donde podéis conocer á los hombres que aman verdaderamente la libertad y que son dignos de ella. Estos hombres la desean como un medio de ser virtuosos y de resistir á los esfuerzos del mal y del error; la piden más bien como un deber que como un derecho, menos para ellos que para los demás y para el bien de la sociedad; solicitanla menos como poder que como sacrificio, menos como cosa que lisonjea su orgullo que como un estímulo al bien y una provocación á la virtud. Mientras los otros piden la libertad de ser más, ellos piden la libertad de ser menos: los primeros quieren subir y hacerse grandes para dominar á los otros; los segundos quieren bajar y hacerse pequeños para servir á sus hermanos. A la vista tenéis esas dos clases de hombres; abrid los ojos y al punto los distinguiréis.

Vereis hombres que piden la libertad para sí como un privilegio ó como el derecho de oprimir á los otros á su antojo, sin permitir que se concedan á los demás esos beneficios que para sí propios reclaman. Quieren que les dejen la libertad de asociarse á su modo para conspirar ó para destruir; pero quieren al mismo tiempo que se impida por todos los medios posibles á los discípulos de Cristo que se asocien para practicar en comunidad sus consejos. Quieren que les den la libertad de enseñar sus opiniones ó sus errores á la infancia ó á la juventud; pero mirarían como la mayor de las desgracias que se hiciese extensiva esa libertad á los ministros de la religión cuyo celo y piedad temen. Piden la libertad del comercio, porque quieren te-

nerla para enriquecerse y dar rienda suelta á su orgullo ó á su ambición; pero si algunos cristianos piden que los dejen en libertad para ser pobres, pequeños, humildes y obedientes, no ponen límites á su furor, mostrando bien de esta suerte que la libertad no es para ellos más que un pretexto con que se escudan, y un velo bajo el cual ocultan su malicia y su orgullo. No hay verdadera libertad más que la que han dado al mundo la ley de Cristo y su redención: toda libertad que viene del orgullo del hombre, ó de las pasiones del hombre, es falsa y engañosa, y lejos de emancipar, oprime por el contrario, y hace más humillante y pesado el yugo que afecta querer destruir.

XX

La oración.

Hay hombres que imaginan que la oración consiste en pronunciar ciertas palabras en las que exponemos á Dios nuestras necesidades y le pedimos sus mercedes. Parece, al oírlos, que el hombre necesita acudir en ayuda de la inteligencia de Dios, y que este no comprenderá lo que queremos decir si no nos tomamos el trabajo de explicárselo inmediatamente. A la verdad no saben cómo conciliar con la idea que se han formado de la oración la recomendación que muchas veces nos ha hecho el mismo Jesu-Cristo de orar sin cesar, porque no pudiendo disimularse que hay en la vida del cristiano deberes que llaman y concentran toda la atención de su espíritu sobre un objeto, y hacen por consiguiente imposible la oración en el momento en que lo está cumpliendo, se ven obligados á recurrir á subterfugios para interpretar el texto del Evangelio donde se habla de la oración continua, y á entender esa continuidad en un sentido moral cuya latitud no pueden determinar, y que debe ser para ellos un manantial de ilusiones y de escrúpulos. Muy de creer es que haya entre ellos muchos que tratan más bien de oírse á sí propios en la oración que de hacer comprender á Dios los deseos de su corazón, y que la oración no es para ellos con harta frecuencia más que una especie de afeite del alma, cuya presunción se complace en la abundancia y el atavío de las palabras, y que se mira con amor en sus propios pensamientos como en un espejo.

La recomendación de orar continuamente me parece demasiado explícita y clara para que podamos limitarla y restringirla interpretándola en otro

sentido que el natural de las palabras que la expresan. La oración continua nada tiene de imposible ni aun de difícil; todo se reduce á entenderse bien acerca de su naturaleza. La oración es justamente una elevación y una dirección del espíritu y del corazón hacia Dios; se compone de dos movimientos, de los cuales el uno saca al alma de las regiones inferiores, y el otro la exalta hacia su verdadero objeto, que es Dios. Por consiguiente, siempre que nuestro pensamiento, nuestra voluntad ó nuestra acción sube hacia Dios ó reposa en él, hacemos oración. La hacemos cuando pensamos en los medios de glorificar á Dios por nuestra vida, ó cuando meditamos piadosamente sobre las grandes verdades del cristianismo; la hacemos cuando nuestra voluntad se arma de valerosas resoluciones para hacer el bien ó evitar el mal; la hacemos cuando obramos en Dios y por él; y cuando nuestra acción, en virtud de la intención que la produce ó la dirige, va como por sí misma á hallar el objeto que nos hemos propuesto antes de empezarla. De estas tres formas, ó más bien, de estos tres grados de la oración, el último es el más perfecto, pues que es el complemento y el fin de los otros dos, que serían infructuosos para nosotros si no nos impulsasen á la acción.

No hay un solo instante de nuestra vida en que no estemos ocupados en pensar, en querer ó en obrar;—ahora bien, ya pensemos, ya queramos ó ya obremos, debemos tender hacia Dios, como hacia el objeto supremo de nuestra vida. Obsérvese con este motivo que nuestros actos tienen casi siempre un doble fin;—uno inmediato, y hacia el cual tienden como instintivamente, y otro colocado más arriba, hacia el cual pueden subir, pero debajo del cual pueden también quedarse, deteniéndose exclusivamente en el primero. El fin inmediato corresponde á la naturaleza animal del hombre; el fin superior corresponde á su naturaleza espiritual; el primero nos es común con el bruto, el segundo nos distingue de él. Cuando comemos ó bebemos, nos llevamos por objeto satisfacer una necesidad de nuestra naturaleza: cuando el animal come ó bebe, se propone el mismo objeto que nosotros, pero lo que nos distingue de él es que la necesidad le encadena á ese objeto y le impide pasar de él, al paso que nosotros, con las alas de la fé, podemos volar más arriba y llegar á

Dios por nuestra intencion. Por eso nos dice San Pablo: *Ya sea que comatis, ya que bebais, hacedlo todo para mayor gloria de Dios.*

El animal tiene instintos, el hombre tiene una voluntad. El primero produce actos, el segundo acciones ó obras, porque entre un acto y una obra media esta diferencia, que en el acto, el objeto está tan cerca que basta inclinarse un poco para alcanzarlo, al paso que el objeto de las obras es tan elevado, que solo un esfuerzo de nuestra voluntad puede conducirnos á él. El objeto del acto animal está en el acto mismo; el objeto del acto humano está fuera de él. El primer acto es simple: en la obra humana hay dos momentos uno en que el hombre se propone el acto, y otro en que se reposa en el objeto á que le ha llevado su voluntad, de donde podemos concluir que lo que constituye la diferencia entre el hombre y el animal es la oracion, ó la elevacion del espíritu ó del corazón hácia Dios en las acciones. El animal vive, el hombre hace oracion, y si no la hace, renuncia á la mas noble prerogativa de su naturaleza.

Si alguno infiriese de mis palabras que repruebo ó siquiera que conceptúo inútil la oracion oral, se engañaría de medio á medio sobre el sentido de mi pensamiento. En todo movimiento es necesario un primer impulso; una vez dado este, el cuerpo continúa moviéndose en virtud de él. La fuerza del primer movimiento continúa en los que vienen despues de él, y el que ve al cuerpo moverse sin haber visto la mano que lo ha lanzado, podría muy bien creer que corre en virtud de un movimiento que le es propio, siendo así que lo que determina su corrida es el primer impulso que ha recibido. Su celeridad disminuye, es cierto, á medida que el cuerpo se aleja mas de su punto de partida, y acabaría por detenerse de todo punto, si de cuando en cuando no aguijonase en cierto modo su carrera el primer motor; pero siempre puede decirse con verdad que hay en el móvil como una cierta docilidad que le hace recibir con obediencia la fuerza que se le comunica. Véase el reloj que nos distribuye el tiempo señalando las horas; le damos cuerda por la mañana, y una vez puesto en movimiento el muelle que le hace andar, seguirá andando hasta que haya consumido la suma de movimientos para la que se ha calculado el muelle. Lo mismo sucede con la oracion; esta es un movimiento de ascension hácia Dios, que es

preciso activar muchas veces, porque el corazón que lleva ó arrastra consigo se entibia pronto ó se para facilmente. Cuando la pasion le empuja, puede correr mucho mas tiempo sin necesidad de que le esciten, porque favorece sus movimientos el declive del camino por el cual se desliza. Bajar es siempre mas fácil; pero el subir cuesta esfuerzos tanto mas árdidos cuanto mas escarpada es la subida. La oracion es como un reloj al que damos cuerda de vez en cuando hasta que se acaba la virtud de su muelle.

Hay, pues, en la oracion un primer movimiento que da cuerda al reloj y hace andar al muelle, y movimientos subsiguientes que no son mas que la continuacion del primero,—ó en otros términos, hay una oracion actual y una oracion habitual. La primera es la causa y el motor de la segunda que, sin el frecuente aguijoneo de aquella, pronto se pararía como un reloj á que se ha olvidado dar cuerda. La oracion actual debe ser tanto mas frecuente cuanto la intencion, ese muelle de la voluntad humana que ha puesto en movimiento, se cansa mas pronto. Muchas causas pueden contribuir á cansarla: cuanto mas dura y rápida es la cuesta que tenemos que subir, mas nuestra voluntad está espuesta á esos desfallecimientos de que no puede verse libre sino en tanto que la oracion actual viene á darle una nueva vida: de modo que, para prescribir á cada uno el tiempo que debe consagrar á esta especie de oracion, es menester tomar en cuenta la pereza de su voluntad, la naturaleza de su carácter, sus hábitos, su posicion, el número y la importancia de sus deberes, y en fin la cantidad y la fuerza de los obstáculos que debe encontrar.

XXI

El Padre nuestro.

Si se me pregunta cuáles deben ser las calidades de la oracion actual, responderé con arreglo á las palabras del mismo Jesu-Cristo, que debe ser breve, sencilla, é hija de la mas pura confianza. Breve, porque sin esta circunstancia nos alejaría de la accion, en vez de llevarnos á ella, y nos haría mas difícil el cumplimiento de nuestros deberes, quitándoles el tiempo que debemos consagrarles, en vez de ayudarnos á desempeñarlos. La oracion es el medio, pero no el fin de la piedad; si la prolongamos excesivamente, cesa de ser un medio y muda de naturaleza.

Debe ser sencilla, porque no debemos procurar

en la oracion oír nuestros propios pensamientos y complacernos en nosotros mismos, sino agradar á Dios atrayendo sobre nosotros su espíritu.

Debe ser hija de la mas pura confianza.

Nada honra mas á Dios que la confianza que tenemos en él, pues que es juntamente una confesion de nuestra impotencia y un testimonio del poderío soberano y de la infinita bondad de Dios. Tener confianza en Dios es desesperar de nosotros mismos y echarnos, en nuestro desamparo, en los brazos de su misericordia; es proclamar sin rebozo que no podemos ser buenos sin él, y que en él solo residen la fuerza que salva y la gracia que santifica.

De todas las oraciones, ninguna conozco que reúna estas calidades en tan alto grado como el Padre nuestro. En su admirable brevedad reúne todas las peticiones que podemos dirigir á Dios: cada una de estas peticiones es una oracion completa que encierra un abismo de significacion y un mundo de ideas. En su magnífica sencillez, conserva un orden tan perfecto, que cada cosa viene en su lugar, y que el corazón que la exhala recorre en algunos instantes todos los dominios del poderío de Dios, y habla á todos los tesoros de su misericordia. Hay entre el pensamiento y la palabra que le expresa una armonía tal, que la segunda no distrae de la primera, y esta no impide admirar la deliciosa belleza de aquella. Las palabras son bastantes claras y transparentes para que aun los mas pobres de espíritu puedan echar de ver el divino y profundo sentido que encierran; y la abundancia del pensamiento está tan exactamente contenida en las palabras, que no absorbe la atencion con una vana redundancia. Respira además la mansuetudine confianza, y las palabras con que empieza las exhala con inefable dulzura. *Padre nuestro*; en estas dos palabras se encierran todos los misterios de la caridad cristiana: *Padre*: hé aquí el amor á Dios; *nuestro*: hé aquí el amor al prójimo. Esta oracion, pidiéndoselo todo á Dios, es una completa protesta de nuestra impotencia, porque lo pedimos todo convencidos de que por nosotros nada poseemos.

¡Jóven! repetid sin cesar esta oracion y yo os aseguro que despues de haberla repetido mil veces, la hallareis mas hermosa y mas admirable que la primera. Siempre os enseñará cosas nuevas; continuamente descubrirá en ella vuestro corazón

nuevos tesoros, y á medida que vayais ahondando esa inagotable mina, os admirareis de ir descubriendo nuevos diamantes que hasta entouces no habiais visto. Rezad y obrad; rezad para obrar, y no obreis sin haber rezado. Apoyad vuestra accion, como una flecha, en el arco de la oracion; apuntad bien al cielo, y cuando vuestro ojo esté bien seguro del blanco, disparad el tiro, seguro de que no marrará. Conservad vuestra intencion siempre asendada al cielo, y nunca la dejéis inclinarse hácia la tierra. Haced para Dios todo lo que haceis: no haya en vuestra vida ninguna accion indiferente, ni aun entre las que parecen serlo mas.

Cuando dais á vuestro cuerpo el sustento ó el descanso de que tiene necesidad, podeis aun en esto proponeros un fin sobrenatural, porque la salud y la buena organizacion de los órganos nos ponen mas aptos para la accion, y nos facilitan los esfuerzos que reclaman de nosotros á cada instante el amor á Dios y la caridad para con nuestros hermanos. Haced que la contemplacion y el goce de lo bello, bajo cualquier forma en que se produzca, cualesquiera que sean los sentidos por donde penetre en vuestro corazón, sean para vosotros como una plegaria y una aspiracion hácia Dios. Admirad en lo bello que ven vuestros ojos, ó que oyen vuestros oidos esa hermosura, ese orden y esa armonía cuyo principio es Dios. Dejad á vuestra alma apagar su sed en ese manantial, y restaurar en él sus fuerzas agotadas, á fin de que pueda luego convertirse con mas celo hácia las cosas serias de la vida, y llenar con mas vigor los austeros deberes que esta nos impone. Acostumbraos á gozar de Dios en las criaturas, y no descanséis, como unos idólatras, en el culto y el amor de lo que no es mas que un reflejo de Dios. Cuidad de que el rayo de luz no distraiga vuestra mirada del foco de donde emanan, antes por el contrario atraigala hácia él con aquella suave fuerza é irresistible que ejerce lo bello sobre las almas que lo contemplan.

XXII

De los sacramentos.

Si la oracion es el medio de la gracia y el canal por donde se derrama en nuestras almas, los sacramentos son la fuente de aquella. Sin duda habreis visto mas de una vez en esos cuadros donde los artistas cristianos de la edad media han representado la Pasion de Cristo, aquellos ángeles que tie-

nen en la mano un cáliz abierto debajo de las llagas del Señor para recibir en él su sangre; pues ese cáliz es la imagen de los sacramentos, y sobre todo del que es el término y la corona de todos. Los demás, y comunica a estos su virtud y su eficacia. No quiero hablaros aquí más que de los dos sacramentos de que tenemos más necesidad, y que son la causa de esto: lo que son en la vida del cuerpo las cosas de que nos servimos todos los días. Todos los días nos lavamos el cuerpo, a fin de conservarle en esa limpieza que tanto contribuye a la salud: todos los días comemos y bebemos, sin lo cual la vida se apagaría en nuestros órganos por falta de alimento. También en la vida espiritual tenemos un baño en el que todos los días podemos purificar nuestra alma de las manchas que se nos pegan de nuestro comercio habitual con el mundo. Tenemos un alimento y una bebida que pueden a cada instante restaurar nuestras fuerzas que las fatigas, los afanes y el áspero trabajo de la vida consumen sin cesar. Ese baño es el sacramento de la penitencia; ese alimento es la Eucaristía.

No sé como explicar que teniendo a nuestra disposición esas dos fuentes de gracia tan abundantes, recurramos a ellas con tan poca frecuencia. En los primeros siglos, muchos cristianos comulgaban todos los días, y bien claramente nos manifiesta la Iglesia el deseo que tiene de ver a sus hijos acercarse a menudo a la mesa santa, pues los escita en el concilio de Trento a comulgar siempre que oyen misa. Si nos manda bajo las penas más graves que lo hagamos una vez cada año por Pascua, no quiere con este precepto darnos a entender que el término de un año es con corta diferencia el espacio de tiempo que debe mediar entre una y otra comunión. Este mandamiento no es más que un límite que ha querido imponer a nuestra flojedad y a nuestra tibieza; temiendo que difiriésemos excesivamente un tan saludable medio de conservar en nosotros el espíritu del cristianismo, nos ha señalado un término que no podemos traspasar sin incurrir en sus censuras. El hombre ingrato huye de la misericordia y de la caridad de Dios que le persiguen; la Iglesia, para detenerlo en su insensata huida, le sale al encuentro y le grita: No pasarás de aquí.

Nuestro Señor Jesucristo, eligiendo para el sacramento de la Eucaristía las sustancias de que tenemos necesidad todos los días, nos ha manifes-

todo suficientemente el frecuente uso que quiere que hagamos de él; y las palabras en que en varias ocasiones nos repite que su carne es verdaderamente comida, y su sangre es verdaderamente bebida, bastante nos indican que quiere que consideremos su carne y su sangre como el sustento de que nuestra alma tiene continuamente necesidad para vivir. Y además, son tan grandes y tan patentes las ventajas de la comunión frecuente; es tan difícil sobre todo en vuestra edad conservar sin ella la vida pura e intacta en medio de esa corrupción de que está lleno el mundo, que no creo haber menester de largos discursos para escitaros a comulgar a menudo.

Desgraciadamente el protestantismo, encarnizándose contra el misterio de la Eucaristía, ha entibiado lastimosamente el celo de los cristianos por este augusto sacramento. Era natural que después de haber negado la gracia, negase su principal instrumento y su medio más excelente, y que después de haber rebajado la justificación hasta el punto de no ver en ella más que una imputación de los méritos de Cristo, rebajase la Eucaristía hasta no ver en ella más que una figura de su cuerpo y de su sangre. El jansenismo, ese reflejo de los errores de Calvino, desgarró aun más la llaga que abrió aquel dejando subsistir la letra de los dogmas que el protestantismo había negado, atacó su espíritu, y se afanó por anular sus consecuencias prácticas, reduciéndolos a una letra muerta, sin poder sobre el corazón y sin influencia sobre la vida. Bajo la capa del respeto al sacramento del altar, puso todo su conato en rodearlo de tales dificultades, que hubiera podido dudarse que Dios lo hubiese instituido para hombres frágiles y propensos al pecado.

Este error ha echado profundas raíces, merced a la funesta habilidad con que lo han propagado sus sofisticos partidarios. De él proviene esa escésiva severidad que desalienta al pecador, y le priva de las gracias y de la fuerza que dan los sacramentos, en el momento en que son más necesarias, porque su voluntad es más endeble y más frágil. La Eucaristía no es, como el cielo, una recompensa para los méritos adquiridos, sino un medio de adquirirlos; no es el fin, sino el medio que conduce a él. No da la gloria, sino la gracia; no ha sido instituida para los ángeles, sino para los hombres. Como el pan, cuya apariencia conserva, la Eucaristía debe ser el alimento cotidiano de nuestras

almas: conviene a todos los estados, en la salud como en la enfermedad, en la debilidad como en la fuerza, porque cura a los enfermos y fortifica a los débiles, como conserva la fuerza y la salud a los que ya las tienen.

Buscad para vuestra conciencia un director caritativo e ilustrado que comprenda las miserias y las flaquezas del corazón humano, lleno de caridad, pero no indiferente o tibio, que sea vuestro amigo, y que pueda ayudaros con sus consejos y su experiencia. Si hallais un sacerdote que reúna estas calidades, creedme, no titubéis un momento en procurar que sea vuestro confesor y juntamente el director de vuestra alma.

El terreno que pisáis es muy resbaladizo; fácil es caer, y vuestras caídas no deben apuraros. Si os sentís a punto de perder el equilibrio, asid fuertemente a la mano de un amigo que pueda daros apoyo y sosten; si caéis, levantaos al instante, y no aguardéis a que el tiempo haya hecho más difíciles de curar las heridas de vuestra conciencia. Las culpas en que incurre vuestra debilidad, por graves que sean, fácilmente se reparan; pero cuando el hábito las ha robustecido y convertidas en vicios que llegan a ser a la larga una segunda naturaleza, entonces el arrepentimiento es difícil, y el corazón presenta pocas probabilidades de una entera conversión. La frecuentación de los sacramentos no os impedirá pecar, pero impedirá que el vicio llegue a ser en vosotros un hábito; porque no llega a serlo sino en el momento en que la voluntad se propone, no solo pasar por el mal sino reposarse en él, y en que lo hace en efecto. El reposo y la instalación en el mal, por decirlo así, hé aquí lo que hace contraer verdaderos hábitos, y lo que acaba por causar la paciencia de Dios.

XXIII.

De la piedad.

Lo que da a la piedad su pureza y su lustre a los ojos de Dios, y del padre, es visitar a los huérfanos y a las viudas en las tribulaciones, y conservarse puro en este siglo. Lee con atención, ¡oh joven! esas palabras de Santiago, y observa su orden y su sentido. El apóstol pone en primera línea los deberes para con los otros, como para mostrarnos que la piedad consiste en la caridad y en el olvido de sí mismo, a tal punto que parece que se resuelve toda entera a sus ojos en las obras de cari-

dad y de misericordia. Jamas ha sido tan necesaria como en el día la aplicación de estas palabras. A medida que vas avanzando en la carrera de tu vida, irás comprendiendo mejor en qué abismo de males y de miserias, el vicio, la ignorancia y la pobreza han sumergido a tantos hombres que son tus hermanos, y a quienes Jesucristo ha amado tanto como a ti y rescatado como a ti; y no te admirarás la dureza de las palabras que ha dirigido a los ricos, las maldiciones que ha fulminado sobre ellos, y esa inmensa dificultad que encuentran para entrar en el reino de los cielos; dificultad tan grande que Cristo, a fin de tranquilizar a sus apóstoles a quienes aterraba, hubo de recurrir a la omnipotencia de Dios, como si para salvar a un rico, se necesitase un esfuerzo de ese poderío infinito al que nada es capaz de resistir.

Si tienes la desgracia de ser rico, tiembla, porque para que te salves, nada menos se necesita que un milagro. Preciso es que seamos tan duros y tan desapiadados como lo somos, para poder oír sin estremecernos la cuenta de las grandes miserias que afligen a la humanidad. Si tuviéramos un poco de fe y de caridad, no podríamos mirarnos unos a otros sin sonrojarnos cada vez que nos dicen que un pobre ha muerto de hambre o de miseria, y sentiríamos esa confusión y esas ansias que padece un asesino que teme ser descubierto, y oye hablar del crimen que ha cometido. Encastillados en nuestra dura y falsa justicia, condenamos sin apelación a los pobres a quienes la miseria impele a las revoluciones y a todo linaje de demasías, y disculpamos con lastimosa facilidad el egoísmo, la avaricia, el lujo, el orgullo y la vanidad de los grandes y de los ricos que reducen a los pobres a la desesperación. No hay salvación hoy día para el mundo más que en el espíritu de caridad y de sacrificio: si los ricos se hacen pobres de espíritu, a fin de aliviar al indigente, el mundo está salvado; pero si cierran su pecho a la compasión, y se retiran en su duro y desapiadado egoísmo, veremos horribles días de calamidades, de crímenes y de miserias.

¡Bienaventurados los pobres de espíritu! ¡Bienaventurado el que ama y compadece al pobre! Estos son los ángeles del porvenir. Bien sabemos que los pobres cometen una injusticia cuando codician o se apropian con la violencia lo que poseemos; no nos faltan razones para probarles que nuestra

hacienda es nuestra, que tenemos derecho para hacer de ella lo que nos parezca, y que por consiguiente deben aceptar con gratitud nuestras dádivas, y soportar con paciencia y resignación nuestras repulsas y nuestra dureza. Pero ¿sabemos también que estamos obligados en virtud del precepto de la caridad á dar á los pobres lo que no nos es necesario, así como ellos están obligados en virtud del precepto de la justicia á respetar nuestra hacienda y nuestros derechos? ¿Sabemos que nuestro lujo, nuestra vanidad, nuestra avaricia y nuestro amor al placer, imposibilitándonos la limosna, nos hace tan culpables á los ojos de Dios como lo serían ellos arrancándonos con la violencia lo que no queremos darles? ¿Sabemos que el precepto de la caridad nos impone con respecto á ellos una obligación tan estricta como la que la justicia les impone á ellos con respecto á nosotros, y que quebrantando nuestro deber somos tan culpables á los ojos de Dios, y seremos tan severamente castigados por él como lo serían ellos si quebrantarán los suyos?

No debemos cansarnos de recordar á los ricos sus deberes, y de ponerles delante de los ojos el abismo que ellos mismos se labran olvidándolos. Sin duda las revoluciones son terribles mientras duran y más terribles son aun los rastros que dejan en pos de sí; pero un estado de cosas en el que las leyes son impotentes para quebrantar la dureza de los ricos, poner coto á su orgullo y á sus injusticias, ¿no sería el trastorno del orden establecido por la Providencia? Y esto mismo, ¿no es ya una revolución? Dios no ve las cosas con los mismos ojos que nosotros: él las ve cuando se hacen; nosotros las vemos cuando ya están hechas. El ve las causas; nosotros no vemos más que los efectos. Nuestras iniquidades y nuestras injusticias establecen el desorden en la sociedad: el mal crece con el tiempo; pero como la superficie está en calma, como los que gozan y oprimen son bastante poderosos para sofocar las quejas de los oprimidos, y como los que sufren no tienen siquiera fuerzas para quejarse y esperar un porvenir mejor, nos acostumbramos á considerar como regular un estado de cosas que no es á los ojos de Dios más que una soberana injusticia. Entre tanto, debajo de esta superficie, se ha efectuado una revolución, porque nada está en su puesto, ni los hombres, ni las cosas, y Dios menos que nada. Dios la ve: su

mirada, á la que nada se esconde, sigue su desarrollo, y prepara su castigo. La hora de la venganza llega; lo que ya estaba hecho y consumado en el interior se manifiesta al exterior: aquella lúmpida superficie que habíamos cuidado de alisar, se raja y estalla con estruendo. El ruido nos despierta, la sacudida nos saca de nuestro letargo: á ese ruido, á esa sacudida les damos el nombre de revolución, y no vemos que no son otra cosa más que la aparición de lo que ya existía. Ayer el desorden nos agradaba, y le llamábamos orden; hoy nos incomoda, y le llamamos revolución. ¿Esta es nuestra justicia? No me admiro de que Dios la compare en las santas Escrituras á un lienzo manchado.

XXIV

De las obras de misericordia.

Nada podemos hacer más grato á Dios ni más útil para vosotros mismos, oh jóvenes, que socorrer á los pobres en su miseria y consolarlos en su desgracia. Después del tabernáculo donde habita, en ninguna parte está Jesucristo tan presente como en los que sufren. Honradle en los pobres, en los enfermos, en los cautivos, en los afligidos, porque él mismo nos asegura que está hasta tal punto presente en ellos, que lo que por ellos hacemos, lo hacemos por él. Vuestra piedad no es real y sincera sino en cuanto produce ó acrecienta en vuestras almas la caridad para con vuestros hermanos, y la misericordia hacia los pobres. Las obras de misericordia hechas, como debe hacerlas todo cristiano, con la mente puesta en Dios, son tan perfectas, que el apóstol Santiago las compara al culto que tributamos al Ser Supremo, y las llama *una religión pura é inmaculada*;—y la Iglesia que dirige por ese tacto sobrenatural que le ha dado el Espíritu santo, sabe tan maravillosamente apreciar las cosas en su justo valor, hace tanta estima de esas obras, que las considera superiores á todo, aun á aquellas que tienen por objeto honrar á Dios. La Iglesia se inclina en cierto modo ante la caridad del cristiano, y hace ceder sus preceptos, aun aquellos á cuya observación da más importancia, ante las prescripciones de la caridad y de la misericordia. Al que ama á sus hermanos, y arde en deseos de sacrificarse por ellos, no se atreve á mandarle nada. En su respeto y su admiración á todo lo que le recuerda el sacrificio de su divino jefe, se despoja en cierto modo de su poder y de su autoridad sobre los que sienten el deseo de conti-

nuarle, y les dice: Amad y haced lo que queráis. Un pobre sufre; es preciso ir á consolarlo y socorrerlo: un enfermo desfallece abandonado; es preciso visitarlo y favorecerlo, y si se os opone al paso algún precepto de la Iglesia que pueda ser un obstáculo á vuestra caridad, ella misma se renovará, bien persuadida de que el culto más perfecto que podemos tributar á Dios es aquel por el cual le honramos en sus pobres.

En esta inteligencia, si halláis en el pueblo donde residís una de esas admirables asociaciones que la piedad de la juventud de nuestros días ha puesto bajo la protección de nuestro San Vicente (1) y si os es posible formar parte de ella sin desatender los deberes de vuestro estado, no os priveis, yo os ruego, de un tan saludable medio de mantener en vosotros el espíritu de caridad y de sacrificio, porque entre los cristianos lo que se hace en comunidad es juntamente más agradable á Dios y más ventajoso para los que lo hacen. La Iglesia tiene cierto placer en despedir como un reflejo de sí misma sobre todas las asociaciones que se forman en su seno y según su espíritu; gusta de mirarse en ellas, como le gusta á uno ver su imagen en un espejo: el apartamiento quita siempre á la piedad y á la caridad algo de su valor. Si no podéis gozar de las ventajas que proporciona la comunidad de las buenas obras, haced solos lo que hubierais hecho con otros.

Tres cosas hay de que podéis disponer y que podéis dar á vuestros hermanos: vuestro dinero, vuestro tiempo, y vos mismo; de cada una de estas tres cosas debéis cederles más ó menos, según sus necesidades y vuestras facultades. Si tenéis mucho dinero y poco tiempo, dadles dinero; si por el contrario tenéis poco dinero y mucho tiempo, consagradles gran parte del tiempo que tengáis libre. En cuanto á la limosna de vos mismo, siempre podéis darla, en cualquiera situación en que os halléis, y sin ella todas las demás serán nada, porque de ella reciben las otras su valor. Vuestro espíritu, vuestro corazón, vuestro juicio, vuestro saber, vuestra experiencia ó vuestros consejos, son otros tantos tesoros de que podéis sacar algo á cada instante. Pero siempre cuando deis limosna poned

(1) San Vicente de Paul. De estas admirables asociaciones que se fundan bajo la advocación de varios santos, y dechadas de todas las virtudes cristianas, hay muchas en París y en todas las principales ciudades de Francia; su objeto es mejorar la condición moral y física del pueblo. ¡Ojalá tengan pronto en España y América numerosos imitadores!—S. del J.

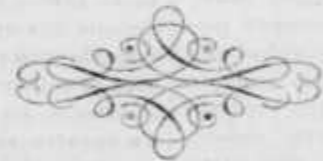
vuestra mira en Dios; en cada pobre ved y honrad á Cristo. Entrad en el humilde asilo donde vive el indigente, como en un templo donde habita Dios, y acercaos al lecho donde sufre, como si fuera la cruz donde espiró el Redentor del mundo. Jamá podéis ser bastante humildes ni respetuosos con los pobres á quienes dais algo, porque Jesucristo vive en su persona y habla por su boca. Por grande que sea la veneración que les profeséis nunca les pagareis lo mucho que os honran pidiéndoos limosna, y si se la dais, como debe hacerlo un cristiano, mucho más recibís de lo que les dais, porque en cambio del vaso de agua que les dais, os dan ellos el cielo.

No imiteis á esos hombres que no son más que generosos con los pobres, y que crecían desmerecer humillándose delante de ellos. Esos hombres retiran con una mano lo que dan con la otra, y quitan á sus limosnas todo su valor por el modo altanero y arrogante con que las dan y por lo mucho que se engrían con ellas, mostrando bien de esta suerte que su objeto no es tanto socorrer la miseria del indigente como satisfacer su propia vanidad, ó dar pábulo á aquella generosidad instintiva que no es casi siempre más que una impresión que se eleva á veces hasta el sentimiento, pero nunca hasta la idea. No entreis en la morada del pobre sin descubrir los lazos, y sin saludarle con aquel saludo que espresa á la vez el respeto y la caridad. Cuando le habléis, es preciso que cada una de vuestras palabras respire una dulce y tierna humildad y una compasión delicada, tímida, que teme en cierto modo manifestarse, temerosa de ofender al que quiere socorrer. Es preciso que el pobre vea en vuestro continente que os conturba más el ofrecerle vuestra limosna que á él el aceptarla. No os toméis jamás la libertad de hablarle de *tú*, á menos de que sea un niño, y de que esta palabra pueda parecerle una prueba de afectuoso interés. Pero cuidad al mismo tiempo de que no haya nada de afectado en vuestra compasión, ni de ficticio en vuestro respeto. No espreséis más que lo que sentís, y siempre sentireis mucho si tenéis caridad; y humillaos á la idea de no sentir aun más el valor de la buena obra que hacéis, y la grande honra que Dios os concede, dignándose recibir de vuestra mano alguna cosa en la persona de sus pobres.

FIN.

INDICE

El traductor à sus lectores	1	XIII.—La religion	25
I.—La reflexion	1	XIV.—El sentimiento religioso	27
II.—La mision de la juventud	3	XV.—El protestantismo	29
III.—El placer	5	XVI.—El trabajo	33
IV.—La felicidad	8	XVII.—Los placeres	35
V.—La voluntad	10	XVIII.—La melancoha	37
VI.—Las pasiones	11	XIX.—La libertad	39
VII.—La duda	13	XX.—La oracion	41
VIII.—El error	15	XXI.—El padre nuestro	42
IX.—El sacerdote	19	XXII.—Los sacramentos	43
X.—El confesor	20	XXIII.—De la piedad	45
XI.—La amistad	21	XXIV.—De las obras de misericordia	46
XII.—La concupiscencia	23		



LA RELIJION se publica todos los sábados por entregas de dos pliegos cada una.

El precio de la suscripción es de VEINTE PESOS por cuatro entregas en Buenos Aires, y UN PESO FUERTE en las provincias de la Confederación y en el Estado Oriental.

Se reciben suscripciones en esta imprenta calle Defensa N. 73, en la librería de la Victoria calle del Perú N. 20, y en la casa del redactor principal, calle de la Piedad N. 121.

A esta última casa dirigirán sus reclamaciones las personas que no hayan recibido alguna entrega.

LA REVISTA
DEL
NUEVO MUNDO

